EMILIO FERRARI

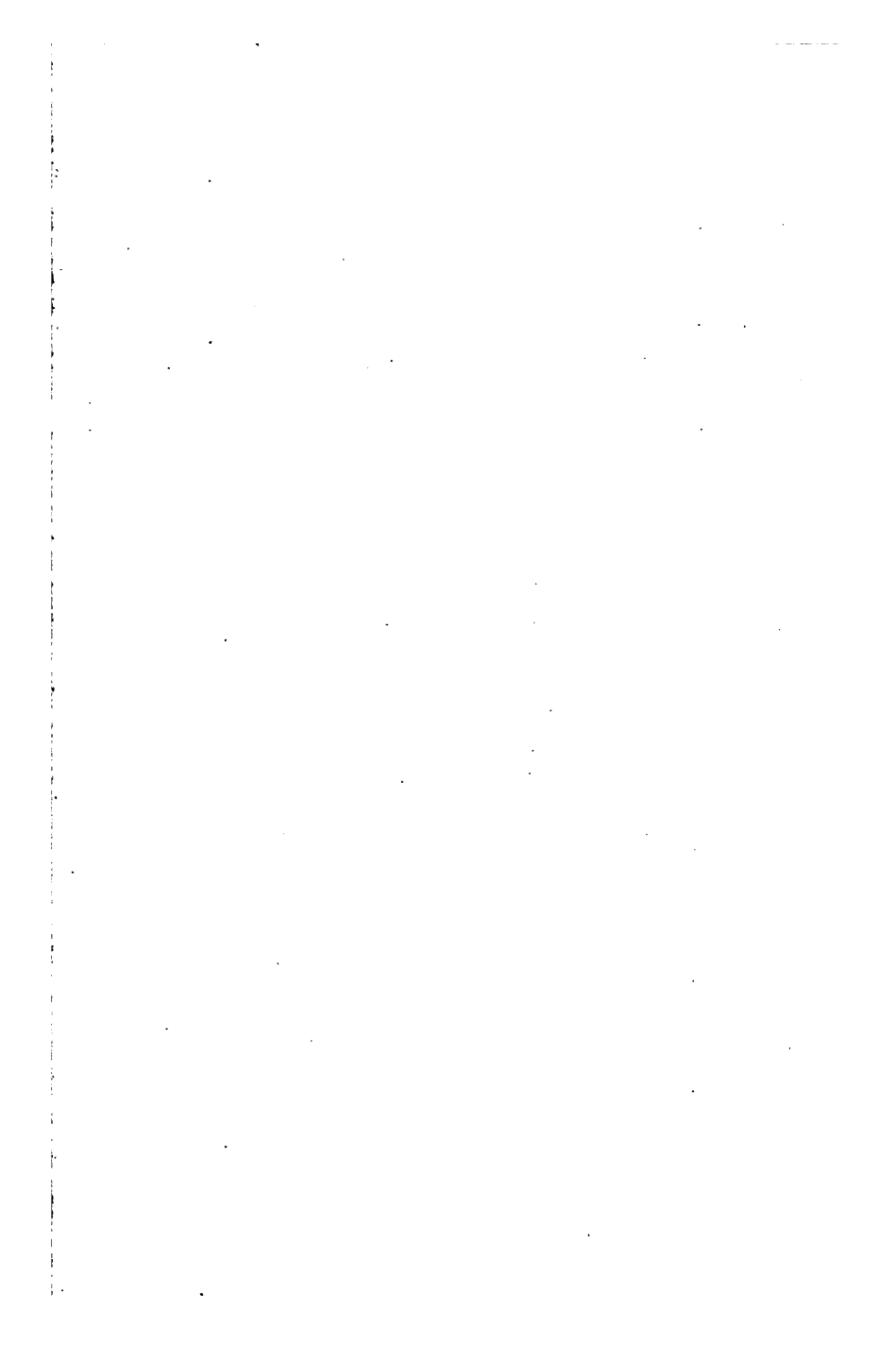
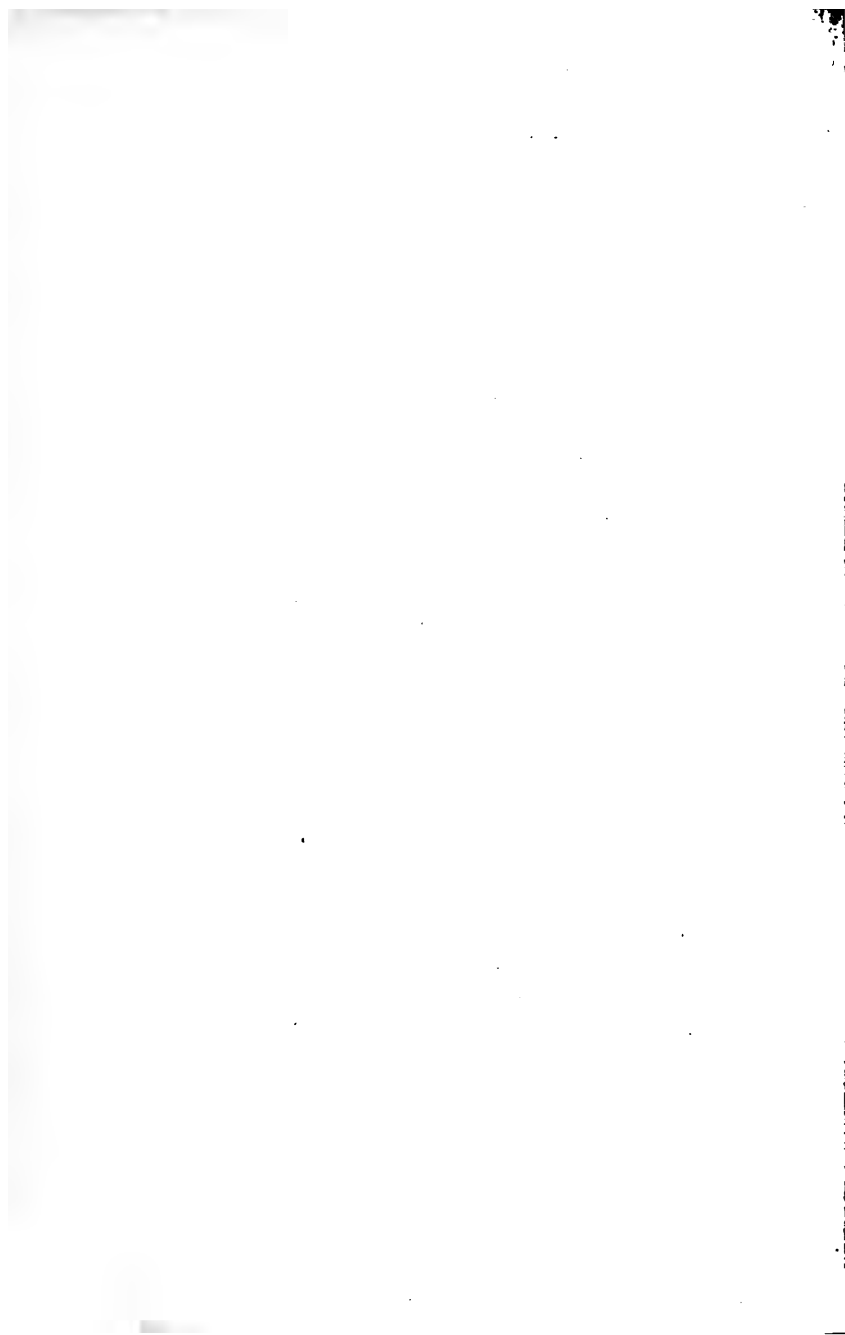
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

POR MI CAMINO

POESIAS

MADRID
IMP. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS
INFANTAS, 42
1908

POR MI CAMINO

POESIAS

Emilio Ferrari

Emilio Ferrari

EMILIO FERRARI

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

POR MI CAMINO

POESIAS

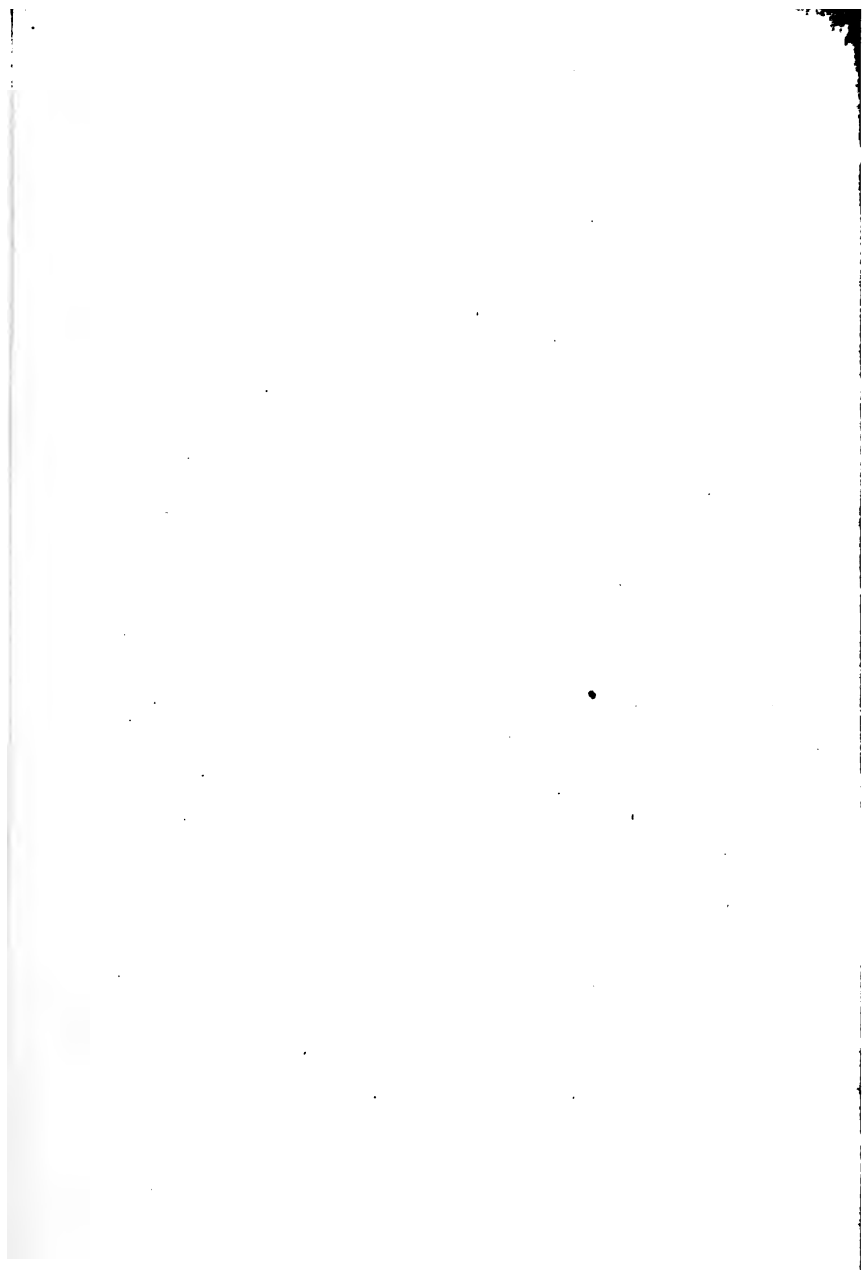
MADRID

IMP. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS

INFANTAS, 42

1908

ADVERTENCIA

Tanto el título de este libro como el comienzo de prólogo que lleva, los tenía destinados su autor para la presente colección de poesías. Su viuda y su hijo principian con ella la publicación de las obras completas de su inolvidable muerto y, respetando su voluntad, conservan dicho título é insertan las líneas que llevaba escritas del citado prólogo inconcluso é inédito.

ENTENDAMONOS

Yo, pecador de mí, que he puesto mis manos en tantos prólogos con más honra propia que beneficio ajeno, no acierto á encabezar á mi gusto este librejo.

On va s'imaginer que c'est une préface
Moi qui n'eu lis jamais! — ni vous non plus, je crois..

Salida deliciosa, lo declaro, propia de tu donaire mojado en lágrimas, ¡oh poeta divinamente travieso de *La copa y los labios*, ó sea *De la mano á la boca!*, según nuestro proverbio equivalente; humorada digna de tu orgullosa ternura que borraba con un plumazo desdeñoso cerca de doscientos cincuenta alejandrinos... de prefacio.

Pero es el caso que yo, por motivos tal vez de idiosincrasia, no puedo amar con igual amor á Persia ó á Turquía que á mi Patria; no logro iden-

tificar en mis creencias á Cristo con Lath y Parabadasta; que si me meto fraile no será el día en que me entierren; que siento la superioridad de un siglo de oro sobre la edad de piedra; que mis sentimientos son algo exclusivos; que, en una palabra, por desdicha ó fortuna, yo afirmo, afirmo hasta cuando niego.

Además de esto, haciéndome las circunstancias lanzar á la publicidad estos versos en el momento más desfavorable, en días de confusión babilónica, en medio de un ambiente de paradojas y sofismas que han usurpado el puesto á las leyes orgánicas dictadas por la naturaleza y la razón, entre un choque brutal de pasiones exasperadas, no hay más remedio que explicarse.

Séanme, pues, perdonadas estas líneas por el público, si le tengo. En cuanto á Dios, ya sé que todo lo perdona. Hoy el prólogo no es ya el «delantal del libro», es la coraza del escritor. Del escritor, dicho se está, libre é independiente—feliz nunca—que no se aviene á atraillarse en ninguna jauría ladradora, que re. . . . .
. . . .
. . . .

NO

Musa: ¿qué quieres de mí?
¿Por qué de nuevo en mi frente
posas el beso candente
que hace mucho no sentí?

Cede en tu amoroso empeño,
respetando este desvío,
y, piadosa, al lado mío
vela mi forzado sueño.

Ya lo sé, ¿por qué me hostigas?
Igual que siempre, la tierra
la fecundidad que encierra
derrama en flores y espigas;

igual que siempre, extendidos,
copian el cielo los mares,
y hay cunas en los hogares,
y canciones en los nidos;

bajo los tilos en flor,
cada nueva primavera,
como por la vez primera,
pasa triunfante el amor;

aún á la absorta mirada,
en uno ú otro hemisferio,
con su infinito misterio
brinda la noche estrellada;

y hay ternezas que rimar,
infamias que combatir,
miserias que redimir
y penas que consolar.

. .

Mas, ¿para quién hablaría
si en nuestro tiempo menguado
sordo el hombre se ha tornado
á la voz de la poesía,

y el poder del genio mismo
se esteriliza ó pervierte
en esta atmósfera inerte
de glacial escepticismo?

Del Africa en las entrañas
luchan por abrirse paso
fuentes que bajan acaso
de las líbicas montañas;

pero aquel limpio raudal
que no halla cauce ni lecho
es sorbido á corto trecho
por el inmenso arenal.

¡Ay del que ensayar intente
las alas del entusiasmo
entre el sórdido marasmo
de esta edad indiferente!

¡Ay del ave del desierto
que emprende el vuelo atrevido
por el aire corrompido
de las aguas del mar Muerto!

A VALLADOLID

Valladolid, patria mía,
noble tierra de mi amor,
metrópoli del honor
y emporio de la hidalguía;
antes que mi poesía
te cante como señora
á quien se alza triunfadora,
deja que, pues á ti acude,
mi corazón te salude
como madre á quien se adora.

Mis recuerdos mal dormidos
son como árgomas y hiedras
que arraigaran en las piedras
de tus muros carcomidos.
Tal potencias y sentidos
con tus memorias nutrí,

que aún pienso que vivo en ti,
pues, por ausente que te halles,
cada guija de tus calles
guarda una parte de mí.

¡Ay! cuanto más avanzamos
en la vida, más sentimos
pesar por lo que perdimos,
temor por lo que ignoramos;
lazo estrecho á cuanto amamos,
misterioso, nos aferra;
el árbol que allá en la sierra
su copa en alto mantiene,
¡quién sabe hasta dónde tiene
raíces bajo la tierra!

Por eso, viendo el caudal
de tus grandezas crecer,
siento que todo mi ser
llena el orgullo filial.
¡Qué moderna capital
más próspera y floreciente?
¿Dónde otro pueblo que ostente,
ya adquirido, ya heredado,
ni más nombre en lo pasado,
ni más brillo en lo presente?

Si se registra tu historia
sobre su ruina deshecha,
es cada escombro una fecha,
es cada fecha una gloria;
viendo ante sí la memoria
cien varones que te honraron;
los que tu suelo fundaron,
más tarde lo defendieron,
con su polvo lo acrecieron,
ó en su sangre lo amasaron.

Ya es un Rey que lleva al moro
tus pendones señoriales;
ya un sabio que tus anales
escribe con pluma de oro;
junto al santo que en el coro
de tus templos se enajena,
el infanzón que en tu arena
armas hizo en el torneo,
con el noble en Ribadeo
el bravo en Roca-Palena.

Hoy, sentada en las llanuras
de un gran río á las orillas,
con tus costumbres sencillas
y tus virtudes obscuras,

nuevo esplendor aseguras
en esfuerzo pertinaz,
trocando en esa feraz
cuanto laboriosa tierra
los empeños de la guerra
por las artes de la paz.

De tu industria los primores
llenan áureas galerías,
y bajo tus mercancías
crujen trenes y vapores;
mientras de tus oradores
la voz, que doquier te abona,
en la cátedra alecciona,
en el foro repercute,
en la asamblea discute
y en el consejo sanciona.

Ya mercados bulliciosos
tus anchas plazas animan,
nuevas calles aproximan
arrabales populosos;
con jardines, fuentes, cosos,
te engrandeces y hermoseas,
siendo lábaro que ondeas

sobre todo este esplendor
el penacho de vapor
de tus altas chimeneas.

La poesía, ave canora
que en la noche siempre muda,
despertándose, saluda
con sus himnos toda aurora,
¿cómo en ti no había ahora
de surgir con nuevo aliento?
¿qué extraño, si en tal momento
coro excelso dice al mundo
tu nombre, al albor fecundo
de este gran renacimiento?

En ti nació el que en la escena,
señalando al mal temido
con el hierro enrojecido
de su satírica vena,
saja en vivo la gangrena
de esta edad, ardiendo en ira,
y al error y la mentira,
para azotar el semblante,
hizo un látigo estallante
con las cuerdas de la lira.

Hijo tuyo es el que ha osado
recorrer, Dante moderno,
los círculos de este infierno
dentro del alma encerrado.
Nadie como él ha cantado
nuestra epopeya social,
luz y sombra, bien y mal,
en poema ó en idilio,
con ternuras de Virgilio
y acentos de Juvenal.

Tu hijo, en fin, es el anciano
por quien vuela y se abrillanta,
pinta, esculpe, borda y canta
el idioma castellano;
el que á un signo de su mano
levantó de las rüínas
las piadosas hornacinas,
las inmensas catedrales,
las portadas ojivales
y las torres bizantinas.

Por él la gente asombrada,
cuando en Toledo le ruega,
ve del Cristo de la Vega

la mano desenclavada;
y en la morisca Granada,
tras alcazaba y mezquita,
mientras callado dormita
envuelto en sombra el serrallo,
se oye trotar el caballo
del soñador Nazarita.

Por él, que en la universal
ruina en que todo perece
como arca santa guarece
nuestro genio nacional,
España será inmortal,
pues, aunque un día á la saña
de tanta influencia extraña
combatida, sucumbiera,
en su obra imperecedera
habría siempre una España.

A ESPAÑA

SONETO

Hace tiempo que todo, ¡oh patria mía!,
sin cesar en tu daño se conjura,
que encarnízase en ti la desventura,
que el mal te acosa y el error te guía.

Te hiere entre las sombras la anarquía,
ves brillar el relámpago en la altura,
y en doble guerra, con tu sangre pura
tiñes las olas de la mar bravía.

Pero, ¿quién dudará de tu victoria?
Gradas de un pedestal para tu gloria
las ruinas son del cataclismo horrendo.

Que al león te pareces de tu escudo:
como él, dormitas en letargo mudo;
mas como él, sabes despertar rugiendo.

¡SEMPER!

Arrojada en los escarpes
de la costa en que halló abrigo,
inválida del naufragio,
veterana del peligro,

la vieja barca se pudre
sobre los ásperos guijos,
crujiendo al viento que azota
sus tablones carcomidos.

Al ascender la marea,
el mar, su señor antiguo,
en los brazos de sus olas
la levanta convulsivo,

y entre impetuosas caricias,
la habla, rugiente y magnífico,
de combates y aventuras,
de escollos y torbellinos.

Declina el sol; de la tarde
se aspira el ósculo tibio;
sus penetrantes aromas
confunden brea y marisco;

delante está lo insondable;
más allá está lo infinito,
más allá... más allá, el mundo
poblado por el delirio.

. . . .

Columpiada en la rompiente,
sin velas, jarcias ni rizos,
aún siente la vieja barca
la tentación del abismo.

LA MUSA MODERNA

> Que en este siglo de sarcasmo y duda
> sólo una musa vive...
>
> NÚÑEZ DE ARCE.

En medio de las ruinas que á montones
cubren la tierra desolada y fría,
despojo de las ondas convulsiones
de esta angustiosa y trágica agonía,
dogmas hollados, muertas religiones,
tronos hundidos, soledad sombría,
de un cielo gris entre la luz confusa,
triunfante se alza la moderna musa.

Musa de disección que tierra y cielo
de escudriñar en su avidez no cesa,
del alma mide el soberano vuelo
y la ceniza de los héroes pesa;
que de Isis quiere desgarrar el velo,
que emponzoña la sangre cuando besa,
y á quien echar en el matraz se ha visto
del hombre el llanto y el sudor del Cristo.

Sobre esta vieja sociedad asoma
su amenazante brazo iconoclasta;
ya es hacha ruda que brutal desploma,
ya ácido lento que tenaz desgasta.
¡Oh ilusión dulce, mística paloma,
de todo amor la compañera casta!
¿en qué árbol ya fabricarás tu nido
que no vacile por el rayo herido?

Y tú, entusiasmo, generoso aliento,
embriaguez de la fe, savia del mundo,
calofrío sublime en que un momento
Dios pasa por nosotros, tu fecundo
fuego se consumió, del firmamento
se despide tu sol, ya moribundo,
y poco á poco, entre congoja y duda,
de cuanto amaba el corazón enviuda.

En este erial hospitalarias tiendas,
¿dónde izaréis el maltratado lino?
Sombra y descanso en las humanas sendas,
¿dónde os podrá encontrar el peregrino?
Ya á nuestros ojos arrancó ambas vendas
la crítica cruel, numen divino
y á la vez infernal, que en la penumbra,
royendo iguala, é incendiando alumbra.

Buscando en todo el interior arcano,
cuando rebelde actividad le anima,
la leve pluma en su nerviosa mano
es piqueta y segur, martillo y lima.
¿No oís cuál cruje al deshacerse vano
todo en redor? A nuestros pies la sima;
sobre nosotros el nublado, enfrente
problema ó negación: ¿qué es el presente?

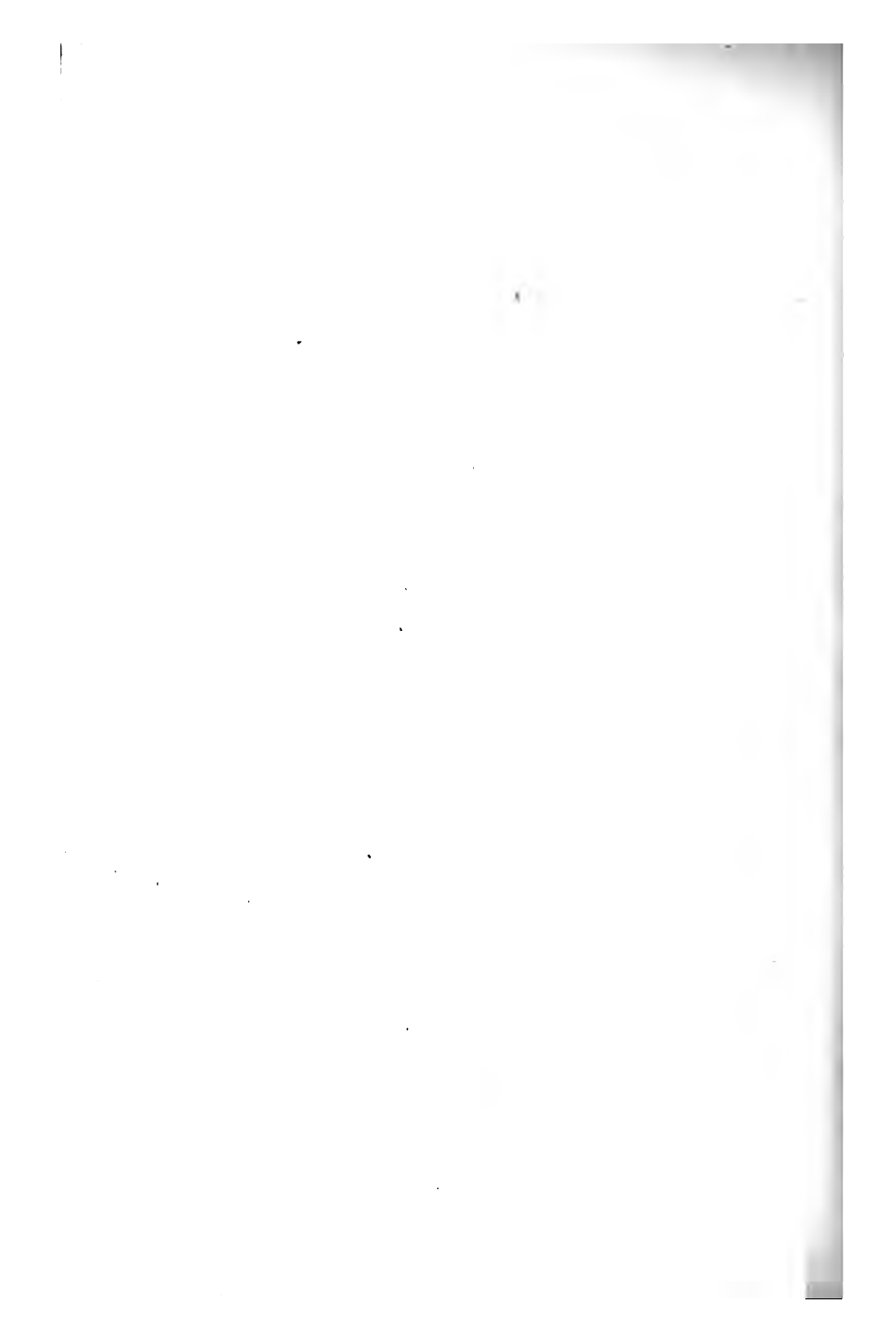
¡Analizar! ¡analizar! ¡Sagrada,
mas peligrosa sed, nunca extinguida!
Tener un microscopio en la mirada
para contar los hilos de la vida;
bullendo entre la seda delicada,
ver al gusano por quien fué tejida,
polvo la dicha hacer que tanto cuesta,
por descubrir de lo que está compuesta.

He aquí la enfermedad y al par la gloria
de este siglo infeliz, pero gigante:
llora lo que destruye, y por la historia,
vuelta la vista atrás, marcha adelante.
El lo ha borrado todo en la memoria,
y á un tiempo temerario y anhelante,
en ella, interrogando á lo infinito,
sólo un «¿por qué?» desolador ha escrito.

Y bien, no importa. Al porvenir mirando,
¿quién duda siente, ni temor denota?
Con renovado impulso circulando,
la vida cambia, pero no se agota;
cadena que los mundos va enlazando
tal vez interrumpida, nunca rota;
luz que va y viene á nuestros ojos ciegos,
como la antorcha en los antiguos juegos.

¡Ah! Si hoy el hombre en muladar dorado,
Job sin virtud á quien el mal no deja,
sangra del triste corazón llagado
y el cielo azota con su amarga queja;
si hoy un mundo moral se hunde tragado
por este mar que en su furor no ceja,
y al sumergirse en el abismo hambriento
la Atlántida va á ser del pensamiento.

Un día en los espléndidos fulgores
de nueva fe se inundará el Oriente,
volverán en la tierra á nacer flores,
á brotar esperanzas en la mente;
y el iris, como un nimbo de colores,
del cielo ornando la anchurosa frente,
del largo caminar descansaremos,
y la inmortal Jerusalem veremos.

Como en la gran transformación obscura
de la activa materia no perece
ni la pavesa que fugaz se apura
ni el tenue polvo que la brisa mece,
así en la lenta evolución que dura
lo que la historia, y que el tesoro acrece
del alma sin cesar, ni un solo grano
se pierde nunca del progreso humano.

ALMA Y AVE

La tarde de Mayo,
purísimo el cielo,
mucha luz en el amplio horizonte,
mucha sombra y frescura en el huerto;

cargadas las brisas
de aromas y sueños,
en la rama, la flor entreabierta,
y en el alma, encendido el deseo.

Leía la joven,
con dos blancos dedos
sujetando las hojas del libro
que agitaba á intervalos el viento;

y el sol, el ramaje
del árbol hiriendo,
recortaba en las páginas blancas
de sombras movibles los vagos diseños.

De pronto se alza
del rústico asiento;
y abriendo la jaula, la tórtola presa
huye libre cantando á lo lejos.

¿Qué insólito impulso,
qué mudo consejo
en el alma sintió la doncella
ó en el libro sus ojos leyeron?

Yo no sé; mas oyéndose en torno
roce de alas, suspiros y besos,
como el ave, á infinitos espacios,
de la niña voló el pensamiento.

A NAPOLEON

(DESPUÉS DE UNA LECTURA DE SU HISTORIA)

I

Sombra orgullosa en el tumulto aislada,
lejos del mundo que delinque ó yerra,
fué tu figura impávida, que aterra,
para el marmóreo pedestal formada.

Ni aborreciste ni adoraste nada;
tu mano, ansiosa de abarcar la tierra,
no acarició sino al corcel de guerra,
no estrechó sino el puño de la espada.

Angel ó monstruo, cíclope ó enano,
afíjanos tu suerte ó nos asombre,
no estabas hecho en nuestro molde humano.

Tu única religión fué tu renombre;
y héroe, caudillo, emperador, tirano.....,
tan sólo ¡oh, César! te faltó ser hombre.

II

Regias esclavas que al brutal serrallo
condujeras, hollando sus pendones,
arrastraste en pos tuyo á las naciones
atadas á la crin de tu caballo.

Sobre él dictaste cual supremo fallo
tu voluntad á reyes y facciones,
é hiciste, al resplandor de tus cañones,
cuartel á Europa, al pueblo tu vasallo.

Mas ¡ay! maldice la funesta gloria
que los horrores del sangriento drama
habrá de eternizar con tu memoria;

pues para aquel contra quien sangre clama,
es un proceso criminal la Historia
y es un grillete espléndido la fama.

MI NOCHE DE REYES

Yo también puse en el balcón mis botas
de viejo caminante,
en barranqueras y altibajos rotas,
esperando con ansia el nuevo día;
que, si por su inocencia el tierno infante
de lo mágico espera
su fortuna, su encanto, su alegría,
del mismo modo en los penosos años
de nuestra edad postrera,
en fuerza de dolor y desengaños,
pues la desilusión no nos consiente
ya de la realidad esperar nada,
también á lo imposible, solamente,
volvemos con amor nuestra mirada.
Yo también puse en el balcón mis botas
de viejo peregrino,
desgastadas y rotas

en las mil asperezas del camino;
y después de pasar la noche entera
recordando mi alegre primavera,
mi niñez, tan dichosa cuanto breve,
corrí al balcón al despuntar el día.....
Cada una de mis botas parecía
el ataúd de un niño, hecho en la nieve.

A CASTELAR

No, la vida no es el fin
de una engañadora nada;
no es la brutal carcajada
de un epicúreo festín;
no es lugar en que el botín
de la rapiña se espera:
es la embarcación ligera
donde va el genio inmortal
abrazado á su idëal
lo mismo que á una bandera.

Todo en ella es ascensión
hacia un edén entrevisto
del que es Mesías y Cristo
la insaciable aspiración;
ansia de una perfección
que en el espíritu habita,

que en todo el mundo palpita,
desde el peñasco á la nube,
y que lenta sube y sube
en espiral infinita.

En este incesante anhelo
que á su impulso nos levanta,
la piedra quiere ser planta
y la planta ave del cielo;
el ave, en rápido vuelo,
se lanza del astro en pos,
giran sin tregua los dos
allá en alturas sin nombre,
y el astro tiende hacia el hombre,
y el hombre tiende hacia Dios.

Tal sentiste. Y en la historia,
como huella de coloso,
con tu genio portentoso
trazaste un surco de gloria.
De tu sublime oratoria
al influjo soberano,
por la escala de ese arcano
¿hasta dónde llegarás?..
¡quién sabe! mas hoy ya estás
por encima de lo humano.

Las épicas colisiones
en las heroicas edades,
las hondas rivalidades
de pueblos y religiones;
las tremendas convulsiones
que han removido la tierra,
el alto ejemplo que encierra
el mismo mal desbordado
cuando truena en el nublado,
cuando retumba en la guerra;

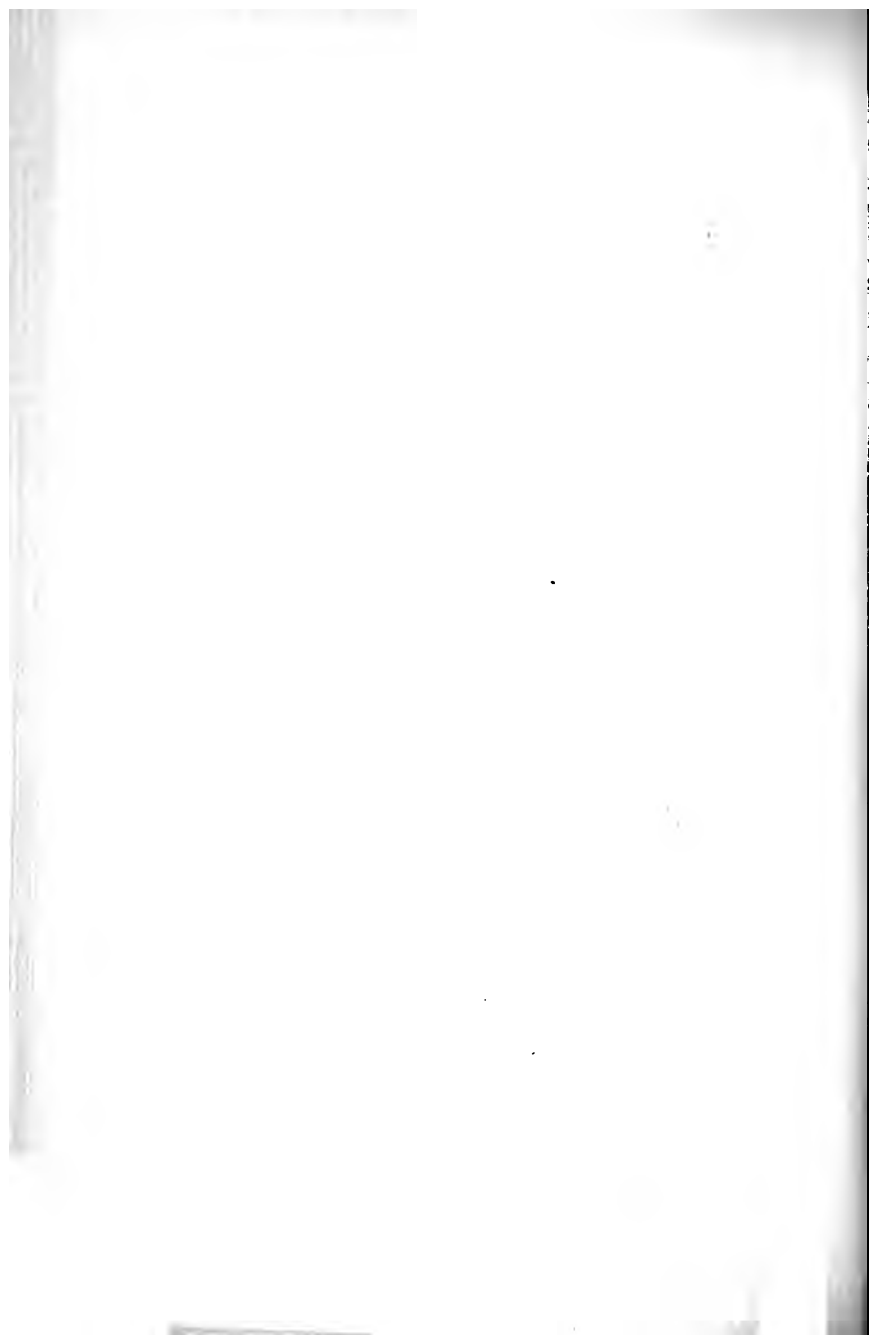
los problemas de la vida
que entre sí chocan y luden,
las tormentas que sacuden
la conciencia combatida;
la ilusión escarnecida
en las cumbres del poder;
la valla puesta al querer,
aherrojado Prometeo;
las angustias del deseo;
las batallas del deber;

la realidad imponente,
y ese universo fingido
con que lo desconocido
brinda risueño á la mente;
todo, todo juntamente,

despertando la conciencia,
con su ser y su existencia,
luz que brota de lo obscuro,
como á un súbito conjuro
cobra vida en la elocuencia.

La dispersa muchedumbre
es un ser despedazado
cuyos restos ha apartado
poco á poco la costumbre.
Que el verbo, inspirado, alumbre
con su sol la lobreguez;
que en la pugna y la esquivez
la palabra tienda el iris,
y aquellos miembros de Osiris
se juntarán otra vez.

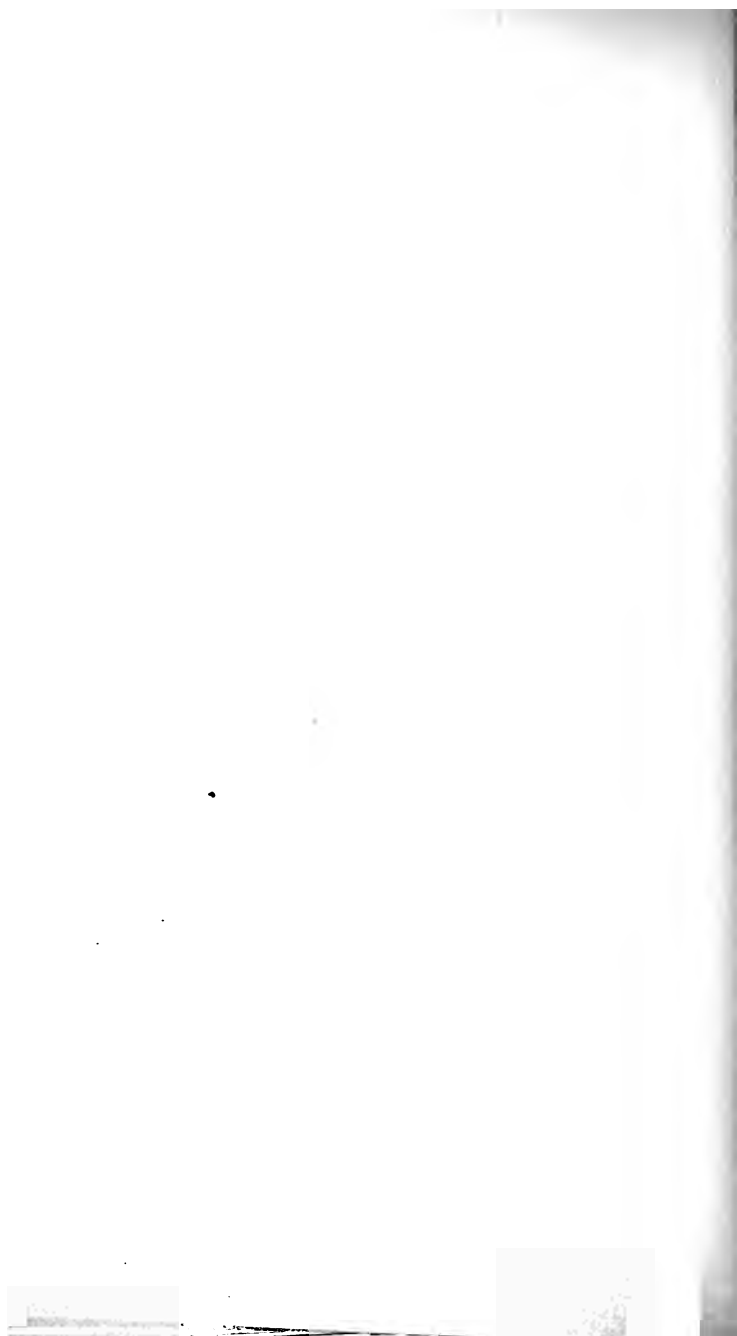
Tú fuiste oráculo y guía
de la inquieta multitud,
que en un alma por virtud
de tu genio se fundía.
Y si al fin llegara un día
de una venturosa edad
en el que la humanidad,
que hoy entre tinieblas llora,
viese despuntar la aurora
del bien y de la verdad;

cuando la naturaleza
no huellen bárbaros pies,
y ornen la vid y la mies
la allanada fortaleza;
cuando sólo á la belleza
sirva el bronce destructor,
y huyan el mal y el dolor
de la tierra floreciente,
en ti adorará la gente
la gloria de un precursor.

CREO

No llegué á Ti, Señor, por el camino
de la razón, tan desolado y triste;
ni en la fé, que otorgarme no quisiste,
bajó hasta mí tu resplandor divino.

No te encontró mi análisis mezquino
dentro de tu obra, que sin Ti no existe,
ni en la zarza de Horeb te apareciste
delante del cansado peregrino.

Como entra el hierro por la abierta herida,
tu nombre entró en mi carne dolorida
hasta tocar el corazón sangriento;

vi en el mal una oculta providencia,
y en el dolor sintiendo tu presencia
fué mi revelación el sufrimiento.

LAS TIERRAS LLANAS

Vuela el tren atravesando la monótona llanura
cuyo suelo resquebraja la aridez canicular,
donde no hay ni un hilo de agua ni una mata de verdura,
pero que ábrese á los ojos infinita como el mar.

Como el mar. Este paisaje por los surcos ondulado
que sin términos ni orillas se dilata en derredor,
es un mar en inmutable rigidez paralizado,
en el cual no se percibe movimiento ni rumor.

Aún quizá más imponente, porque en calma inexpresiva,
ni sonríe ni amenaza, siempre inmóvil, siempre igual,
es también el libre espacio, la insondable perspectiva
que fascina y anonada, tentadora y virginal.

Aquí, igual que ante la inmensa plenitud del Oceano,
el espíritu del hombre retrocede sin querer,
y su vista no se atreve, confundida por lo arcano,
de la esfinge aterradora la mirada á sostener.

Es la misma soberana, desdeñosa indiferencia
que parece repetirnos en la vasta soledad:
«¿Qué sé yo de vuestra nada? ¿Qué hace aquí vuestra presencia?
Soy lo eterno, y permanezco; sois lo efímero, pasad.»

¡Cuán solemne la tristeza reposada y majestuosa
de estos campos, que contemplan cara á cara el cielo azul,
donde, en medio de una viva transparencia luminosa
flota sólo en la distancia la calina como un tul!

Tierras, tierras y más tierras sin relieves ni accidentes;
un tapiz desenrollado, sin cesar, á nuestros pies,
una tela ajedrezada de cien tonos diferentes,
desde el verde de las cepas hasta el áureo de la mies.

Sólo, á veces, de unos olmos medio oculta entre el ramaje,
se ve el agua de un arroyo mansamente resbalar;
y ¡qué intensa poësía cobra en medio del paisaje,
que su vida allí parece toda entera concentrar!

Otra vez es un sendero que aseméjase al rasguño
con que un dedo de gigante desgarrara aquel tapiz,
el que cruza la rugosa superficie del terruño,
dividiéndola á lo largo como roja cicatriz.

Unos de otros muy distantes, y apiñados siempre en torno
del escueto campanario que remata humilde cruz,
pasan pardos pueblecillos cuyo mísero contorno
se recorta en línea obscura sobre un fondo todo luz;

y detrás de aquellos muros la existencia se adivina
del labriego castellano, grave, sobria y regular;
del trabajo al aire libre la epopeya campesina,
la velada silenciosa junto al fuego del hogar.

Calma en todo, que no turban sino el grillo soterrado
tras el seto, en cuyas ramas se guarece el caracol,
ó algún grupo de maricas que se cierne, desbandado,
sobre la ancha carretera, donde á plomo cae el sol.

. . . .

Una voz. Allá en las eras, dando vueltas en el trillo,
que abandona de las mulas al impulso maquinal,
[illegible] moza entona un aire de monótono estribillo,
[illegible] canto áspero, arrastrado, soñoliento y gutural.

Aquel canto es la llanura con su austera poësía,
es el eco de la estepa resonando en su confín;
sus compases tienen, lentos, la uniforme simetría
de los surcos, que lo escriben en pentágrama sin fin.

No es su rígida cadencia la que en árabe guitarra
sensual gime con acentos de indolente languidez
en la siesta voluptuosa, bajo el toldo de la parra
que de un patio granadino presta sombra al ajimez;

no es la música mimosa con arrullos de caricia
que en las tardes apacibles melancólicos oís
por las húmedas laderas de los valles de Galicia
y al chirrido quejumbroso de algún carro del país;

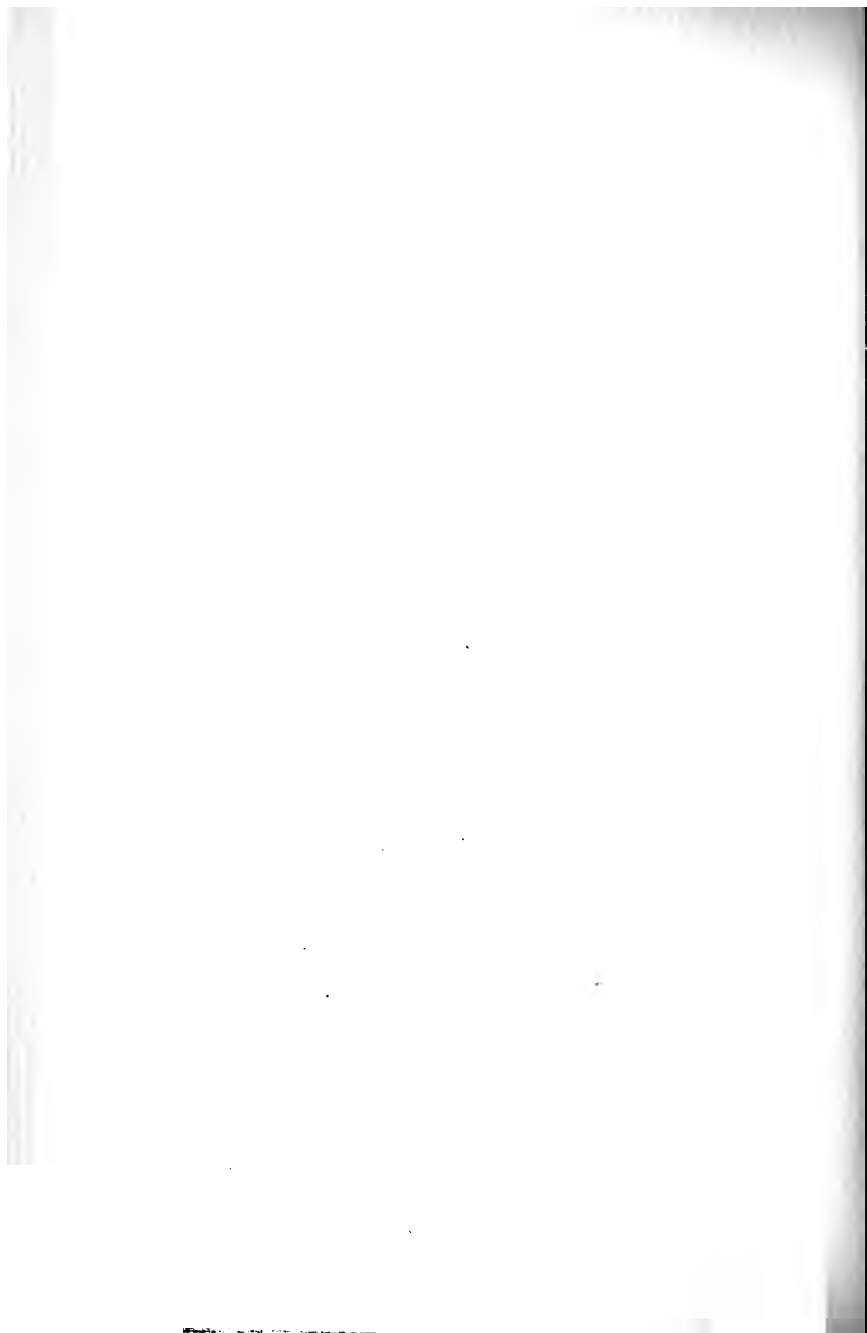
ni la bélica alegría tan robusta y generosa
que Aragón presta á los tonos de su canto popular,
explosión de sentimientos en que indómita rebosa
la fiereza originaria de la sangre almogavar.

Es todo esto confundido, que á los términos distantes
se dilata sin que un eco lo devuelva en su extensión;
es un trémolo de notas aceradas y vibrantes
como el alma de Castilla, que está toda en aquel són,

¡Oh, Castilla, tierra madre! ¿Quién no siente la hermosura
de esas vírgenes montañas que no ha hollado humano pie;
que hasta el cielo se escalonan en disforme arquitectura,
y en redor de cuyas cumbres sólo al águila se ve?

¿Quién no admira, estremecido por un vértigo sublime,
desde el borde pedregoso de un picacho desigual,
de qué modo hacia el abismo, con fragor que el pecho oprime,
precipítase el torrente por el agrio peñascal?

Sí, grandioso es el ceñudo panorama de los montes;
mas á todo yo prefiero tu solemne placidez,
tus serenas perspectivas, tus abiertos horizontes,
donde abarcan las miradas el espacio de una vez.

En las cimas Dios se vela tras la roca ó tras la nube;
aquí le hablo sin que nada se interponga entre los dos;
en las ásperas montañas hasta Dios el hombre sube;
solamente en las llanuras hasta el hombre baja Dios.

A UN PENSADOR

¿Qué te detiene? Sin cesar ahonda
de la ardua ciencia en el profundo arcano;
es del minero el pensador hermano
y en su obra tiene la razón por sonda.

Baja á esa noche. A tu afanar responda
dócil el triunfo que labró tu mano
y el negro vientre del abismo insano
nada á tu empeño escrutador esconda.

Matrona que escatima sus favores,
no meretriz que otórgalos sin freno,
es la austera Verdad; lucha y no implores.

Al ruin lo fácil, lo costoso al bueno.
Sobre la tierra encontrarás las flores;
¡el oro hay que arrancarlo de su seno!

LA BALADA DEL INVIERNO

Leña, más leña; el Enero
viene hogaño asaz impío;
arda en el hogar el tuero
porque me muero
porque me muero de frío.

¡Cuál golpea el aguacero
en los cristales, Dios mío!
La estancia es un ventisquero
y yo me muero,
y yo me muero de frío.

Mi antiguo sillón de cuero,
de nieve es hoy. ¡Qué vacío,
qué soledad! Nada espero.
Es que me muero,
es que me muero de frío.

Mas no: lo que invade entero
mi ser, ¡ay! es el hastío;
dentro de mí está el Enero,
y es ese frío
el frío de que me muero.

SOLEDAD DEL ALMA

Nunca, oh Señor, como en la edad presente,
de su grandeza material ufana,
el desamparo y soledad que siente
ha sentido tal vez la raza humana.

Ni un símbolo ante el cual caer de hinojos,
ni un sostén para el alma dolorida,
ni una creencia á que volver los ojos,
ni un ideal por el que dar la vida.

Aislados por un sórdido egoísmo
los hombres en cenáculos diversos,
cual piedras que descuaja el cataclismo
y pulveriza en átomos dispersos;

sin una religión ni una doctrina
en las que comulgar por un instante,
de humana fe y autoridad divina
la desolada negación triunfante,

esta generación, cuya alma hiela,
Señor, el desaliento solitario,
muerto y pendiente de la cruz, te vela,
cual tu Madre en la noche del Calvario.

Y traspasada de terror siniestro,
al rezar su oración de cada día,
temerosa balbuce: «*Padre nuestro...*
¿estarás en los cielos todavía?

A ZORRILLA

No bien pisara el umbral
de la niñez, por fortuna,
casi mezclada en la cuna
con el beso maternal,
su voz escuché inmortal
que otro ser despertó en mí,
y en sus cantos balbucí
nuestra patria poesía,
y en sus versos á María
tal vez á orar aprendí.

Antes de entrar en aquél
aún á mis ojos cerrado,
habité un mundo, evocado
de entre las sombras por él.
Allí, al piafar del corcel
por los patios del castillo,

se unía al son del rastrillo,
la serenata de amor,
el cantar del trovador
y la arenga del caudillo.

Allí á la Virgen, que viera
la fe con que la invocaba,
cuidando su altar hallaba
Margarita la Tornera;
allí en amorosa espera
lloraba *Luz* su destierro,
y junto á la cruz de hierro
del solitario olivar,
miraba ante él desfilar
Don César su propio entierro.

Allí á su Cristo postrada
Toledo, de horror temblando,
veía extender, jurando,
la mano desenclavada;
allí surgía *Granada*,
delicia del musulmán,
la ingratitud de un galán
mataba á *Aurora* á sus pies,
y el amor de *Doña Inés*
abría el cielo á *Don Juan*.

Era el arte soberano
por quien vuela y se abrillanta,
pinta, esculpe, borda y canta
el idioma castellano;
el que á un signo de su mano
levantó de las ruïnas
las piadosas hornacinas,
las inmensas catedrales,
las portadas ojivales
y las torres bizantinas.

Era una viva explosión
de la savia natural;
era el alma nacional
que en él tuvo encarnación.
Era nuestro corazón
palpitando en sus cantares,
nuestras empresas y azares,
nuestros reveses y anhelos,
el fulgor de nuestros cielos
y el rumor de nuestros mares.

¡Su poder! ¿Dónde la valla
que le encierre ó le resista?
Hay quien hereda, él conquista;
hay quien reina, él avasalla.

La crítica, absorta, calla,
aherrojada por su mano;
discutir sería en vano
su independencia salvaje,
¿quién discute... el oleaje
que levanta el Oceano?

Prolongada en lo presente
por su genio esclarecido,
aun después de haberse hundido
tras las brumas de Occidente,
reflejábase en su frente
de España la gloria añeja,
como del sol que se aleja,
cuando ya en la tierra falta,
sobre la cumbre más alta
toda la luz se refleja.

DOS PAISAJES

I

TEMPESTAD

Como invasor ejército, en montones
las nubes bajan á envolver la tierra;
simula el viento su clarín de guerra,
y el trueno el galopar de sus bridones.

Ruge á distancia el mar en sus prisiones,
el horizonte en lobreguez se cierra,
y á devastar los campos, de la sierra
vienen bramando aludes y turbiones.

El valle, ha poco floreciente y gayo,
mira á merced del torbellino ciego
la antigua pompa que heredó de Mayo;

y un caos es todo á nuestra vista luego,
sobre el que Dios con el zig-zag del rayo
traza, al pasar, su rúbrica de fuego.

II

INVIERNO

Ya cual galán á quien de pronto hastía
la posesión de la beldad lograda,
á los constantes brazos de su amada
llega más tarde cada vez el día.

Ya su ganado hacia el aprisco guía,
soñoliento, el pastor por la hondonada;
ya la tribu de alondras desbandada
se pierde en la confusa lejanía.

Y el triste invierno, que al crujir los troncos
en el hogar, entre los vientos roncos,
las largas noches de terrores puebla,

prendiéndola, al pasar, de monte en monte,
va ocultando á la vista el horizonte
tras la tela de araña de la niebla.

MONTFAUCON

(DE VÍCTOR HUGO)

I

Para los pájaros.

A la hora en que á Occidente la luz del sol bajaba,
los dos á solas, cerca del bosque de Angely,
con sorda voz y austera solemnidad hablaba
Bertrand el Arzobispo al Rey Felipe así:

—«Rey: el altar y el trono son un principio mismo;
á un tiempo, pues, y juntos, defiéndanse los dos.
A heréticas reformas abramos el abismo;
salvar ¡oh, Rey! la Iglesia será salvaros vos.

»Sobre el terror que siembra ciméntase el Estado,
más fuerte cuanto el pueblo más tenga que temblar;
la turba siempre al miedo sumisa se ha postrado.
¿Derechos? Uno solo conozco: el de reinar.

»Para atajar un riesgo lo necesario es justo.
Son poco ya en defensa de nuestra santa fe
los códigos y jueces del gran Felipe Augusto;
precisa es la amenaza sobre la altura en pie.

»Amaga la herejía mi autoridad; la vuestra
minando va en silencio la sorda rebelión;
de arrodillarse el pueblo cansado al fin se muestra,
y el templo extraños cismas asaltan en montón.

»¿De qué profundidades que, siempre misteriosas,
vidente ni profeta ninguno sondeó,
esos enjambres vienen de ideas tumultuosas?
¿Produjolas la noche, ó el cielo las creó?

»Hablemos con sigilo, y oidme cual prudente:
Nada hay más formidable — ni el rayo ni el alud —
que esos instintos nuevos que bajan de repente
sobre la estremecida y absorta multitud.

»De pronto, desde arriba cayendo esas quimeras,
pululan, van y vienen, se agitan por doquier,
cerrados ojos abren, sacuden almas fieras,
se mezclan al ambiente, dilatan su poder.

»Hiriendo en las tinieblas cuanto el mortal adora,
sobre el cerebro emprenden una tenaz labor;
algo de aquí se llevan, y traen... ¿qué? Se ignora:
ese es vuestro peligro, y ese es nuestro temor.

»¿Qué traen?—prosigue—. ¡Nada! Tal vez un soplo, un viento,
¡quién sabe! Un ruido de alas que es brisa ó tempestad.
Y añade — á sus palabras el Rey mudo y atento—:
Señor: las novedades por siempre desterrad.»

En esto, pensativos llegaban á un sembrado
que, extenso, dilatábase delante de sus pies,
y donde con murmullo sonoro y prolongado
mecíase en los surcos la ya madura mies.

Allí, sobre los trigos, al sol y al aire expuestos,
con traza repugnante y aterrador vaivén,
en sogas y en horquillas medrosamente enhiestos,
horribles espantajos flotar al aire ven.

Las aves, los gorriones, que la dorada espiga
seduce con promesas de opíparo festín,
la alondra, que á las otras con su chillido instiga,
gozosas acudiendo, dispútanse el botín;

pero de pronto, el móvil ejército de trapo
las ráfagas del viento sacuden de aquí á allá;
una espantosa vida recobra cada harapo,
y el bando, temeroso, dispérsase y se va.

— «¿Cuál es — el Rey entonces pregunta — la manera
de gobernar los pueblos? Sabio Arzobispo, dí.»
Y el campo así guardado, como delante viera,
mostrándolo á Felipe, Bertrand dijo: — «Hela ahí.»

II

Para las ideas.

Por eso, dominando la altura y la distancia,
desde el ignominioso y obscuro tiempo aquél,
se eleva un edificio por cima de la Francia,
cual sobre Babilonia distínguese á Babel.

Terrible, hosco y disforme, domina los lugares,
montón de arena y barro, del cual huye la luz,
monstruoso laberinto de garfios y pilares,
de toscos botareles y mástiles en cruz.

Los otros monumentos, de la ciudad señores,
palacios, torres, templos, que en lo alto percibís,
los dioses son, los héroes, los santos y doctores;
él es el monstruo, escándalo y oprobio de París.

Dijérase que arrastra su fúnebre escalera
por su pendiente obscura que va en la muerte á dar.
Todo lo que el granito y el hierro de la fiera
pueden tener, lo tiene su mole singular.

Cada uno de sus bloques, en la penumbra oculto,
un vil Molok dibuja del cielo en el azul;
cada columna tosca, de algún salvaje culto
semeja resto ó sombra de un lívido Irmensul.

Si en sus sillares rudos alguna zarza crece,
ó tiende alguna hiedra su inextricable red,
la sombra de sus hojas dilátase, y parece
la mano del verdugo trazada en la pared.

Del Louvre ese cadalso remate y complemento,
portada del suplicio, confirmación del mal,
caricia hecha á la tumba, sarcasmo al firmamento,
de los fatales tiempos es cómplice fatal.

Ante el sagrado cielo, de la justicia toma
el usurpado nombre que no acertó á ganar;
aun más que con Lutecia, confina con Sodoma,
y siendo el pudridero, se erige en el altar.

Espectro de granito que encierra espectros de hombres,
sin advertir si el mundo perece ó sufre al pie,
llevando con orgullo sus execrables nombres,
se eriza en las tinieblas enfrente á no sé qué.

A veces, ese osario sombrío y taciturno,
como al impulso tiembla de doloroso afán,
y mezcla su gemido con el rumor nocturno,
los silbos prolongando del lúgubre huracán.
Allí rechina el eje del torniquete horrendo,
y estúdiase el progreso, patente en cambios mil,
que va desde el cadáver al esqueleto haciendo
sobre el despojo humano la podredumbre vil.
Cada insepulto cuerpo sobre una fecha gira,
de un negro calendario signo es cada pilar.
De noche el monstruo crece; cuando la tarde expira,
sobre París dijérase que se le ve avanzar.
¡Visión medrosa! Encima de un muro ceniciento
levántase algo informe, con desigual temblor,
vertiginoso caos, confuso hacinamiento
de sombra, de silencio, de cólera y de horror.
Pirámide amasada con odio y desvarío,
por la armazón de aquella fantástica Babel,
el tramo da en la escala, la escala en el vacío,
y aun el vacío tiene la noche detrás de él.
Si el hombre mereciera respetos á la tumba,
si en su montón la muerte pudiera distinguir,
las larvas confundidas en trágica balumba
nombráranse, legando su historia al porvenir.
Diríase: éste que hubo de quebrantar el rito
de Pascua, que Ireneo dictara, fué Trifón;
este otro es Glanus, reo del infernal delito
de haber interpretado las obras de Platón.

Aquél, diestro en el arte del brujo de Maguncia,
lanzó un Virgilio impreso ¡oh audacia sin igual!
de aquéllos, cuyos nombres la fama no pronuncia,
el uno es un poeta y el otro un criminal.

Todo eso, hacia la Roma mirando de otros días,
ó anticipando el curso del tiempo destructor,
recuerda á sus hermanas las tristes Gemonías,
ó á Josafat presiente, ganándole en horror.

Ayer y hoy, día y noche, verano como invierno,
allí están los siniestros fantasmas, allí están,
por cima de las torres y cúpulas, eterno
juguete de agua y nieve, granizo y huracán.

Aquellos esqueletos proscritos de sus fosas,
aquel crujir de hierros que púdrense también,
aquel danzar macabro de sombras misteriosas
moviéndose en continuo descomunal vaivén,

ahuyentan á los almos espíritus del cielo,
venidos á la tierra del idëal en pos,
para traer al hombre la frase de consuelo,
vivificar sus obras ó revelarle á Dios;

y vese á las ideas más santas y más puras:
progreso, bien, justicia, derecho, amor, verdad,
como asustadas aves, tornando á las alturas,
huir del *espantajo* que alzó la iniquidad.

Á LOS ARTISTAS JÓVENES DE ESTOS TIEMPOS (1)

Honrad al arte. Por él
renaciendo lo pasado,
palpita vivificado
en piedra, lienzo ó papel.
Nube de fuego, á Israel
conduce por el desierto;
mística estrella, el incierto
rumbo marca al peregrino,
y sortilegio divino
resucita el mundo muerto.

Por él resuena en la lira
que vibrante clama ó ruega,
la voz del tiempo que llega,
ó el lamento del que expira;

(1) Leída en una fiesta celebrada en el palacio de los Duques de Denia, en honor de Velázquez.

en torno á su cetro gira
coro de ensueños celeste,
y conduciendo una hueste
de dioses, bajo su planta
polvo de estrellas levanta
con las fimbrias de su veste.

Ave que no pliega el ala;
fuego que no se consume,
excelsa flor que un perfume
jamás extinguido exhala;
en la luminosa escala
pendiente de lo idëal,
desde lo alto de la cual,
tendida la firme diestra,
Dios á nuestras ansias muestra
la perfección inmortal.

¡El arte! Él guarda el modelo
primordial é inalterable
á que todo, infatigable,
tiende y marcha en este suelo;
en él siempre es cada anhelo
infalible predicción,
y á él sólo presentes son,
cuando el mundo los olvida,

el secreto de la vida
y el plan de la creación.

Herederos de la gloria
del gran Velázquez, sagrada
noble legión, engendrada
al calor de su memoria;
desdeñando la victoria
que otorga la veleidad,
al porvenir caminad,
puestas el alma y la vista
en aquel sublime artista
honra y pasmo de su Edad.

A DON QUIJOTE

I

Alto, seco, rugoso, amojamado,
como en miseria y lobreguez parido,
aquí por recias aspas sacudido,
allá con rudos golpes magullado.

De andariega hermosura desdeñado
y de punta de amor muy mal ferido,
coces, piedras y estacas te han molido,
lloviendo sobre ti como un nublado.

No es de extrañar, aun cuando á alguno asombre,
si larga prole que al contar me pierdo
heredera dejaste de tu nombre;

que, á medias sabio, como á medias lerdo,
tú eres la lucha que mantiene el hombre,
obrando loco y razonando cuerdo.

II

Palmerín español, manchego Aquiles,
de ingenio y de valor tan envidiable,
aun por el calcañal invulnerable
á envidias bajas y calumnias viles.

Siglos y siglos pasarán á miles
en la del tiempo variedad instable,
y aún tu fama será, nunca mudable,
ocupación de plumas y buriles.

A empresa colosal, fin estupendo,
tu esfuerzo noble señalar alcanza;
que adarga al brazo y el ijar hiriendo

de Rocinante que al galope avanza,
con empuje brioso arremetiendo,
¡un mundo entero derrumbó tu lanza!

HOJAS DE ALBUM

EN EL DE ***

¿Versos en tu alabanza? Fuera preciso
volver á hablar lá lengua que se habló un día
en las horas risueñas del Paraíso,
y que ninguna humana traduciría.

Tener por pluma un rayo del sol que dora
las cimas de tu Patria, virgen cual ellas;
escribir sobre tu álbum con luz de aurora
y echar sobre esta tinta polvo de estrellas.

Penetrar el enigma de cada objeto,
transcribir lo que dicen la flor y el ave,
deletrear los signos de ese alfabeto
de que Dios solamente tiene la clave.

Y aun así, los que ensalcen con más suprema
perfección y más numen belleza tanta,
rápsodas serán sólo del gran poema
que en estrofas divinas tu cuerpo canta.

EN EL DE ELIA REIG DE ALFONSO

De ilustres vates el rendido coro
te celebró, junto al altar postrada,
en ocasión que sobre el velo de oro
ceñía de tus gracias el tesoro
la corona gentil de desposada.
Cuando mi voz, guiada
del noble afán de tu alabanza justa,
llega al concierto que en tu honor se entona,
va á ceñir tu cabeza otra corona:
la corona de madre, aún más augusta.
Pronto, si colma el Hacedor tu anhelo
—pues ya á tu casa el ángel se avecina
que á ella traerá la bendición del Cielo—
han de llenar tu estancia peregrina
risa, que luz de lo interior parece,
y charla que es cual música divina.
Verás cuál dentro de tu hogar se acrece
el ruído, el movimiento y el cuidado,
cómo junto á una cuna que se mece,
la vida ante tus ojos se engrandece
y hallas objeto al porvenir soñado.

No contarás las horas
más que por las caricias de tu niño,
que pagará tu maternal cariño
con gracias seductoras.
Irás mil veces por las noches quedo
á levantar las blancas colgaduras,
de que despierte el querubín con miedo,
de puntillas y á obscuras,
sobre los labios colocando el dedo.
Y las horas enteras,
aquella cuna columpiando á ratos,
sus movimientos hallarás más gratos
que el ritmo celestial de las esferas.
Y en vivos arrebatos,
al ver á tu hijo que dormido yace,
prorrumpirás con dulce desvarío:
«Ya sé, ya sé, ¡Dios mío!
por qué se vive y para qué se nace.»
Y el amor de tu esposo irá en aumento
fundiéndose de entrambos la existencia
en el ser que es de entrambos el contento.
Para unir la hermosura y el talento,
¿qué más digno eslabón que la inocencia?

EN EL DE MARÍA DEL PALACIO

Aunque no te vi, María,
como en ella tu alma aspiro,
conocerte juraría
reflejada en la poesía
de tu padre, á quien admiro.

No lo dudes. ¡Cuántos de esos
versos suyos celebrados,
ya profundos, ya traviesos,
por tu presencia dictados,
se deberán á tus besos!

Que así el amor colabora
con el genio, á leyes suaves
sometiéndole que ignora;
complicidad de la aurora
en el canto de las aves.

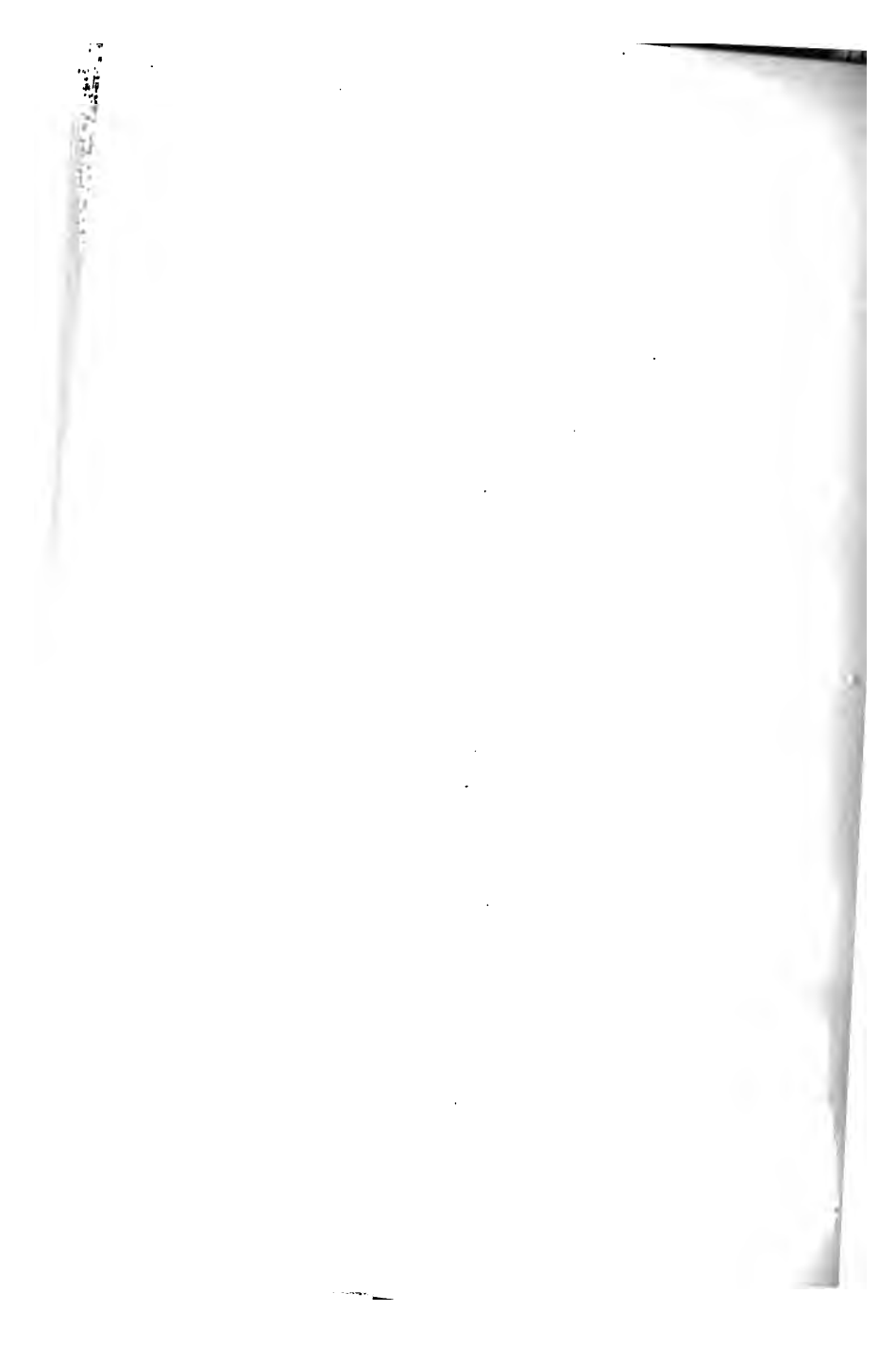
Musa y ángel á la par,
dichoso el honrado hogar
en el que tus gracias son
luz para la inspiración
y egida contra el pesar.

EN EL DE DELIA VERGARA

¿Quién es el que al cantar á la hermosura,
por necia vanidad alucinado,
ser autor del poema se figura
que solamente transcribió al dictado?

Yo sé que cuando, lánguidos y flojos,
en tu álbum los apunto de corrido,
no hago más que poner ante tus ojos
los versos que en tus ojos he leído.

Como es la floración de la simiente,
las notas de las cuerdas de la lira,
la luz del foco, el agua de la fuente,
la estrofa es de la musa que la inspira.

No pagues, pues, con tu hechicero mimo
cosa que debes recibir cual propia:
de esta canción en que tus gracias rimo
no es mía, en realidad, más que la copia.

SONETOS

I

ANTÍTESIS

Nunca la acción sin idëal, movida
por ciegas fuerzas, al azar y á obscuras,
de sus uniones híbridas é impuras
concebirá, por el dolor ungida.

Nunca tampoco la abstracción, nacida
entre la nieve de áridas alturas,
podrá llevar en sus entrañas duras
el germen palpitante de la vida.

Una es estéril para el bien humano,
como lo son las vírgenes austeras
que un voto aparta del amor profano;

la otra, entregada á sus pasiones fieras,
estéril es, en su impudor liviano,
con la esterilidad de las rameras.

II

PESIMISMO

En la cruël desilusión que á modo
de niebla gris tu corazón invade,
ves el mundo, y su vista te persuade
de la infinita vanidad de todo.

Dios, para ti, es un déspota beodo
que á la injusticia la irrisión añade,
y sin que al grito del mortal se apiade,
goza amasando en lágrimas el lodo.

Delante del misterio que te asombra,
con tu siniestra negación reemplazas
cuanto en la vida con amor se nombra;

y es que en tu orgullo, cuando el bien rechazas,
tomas por noche universal la sombra
que en torno tuyo con tu cuerpo trazas.

LA RISA DEL PAYASO

(ANÉCDOTA)

Madrid, donde fué á su paso
la celebridad de un día,
Madrid entero reía
las locuras del payaso.

Cuando entre el vivo arabesco
de las profusas lucernas,
volteando en manos y piernas
al son de un vals canallesco,

con su traje, de labores
inauditas recargado
y su rostro embadurnado
por brochazos de colores,

William-Grinn, rey de la arena,
regocijo de la gente,
por la valla, de repente,
presentábase en escena,

pronto el general clamor
era risa que, cundiendo,
desbordaba en el estruendo
de un aplauso atronador.

¡Qué extraordinarios derroches
de exuberante alegría
los que ante el público hacía
William-Grinn todas las noches!

Ya su fieltro puntiagudo
recogiendo en la cabeza,
tras lanzarlo con destreza
por el aire en un saludo;

ya arrancando extraños sones
á un vïolín, que rascaba
mientras se descoyuntaba
con grotescas contorsiones,

vierais al bravo humorista,
de un frenesí poseído
de agitación y de ruido,
ir y venir por la pista,

moviéndose en su amplitud
como un duende revoltoso,
engendro vertiginoso
del capricho y la inquietud.

¡Cómo en parodia bizarra,
con ingenioso artificio
remedaba el ejercicio
del acróbata en la barra;

ó, con ademanes raros,
en pantomima burlona,
requería á la amazona
mientras saltaba los aros;

todo entre charla jovial,
cuyas burlas y donaires
estallaban por los aires
como un fuego artificial!

Largo tiempo ante él sumisa
viendo así la villa toda,
sobre el trono de la moda
tuvo el cetro de la risa;

pues del favor en la cumbre,
su gracejo y travesura
fueron una dictadura
que ejerció en la muchedumbre.

Sus agudas invenciones,
sus felices epigramas
celebrados por las damas
recorrían los salones,

y en todas las plazoletas
del suburbio, los rapaces
imitaban sus audaces
volatines y piruetas...

Divierte, divierte, histrión,
á la turba, imbécil grey;
el populacho es un rey
que ha menester su bufón.

***

Por entonces, cierto día,
á un doctor de gran renombre
fué á ver en consulta un hombre
enfermo de hipocondría.

Según datos de esta historia
tan curiosa como cierta,
se apeó el tal, á la puerta,
de una elegante *victoria*.

Tras de su traje correcto,
de severísimo corte,
su grave rostro y su porte
comedido y circunspecto,

todo, al más superficial
examen, mostrara en él
la huella de una cruel
melancolía mortal.

Tétrica era la mirada
de aquellos ojos sin brillo
que teñía de amarillo
la bilis extravasada,

y en los surcos de su tez
macilenta y sin color
anticipaba el dolor
estragos de la vejez.

Caló al verle, algo confuso,
sus lentes de oro el Galeno,
y no debió hallarle bueno
según la cara que puso.

Luego, aquí observa, allá ausculta,
entre médico y paciente
de la manera siguiente
dió principio la consulta:

—Dígame usted con franqueza:
¿qué tiene? Vamos á ver.
—¡Ay, doctor! ¿Qué he de tener?
que me acaba la tristeza.

Por más que hago, nada cura
esta enfermedad de hastío
que todo en derredor mío
lo tizna con su negrura;

que no dejándome asomo
de goce en cuanto hago ó pruebo,
me enturbia el agua que bebo
y me amarga el pan que como.

—Comprendo, comprendo: mal
nervioso-hepático... pues;
algo inexplicable, que es
más que físico, moral.

Aquí, la ciencia batalla
desde Hipócrates á Orfila,
el dianósgtico vacila,
la terapéutica falla,

y á tientas, sin norte fijo
que derrotero le imponga,
(pues *vita brevis, arts longa,*
como el filosófo dijo),

no alcanza el saber humano
más que á dar palos de ciego,
y á denominar en griego
lo que duele en castellano.

—¿Y bien?
—Higiene, aire puro,
distracciones...
—Todo, todo
lo intenté, y en ningún modo
logré alivio; se lo juro.

—La caza, noble afición
que es ejercicio y recreo.
—He cazado á espera, á ojeo,
con reclamo y con hurón.

—No hay, en tal caso, medida
que poder recomendar
más que los viajes.
—¿Viajar?
No he hecho otra cosa en mi vida.

He paseado este profundo
fastidio, esta displicencia,
veinte años de mi existencia
y á través de todo el mundo.

Nada me alegra. Enfermiza
mi voluntad, es lo mismo
que oxidado mecanismo
que la herrumbre paraliza.

¿Dónde, cómo, en qué sentir
un goce, sea el que quiera?
¡Mi caudal, mi vida diera
por saber lo que es reir!..

Aquí quedóse perplejo
nuevamente el buen doctor,
discurriendo en su interior
traza, recurso ó consejo,

hasta que, como si al fin
lo encontrara, de repente
dijo:
—¡Una idea excelente!
Vea usted á *William-Grinn.*

¿Qué desesperado caso
de hipocondría rehacia
no curaría la gracia
de *William-Grinn* el payaso?

No hay para ese abatimiento
—concluyó—que le domina,
más eficaz medicina,
más radical tratamiento—.

Conforme el doctor hablaba,
el otro, grave y pausado,
habíase levantado
del asiento que ocupaba.

No bien terminó, cortés
saludó, cogió el sombrero,
dejó en la mesa el dinero
de la consulta, y después,

ya á la puerta de salida,
en su tono seco y breve,
que empañaba un dejo leve
de amargura contenida:

—Gracias, gracias—murmuró
con sonrisa indefinible;—
el remedio es imposible,
porque *William-Grinn*...: soy yo.

Á RICARDO GIL

(AL RECIBIR SU LIBRO «LA CAJA DE MÚSICA»)

Tu libro es dulce y grave, tierno y hondo;
tu inspiración es íntima y sincera.
Quien se asome á tus versos, en su fondo
hallará reflejada un alma entera.

Entre el vano y confuso clamoreo
que ensordece los aires con su ruido,
tu frase es misterioso cuchicheo,
confidencia en voz baja y al oído.

Aseméjase á fuente cristalina
que se derrama en perlas de la roca,
y en que hacia la mitad de la colina
gusta el viajero de poner la boca.

Como ella tiene el resbalar furtivo,
el claro fondo y la solemne calma,
despertando con su eco sugestivo
mil cosas inefables en el alma.

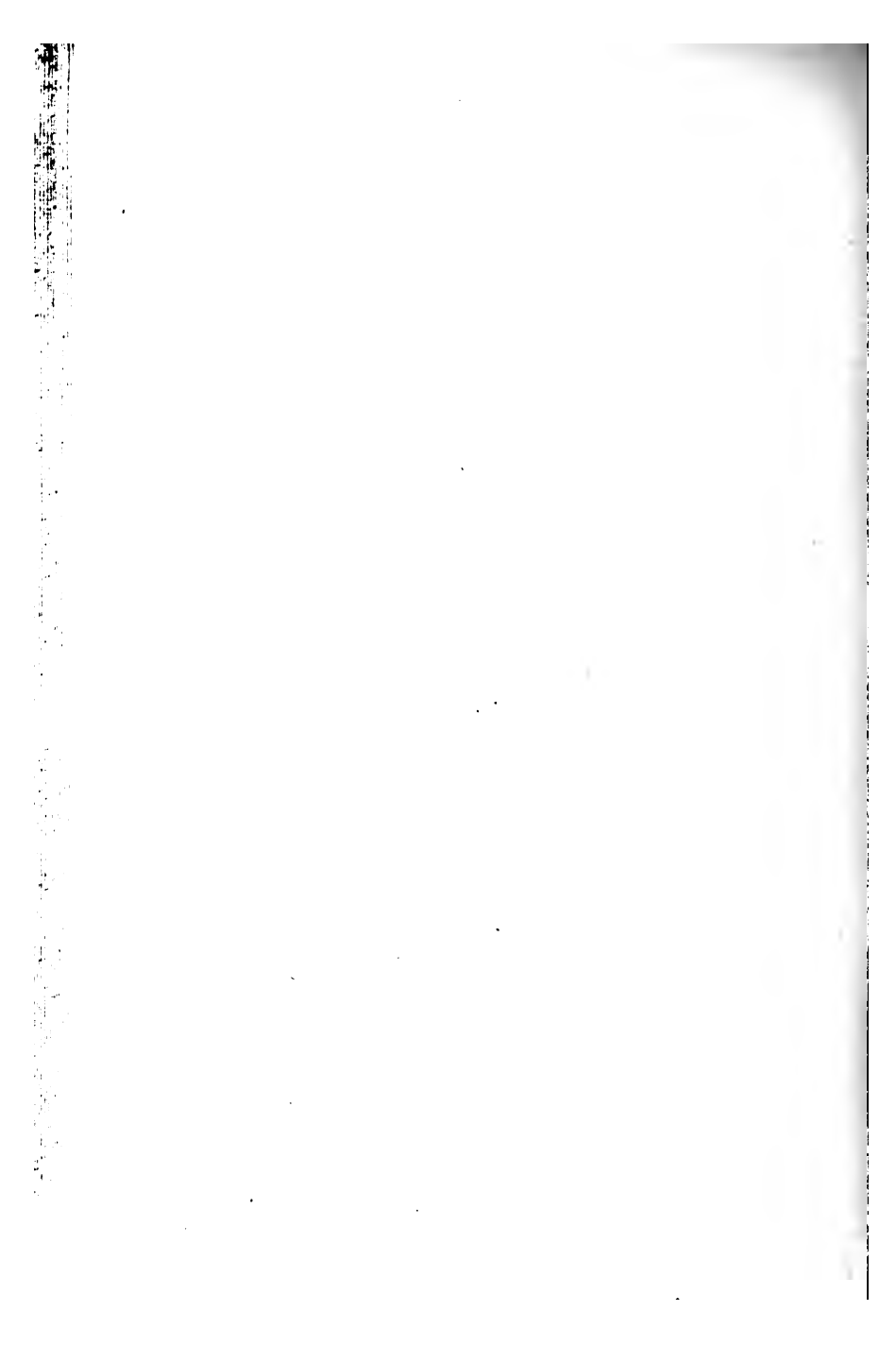
Tu acento no es el áspero rugido
de la pasión, ni la brutal protesta,
ni el clamor del combate enardecido,
ni la nerviosa risa descompuesta.

La voz, por la emoción semivelada;
la piedad, por lo humilde y lo pequeño;
la visión en las sombras esfumada,
la media tinta pálida del sueño;

ese es tu mundo. El alma de las cosas
te habla en secreto, y con tu soplo animas
los dormidos recuerdos, mariposas
que en torno vuelan de tus áureas rimas.

¡Dichoso tú, que al exterior tumulto
sabes cerrar los ojos, y entregarte,
de la conciencia en el sagrario oculto,
al egoísmo celestial del arte!

Es ¡ay! en nuestra edad la poesía,
que una sublime aspiración embarga,
Océano que al cielo desafía,
como él grandiosa, mas como él amarga.

Y es tu obra en ella manantial tranquilo
que de las altas cúspides procede,
y en el inmenso mar vierte, hilo á hilo,
un agua pura que beberse puede.

LA FAMA

Después de que hubo en la guerra,
ciego por su ansia de gloria,
hecho esclava la victoria
y feudataria la tierra;

tras de ganar en Farsalia
la prez de héroe y soberano,
de vencer al lusitano,
y de someter la Galia,

el osado aventurero
que, atropellando la ley,
fué dictador, casi rey
y árbitro del mundo entero,

sin guardianes ni lictores
fugitivo por Bretaña,
buscó albergue en la cabaña
de unos pobres leñadores.

Aquella noche de invierno
no tuvo mantos de Tiro
ni en copas de oro y zafiro
bebió el imperial falerno.

Pero cuanto más abajo
más su soberbia sentía
como Antístenes un día
á través de cada andrajo,

pues del orgullo es sabido
que, á la manera del fuego,
con un impulso más ciego
tiende á estallar comprimido.

Y así, aun en tal ocasión,
César que el suyo tascaba,
y que hasta allí mismo echaba
de menos la adulación,

preguntó al senado aquél,
arto rústico y plebeyo,
por sus guerras con Pompeyo
y por sus triunfos sobre él;

por el genio, tan profundo
como audaz, que en su carrera
tanto ensanchó á Roma, que era
Roma sola todo el mundo.

Y terminó:—Pues proclama
por todas partes sus hechos,
¿qué dice bajo estos techos
de Julio César la fama?—

Estábanse en rededor
oyéndole aquellas gentes
mostrando en sus continentes
el más ingenuo estupor;

hasta que uno, de tal sarta
de prodigios quito y horro,
levantándose del corro
con un bostezo de á cuarta,

gruñó:—No nos martireces
con tus preguntas, buen homb
ni hemos oído ese nombre,
ni sabemos lo que dices.—

LA NUEVA ESTÉTICA

Un día, sobre asuntos de la clase,
firmaron las gallinas un *uckase*,
y desde el Sinaí del gallinero
promulgaron su ley al mundo entero.
Disponíase allí, por de contado,
que el vuelo de las águilas robusto
debe ser condenado
como un cursi lirismo de mal gusto;
que, en vez de labrar nidos en la altura,
se escarbe, sin cesar, en la basura;
que, para dilatar los horizontes,
ras con ras decapítense los montes,
y dejando al nivel todo Himalaya,
del muladar que su corral domina,
en adelante, no haya
más vuelos que los vuelos de gallina.
Esto el volátil bando
decretó, la invención cacareando.

Mas, á pesar del alboroto, infiero
que la gente después, según costumbre,
siguió admirando al águila en la cumbre
y echando las gallinas al puchero.

AUN

Aún hay guerra; todavía
la noche que desparece,
con sus sombras obscurece
la aurora del nuevo día.
Aún roja nube sombría
el cielo sube á enlutar;
aún á la fuerza, al azar,
se da de razón el nombre;
aún á Dios usurpa el hombre
el derecho de matar.

Es que el monstruo del Pasado,
tras titánica pelea,
vencido, al fin, por la idea,
y á sus plantas humillado,
se agita desesperado
de sus crímenes al peso,
y agonizando inconfeso,
escupe al dejar la tierra
el sarcasmo de la guerra
á la cara del progreso.

SÍMBOLO

Como un monstruo de bronce,
sujeta entre pilares,
y descubriendo hinchada
la oquedad de su vientre formidable,

en lo alto de la torre,
su emplazamiento y cárcel,
la colosal campana
cuelga del resistente maderamen.

En su cóncavo seno
duerme en aquel instante
la voz atronadora
con que habla desde el cielo á los mortales,

la voz de aquella lengua
con que ocho siglos hace
que va marcando á un pueblo
las fechas de su vida, memorables;

y obra se la creyera
que en horno de volcanes
los cíclopes fundieron
allá en las mitológicas edades...

Mas ¿por qué esa hendidura.
de arriba abajo la abre,
cual si estuviera rota
por la espada de fuego de un arcángel?

La tradición refiere
que, cuando hirió los aires
su son por vez primera
sobrecogió de espanto á estos lugares;

que al desusado estruendo
la gente huyó á ocultarse;
que ancianos y mujeres
cayeron desmayados en las calles,

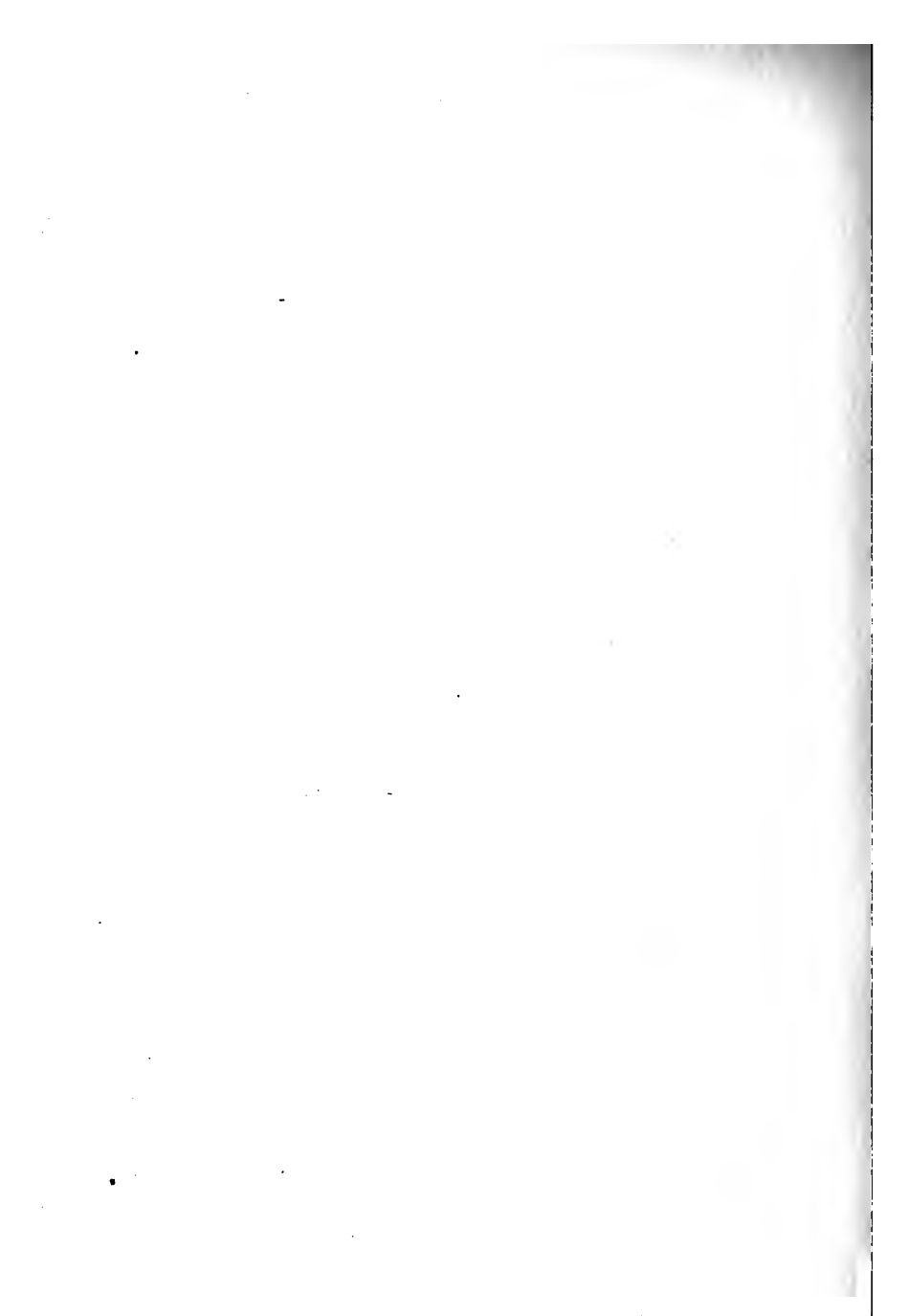
y que, desde aquel día,
porque su voz gigante
puedan de los humanos
soportar los oídos miserables,

rajada la campana,
esa hendidura la abre,
cual si estuviera rota
por la espada de fuego de un arcángel.

. . . .

Mirándola el curioso
viajero de una tarde
veía allí el emblema
de todos los destinos inmortales.

Así, pensaba, el alma
del genio, libre y grande
la mano de Dios hiere
al vaciarla en el molde de la carne;

pues sólo destemplada,
rota por el dolor, de parte á parte,
su voz puede en la tierra
sonar sin que á los hombres anonade.

A UN ENEMIGO

Así: fuera el disfraz. Sé infame, infame;
prefiero ¡vive Dios! en mi hidalguía
lobo que muerde á víbora que lame.

¿Que me aborreces? Bien. Ya lo sabía:
Caín y Judas asomaban juntos
detrás de tu alevosa hipocresía.

Bien haya la ocasión que por sus puntos
me reveló tu natural menguado
de que más de una vez tuve barruntos;

porque quiérote enfrente, no á mi lado:
me honran hoy las injurias que me infieres,
cuanto ayer tu amistad me ha deshonrado.

Yo profeso esta máxima, ¿qué quieres?
«al hombre has de juzgar por su enemigo;
dime quién te odia y te diré quién eres».

¿No has de causarme vanidad? Contigo
sé que hay un alma que mi nombre llena,
que alguien espía cuanto pienso y digo;

pues vives de mi gozo ó de mi pena,
y atado vas á mí por el despecho
como á su amo el lebrel por la cadena.

Permite que me muestre satisfecho:
¿dónde hay humillación como la tuya,
ni homenaje mayor que el que me has hecho?

Y no haya miedo de que al fin concluya
tal sumisión, ó de que el tiempo vario
este nefando vínculo destruya.

Olvidarme podrán, por el contrario,
aquellos seres en quien más confío,
y á quien dentro del pecho alcé un santuario;

mas de ti, estoy seguro, tú eres mío:
arrastrarás, forzado miserable,
como un grillete, tu rencor sombrío.

Aunque ceder quisieras, no te es dable:
cede, tal vez, el que persigue agravios,
el que venga un favor es implacable.

Borbote, pues, en tus convulsos labios
la hiel que anega el corazón mezquino,
mal de que siempre guardarás resabios:

ser odioso es odiar; cumple el destino.
Resuélvese en maldad toda impotencia;
¿no eres inútil? pues serás dañino.

Dijérase ¡pardiez! que es la conciencia
de su deformidad, que ocultamente
va fermentando en cólera y demencia,

la que da su veneno á la serpiente,
su armadura de púas al erizo,
su garra al tigre, y al caimán su diente.

Ella es, sin duda, quien, por grados, hizo
¡oh fiero detractor hipocondríaco!
pérfido al zorro, al sapo asustadizo;

ella inspira la astucia del macaco,
y ella es diente, veneno, púa y garra,
miedo, astucia y furor en el bellaco.

Ánimo, pues, y á tu sabor desbarra;
con el tejado de cristal, no tema
tu mano apedrear los de pizarra.

Ya la difamación es un sistema,
y el escándalo un arte que, sin freno,
logra, al presente, perfección suprema.

Se coge barro, pez, hollín y cieno,
se amasa todo con algún sofisma
y con cualquiera dicharacho obsceno;

se ungen las frentes con tan negro crisma,
y esto suple á la lógica, al buen gusto,
á la razón... y á la sintaxis misma.

Así en mil casos, del censor adusto
que imagina tener en el bolsillo
los dogmas de lo justo y de lo injusto;

Catón de mojiganga y baratillo,
Zoilo de lance, que disputa recio
y escupe á lo matón por el colmillo,

si dominando el asco y el desprecio,
ráspase un poco en lo exterior, ¿qué se halla?
un pedantón tras quien se oculta un necio,
y un necio tras del cual hay un canalla.

EN UN ABANICO

Cuando en la mano de marfil pulido
con trémulo crujido
tu varillaje, abriéndose, resbala,
á la impresión de roce y de blancura
siempre se me figura
ver la paloma desplegando el ala.

A LA MEMORIA

DEL EMINENTE ACTOR DON JOSÉ VALERO

Setenta años de pie sobre la escena,
firme luchó sin deponer su escudo,
estremeciendo al auditorio mudo
al sacudir la trágica melena.

Si alguna vez á la insistente pena
ó al carro adverso doblegarse pudo,
nunca al ceder, el gladiador membrudo
las dos rodillas humilló en la arena.

Como el roble cayó: que no el embate
del furioso aquilón ni el hacha fuerte,
sino la propia pesadumbre abate.

Retó, á la par, al tiempo y á la suerte;
y al sucumbir en el tenaz combate,
¡fué su primer reposo el de la muerte!

LA ESTRELLA DE ORIENTE

¿De qué esferas insondables ascendía,
por qué espacios infinitos remontaba
de un nadir caliginoso de tinieblas
á un cenit resplandeciente de esperanzas?

De repente aparecióse; el firmamento
se llenó de una luz nueva, tinte de alba;
los anillos se borraron de Saturno,
y de Arcturo la luz roja se hizo pálida.

¿Qué era aquello que encendíase en los cielos
de improviso, como nébula de plata
con translúcidos reflejos de diamante,
con prismáticos destellos de esmeralda?

Ignorábase su nombre y su destino
por la ciencia en la Caldea y en la Arabia,
mas doquiera hacia la estrella misteriosa
levantábanse los ojos y las almas.

Norte y guía en las incógnitas regiones,
fué aquel astro la ilusión de nuestra infancia,
el simbólico ideal de nuestro ensueño,
la leyenda de la bóveda estrellada.

Como un día á los pastores y á los reyes,
esa estrella desde lo alto, solitaria,
ha seguido iluminando sus caminos
á los hombres, á los pueblos y á las razas.

. . . .

Hoy... no sé; pero parece que entre el hielo
de la duda y el fragor de la borrasca,
fría moja en el silencio de las noches
nuestras frentes derretida en una lágrima.

CANTARES

El universo es un libro
que escribió Dios por su mano,
en que el amor es el tema
y lo demás comentario.

—

Dios no me dé existencia
sin ilusiones,
cielo sin sol radiante,
campo sin flores,
árbol sin nidos,
colmena sin abejas,
casa sin niños.

—

Caminante, caminante
que tantas ruinas has visto,
mira esos huesos que viven
sólo porque se han querido (1).

—

(1) Publicado en el *Cancionero de los Amantes de Teruel.*

No aprendas á aborrecer,
ni siquiera á despreciar;
nunca sepas sino amar...
amar ó compadecer.

—

Somos dos y somos uno;
uno en dos, madre del alma:
tú la voz y yo el sonido,
tú el manantial y yo el agua.

—

¿Cómo has de sentir penas
en tu edad, niña?
el dolor es un fruto
que da la vida;
y Dios no quiere
que produzcan los frutos
las ramas verdes.

—

En vano mis sentimientos
cantando quiero expresar:
lo que hay mejor en el alma
no sale de ella jamás.

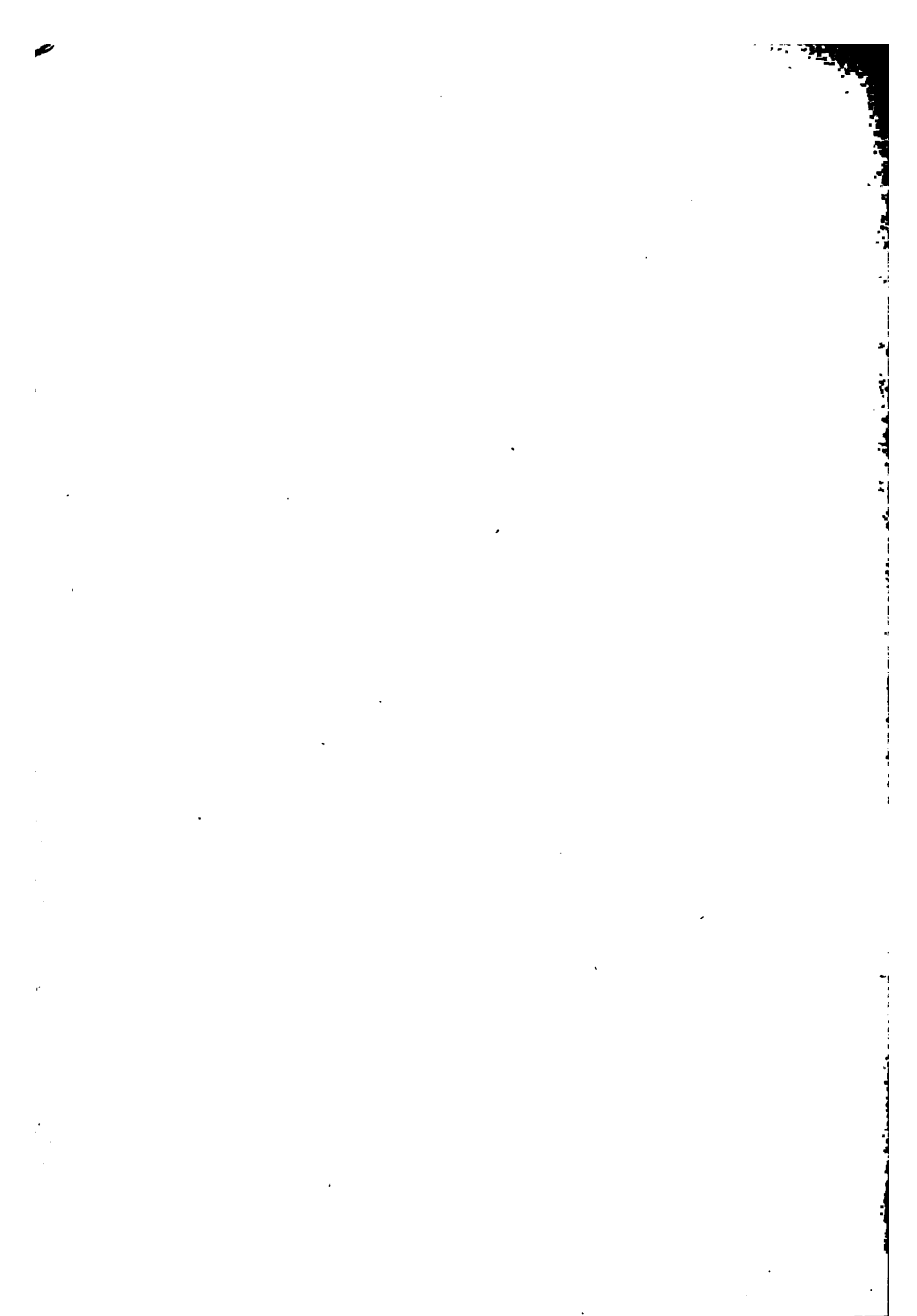
—

A NUÑEZ DE ARCE

Nacida entre el fragor de la pelea,
tu musa fué la indignación sublime
que como espada fulgurante esgrime
la estrofa que en tus manos centellea.

Ella huye el arte que en lo vil se emplea,
que falso halaga ó enfermizo gime,
y en cuya muelle túnica no imprime
los pliegues de sus músculos la idea.

Mas, ¿por qué enmudecer? Habla, maestro;
deja que corra de tu fácil estro
la vena de oro que tenaz restañas.

Nunca temor la tempestad te infunda:
que la tierra se muestra más fecunda
cuanto más removida en sus entrañas.

EN TIERRA DE CIEGOS.

CUENTECILLO

Héroes, sabios, redentores,
cuantos del montón por cima
ser debierais á la estima
del montón acreedores,

si aún tras de tanto escarmiento,
justicia aguardáis aquí,
para el caso lo escribí:
escuchad, que va de cuento:

Diz que un viajero atrevido,
con el mar y el viento en guerra,
fué á dar á la extraña tierra
de un reino desconocido.

Era un pueblo en que no había
sino tuertos, y en verdad
que esta singularidad
asombróle en demasía.

Mas se dijo: «En buena ley,
debe importarme un anís,
y pues dicen que en país
de ciegos el tuerto es rey,

no han de ser vanos antojos
suponer, y aun dar por cierto,
que rey será en país tuerto
aquel que tenga dos ojos.»

Pronto vió su error patente
y pagó su inadvertencia,
pues no bien de su presencia
percatóse aquella gente,

blanco fué de la irrisión
y la burla. ¿Por qué? Pues.....
por tener dos ojos, que es
cosa muy puesta en razón.

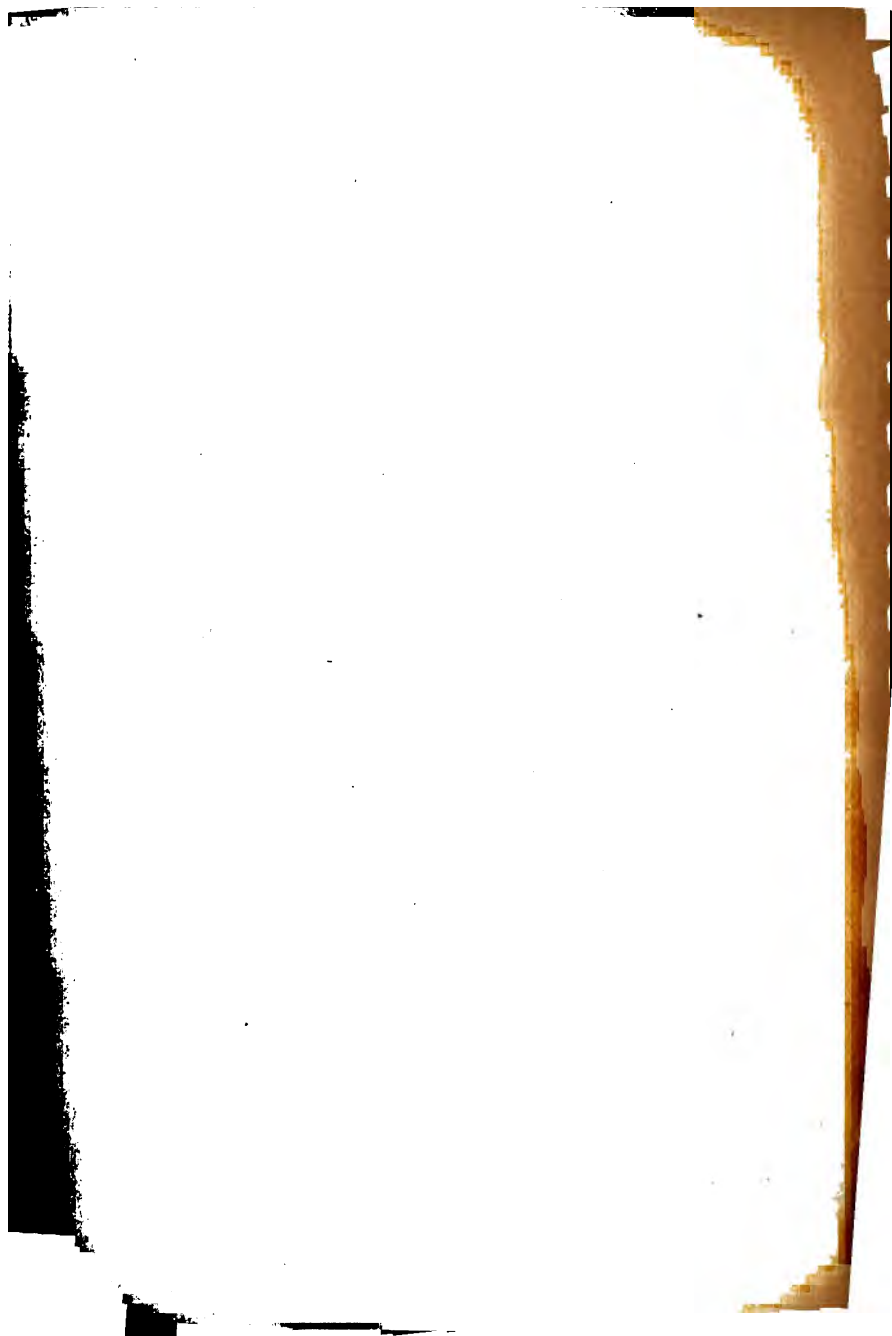
Todos se escandalizaron
cuando el fenómeno vieron;
los ociosos le siguieron,
los muchachos le silbaron.

En su justísimo enojo
clamaban todos detrás:
«¡Tener un ojo de más!..
¡Pues no es nada lo del ojo!»

Y si no se diera traza
de aprovechar un descuido
y huir corriendo y corrido,
tal como perro con maza,

se ve en un correccional
ó, por colmo á sus miserias,
eu una jaula en las ferias
enseñado á medio real.

. . . .

Moraleja que el autor
repetirá de mil modos:
¡Ay del que no es como todos,
aun cuando fuere mejor!

AISLAMIENTO

Tengo yo en un rincón del viejo huerto
de dos generaciones heredado,
detrás de unos rosales, y cubierto
por la parra que enrédase al cercado,

un banco de madera que una alfombra
tiene á los pies de céspedes y gramas,
y al que dan, á la vez, música y sombra
de un cenador los nidos y las ramas.

Á mi lado, en la tabla carcomida,
no queda más que un hueco y un abrigo
para la compañera de mi vida,
ó para el viejo y familiar amigo.

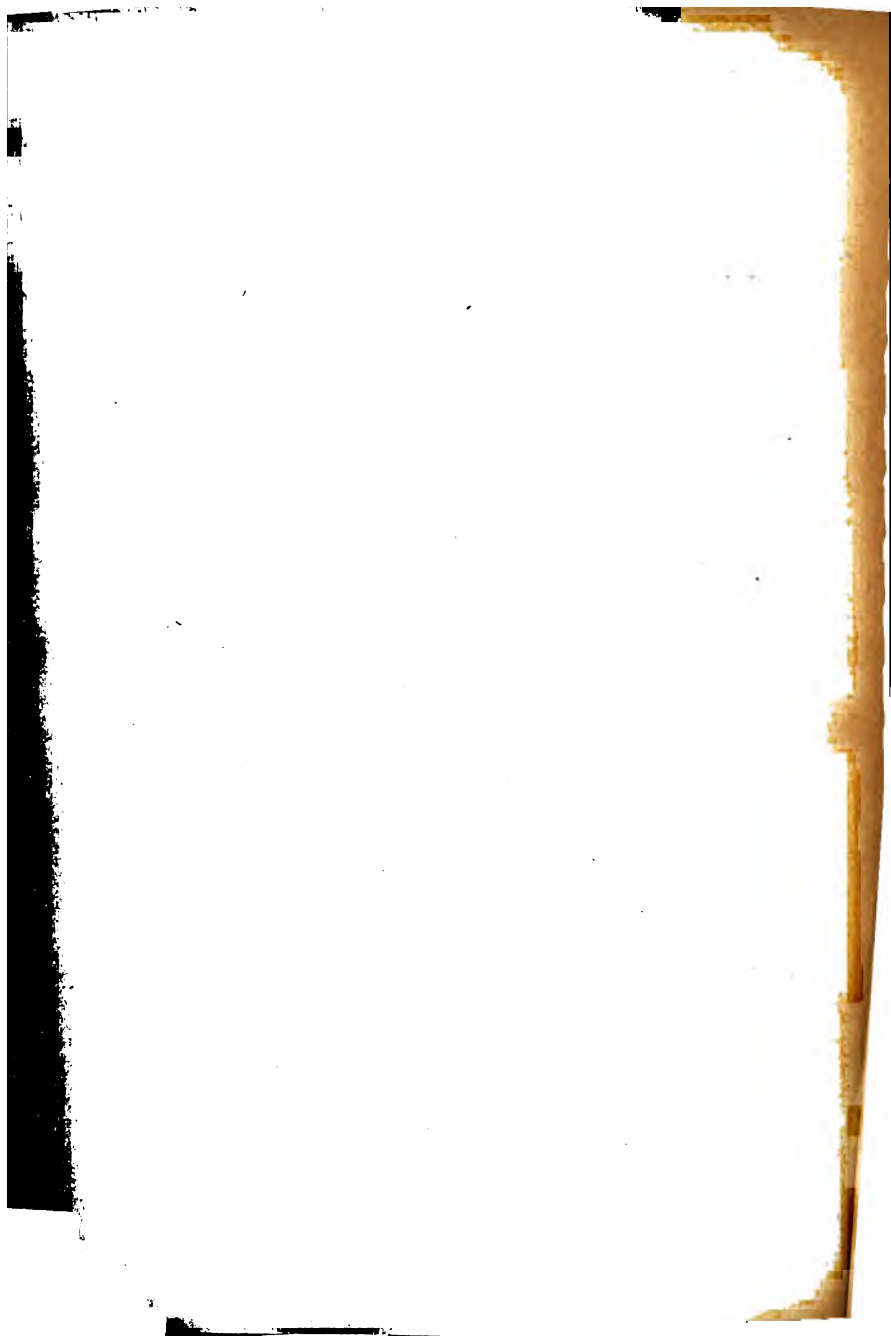
Aquel pedazo de podrido leño,
firmemente enclavado entre terrones,
es para mí Pegaso y Clavileño,
donde subo á fantásticas regiones.

Desde allí veo alzarse entre las brumas
quiméricos palacios y atalayas,
golfos de luz rompiéndose en espumas
sobre la curva de infinitas playas.

Escucho á mi redor como un concierto
de voces mil, cuyo lenguaje ignoro.
¡Qué mundo tan poblado es el desierto,
qué clamor el silencio tan sonoro!

De tanto mal y tan mezquina lucha,
mi fatigado espíritu reposa,
y la armonía sideral escucha
y aspira, y sueña, y se emancipa y osa.

En mi rincón al universo oculto
todo cantar y sonreir parece,
y desligada del social tumulto
el alma libre, en la ilusión se mece.

Y á la magia del éxtasis que acorta
los aledaños de mi humilde imperio,
muestra el espacio á la mirada absorta
la inmensidad sin fondo del misterio.

IMPRESIONES DEL DESASTRE

SONETOS

I

EN DEFENSA DE DON QUIJOTE

Oigo, tiempo hace, al interés grosero
culpar de nuestra ruina y desventura
á aquella tu romántica locura,
¡oh audaz y asendereado caballero!

Por ti desenvainamos el acero,
sin medir del contrario la estatura;
y por ti nos ceñimos la armadura
frente á la sinrazón y al desafuero.

No. ¡Voto á Dios! Ya es tal nuestra mudanza
que nadie habrá tan sandio que no note
dónde la ruin supercherfa alcanza;

pues tras el yelmo y con tu empresa y mote,
hoy en parodia vil es Sancho Panza
quien empuña el lanzón de Don Quijote.

II

DERRUMBAMIENTO

Al ver, de pronto, el ideal sublime
de todo el siglo á nuestros pies deshecho,
mientras el dios de la barbarie, el hecho,
ciego y brutal, el universo oprime;

cuando no hay ya quien su opinión estime
ni tenga en más la fama que el provecho;
cuando la fuerza triunfa del derecho,
y la razón amordazada gime;

cuando al golpe que mata y envilece
no mana sangre, sino pus la herida
de esta España que España no parece,

ante la patria, sin luchar vencida,
en el semblante el deshonor escuece,
y da vergüenza conservar la vida.

III

PROTESTA

Descendencia de Eróstrato, insensata,
arrastrada al suicidio ciegamente
por el furor de un vértigo creciente
que su senil degradación delata,

con la audaz negación que nada acata;
con la cínica burla disolvente;
con el sofisma, que corrompe y miente;
con el sarcasmo, que denigra y mata,

el edificio de la patria historia
minando fuimos á la luz siniestra
de una infecunda crítica irrisoria;

si hoy cae al golpe de enemiga diestra,
no atribuyáis al vencedor tal gloria:
la catástrofe horrible es obra nuestra.

IV

EL AMBIENTE

¿Quién no es culpable? La corriente clara,
ahora ya río desbordado y lleno,
se enturbió con el fango que en su seno
cada cual de nosotros arrojara;

y hoy mientras nos arrolla y nos separa,
en lugar de atajar su desenfreno,
gozamos en lanzarnos ese cieno
los unos á los otros á la cara.

Cuando, rotos los vínculos humanos
todo se prostituye y se falsea,
y el bien y la virtud son nombres vanos,

¡oh corruptora sociedad atea!
¿con qué derecho acusa á los gusanos
la misma podredumbre que los crea?

V

NOCHE EN LA CONCIENCIA

Astro del siglo, que á su vez declina,
también el sol de la razón se apaga,
y la desolación de esta hora aciaga
con su triste crepúsculo ilumina.

Nueva Babel, la cólera divina
las lenguas confundió; todo naufraga,
y el hombre, á tientas y entre sombras, vaga
por los escombros de la inmensa ruina.

No extrañéis, pues, que con la noche obscura
que sigilosa impunidad procura
los siniestros peligros se aproximen;

no, no extrañéis si las maldades crecen,
que esas tinieblas la ocasión ofrecen,
y hermanos son la obscuridad y el crimen.

VI

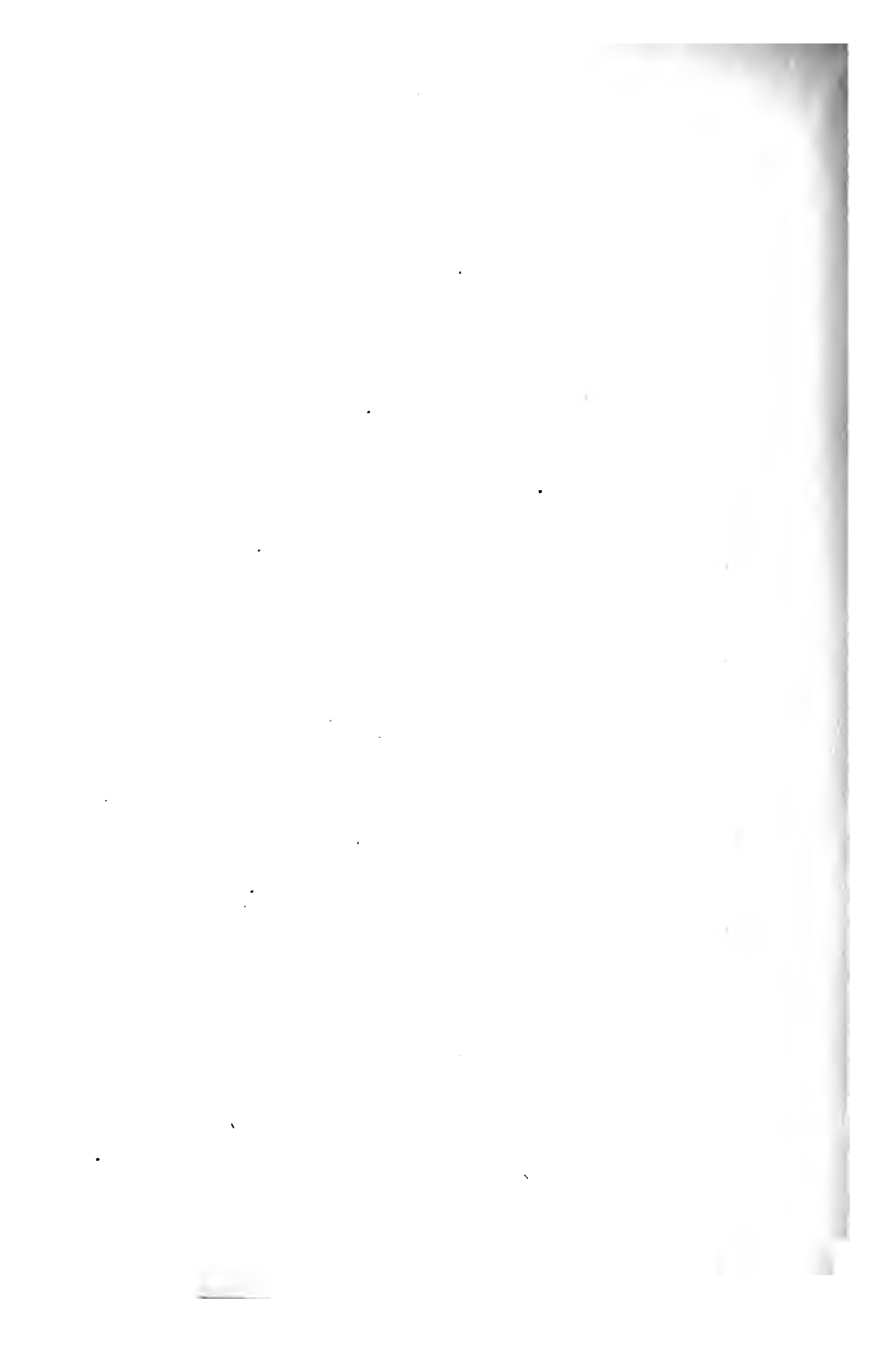
SURGE ET AMBULA

Más que esa España que en despojos yace,
más que la ruina y que el desastre mismo,
aterra el silencioso cataclismo
de otra España moral que se deshace.

Ni una voz indignada que rechace
tamaña humillación, sólo egoísmo,
que aletargado al borde del abismo
sus instintos de bestia satisface.

Crítico y angustioso es el momento;
despiértese al peligro la conciencia,
ya que no al salvador sacudimiento;

que en la lucha á que Dios hoy nos sentencia
es una deserción el desaliento
y una complicidad la indiferencia.

(1897)

A LA ORILLA

¿Qué secretos influjos ejerce,
ó qué amargos consuelos esconde;
para todos los tristes del mundo,
el agua que corre?

Cada vez que con sordo rugido
á asaltar la conciencia del hombre
se levanta el tropel sedicioso
de hambrientas pasiones;

si una gota de hiel á los labios,
asordando la costa en que rompen,
nos salpican del mar de la vida
las ondas salobres;

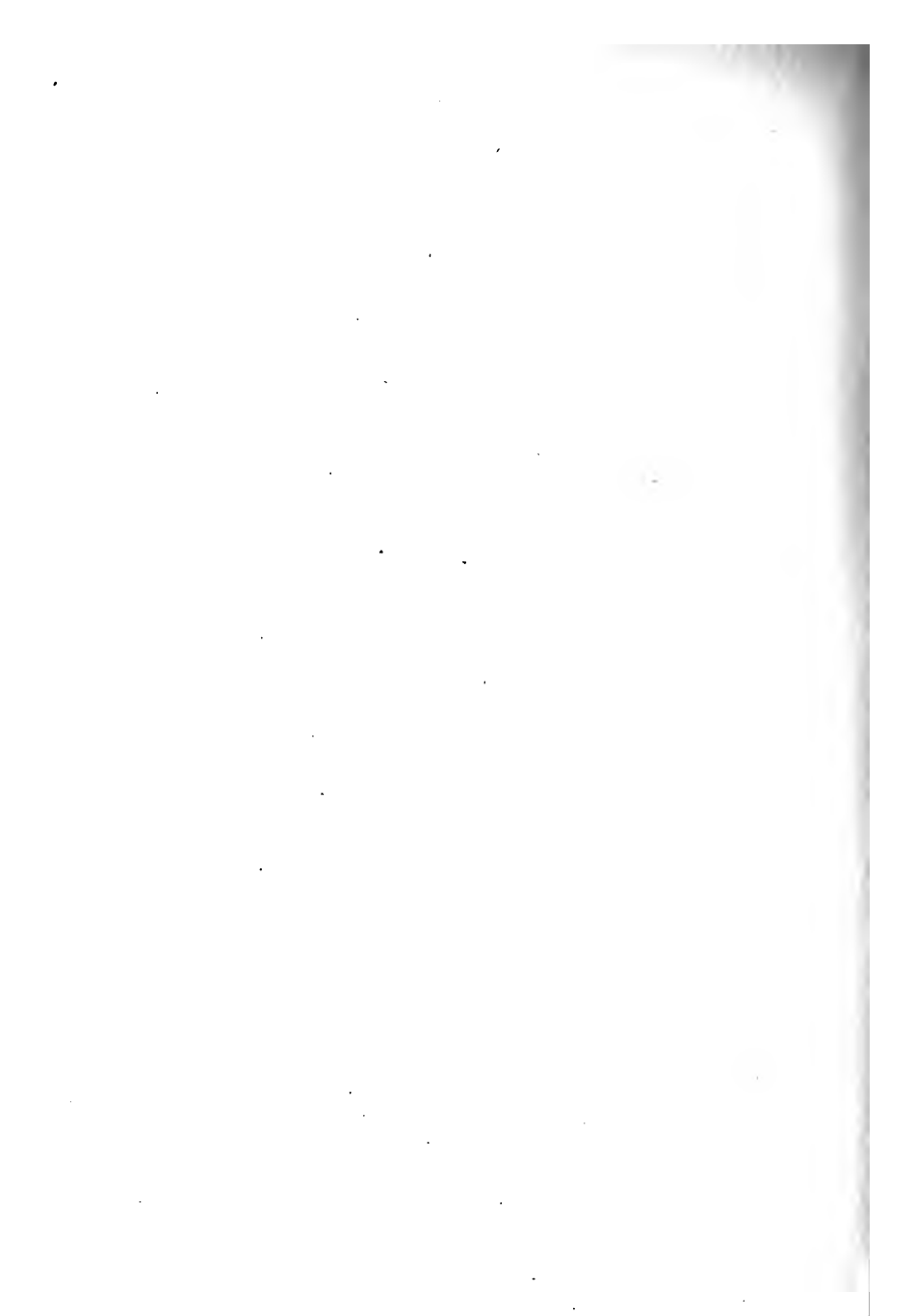
cuando el alma del cielo entrevisto
se desploma, temblando, en la noche,
y despierta contusa y helada
del frío y del golpe,

como el ave que, rotas las alas,
va á posar del arroyo en el borde,
tal el triste se sienta á la orilla
del agua que corre.

Aquel vago monólogo eterno,
incoherente, confuso y discorde
en que extraños secretos de un mundo
fantástico se oyen;

aquel canto que suena á gemido,
como voz del espíritu insomne
que cautivo en el lecho de musgo
se queja á los bosques;

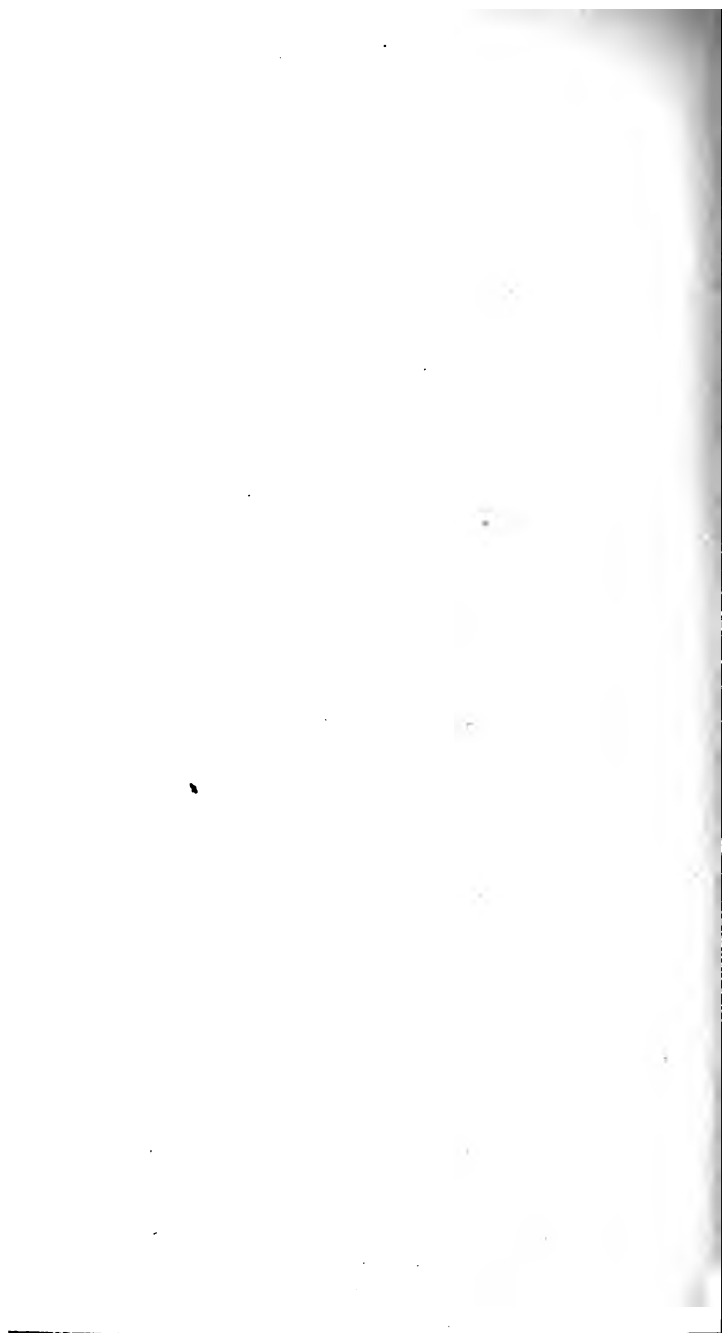
el continuo bullir de las ondas
que se alcanzan, se empujan y absorben
cuchicheando, al pasar fugitivas,
con guijas y flores,

van filtrando insidioso el olvido,
van trayendo ese encanto sin nombre
que adormece y columpia á la orilla
del agua que corre.

A CASTELAR

(EN LA MUERTE DE SU HERMANA CONCHA)

Ya un gran poeta derramó en la fosa
de la que amaste, inmarcesibles flores;
ruede entre ellas oculta esta piadosa
lágrima humilde á humedecer la losa,
la yerta losa en que las tuyas llores.

¡Las tuyas! ¡Espectáculo angustioso
ver por el pie la cumbre soberana
temblar al cataclismo pavoroso;
sentir fundirse el bronce del coloso;
palpitar en el dios la carne humana!

Llora; mas piensa al desgarrar tu herida,
que para el alma de infinita esencia
no puede haber ni muerte ni partida:
que es el amor la perdurable vida
y es el recuerdo la inmortal presencia.

NO MENEALLO

A Mariano de Cavia (1).

Existió en Efeso un hombre
que, impotente para todo,
concibió un bárbaro modo
de inmortalizar su nombre,

y ebrio de soberbia insana,
para imponer su memoria,
tomando el crimen por gloria,
quemó el templo de Diana.

Los griegos, prudentemente
dieron castigo ejemplar
al delito, con callar
el nombre del delincuente;

(1) Con motivo del tercer centenario de la publicación del *uijote*.

pero triunfó el insensato
logrando la *fama infame*
de que por vil se proclame
la memoria de Erostrato.

Hubo, en cambio, en Tordesillas,
cierto ruin profanador
de un monumento mayor
que las siete Maravillas;

templo también, donde reza,
con entusiasmo sincero,
de hinojos el mundo entero
la oración de la Belleza;

templo donde el genio oficia
sobre el sacro altar del arte,
y el pan del alma reparte
en luz, en bien, en justicia;

templo cuya nave inmensa
alumbra un sol de verdad,
y donde la humanidad
ríe y llora, siente y piensa.

A modo que la de Efeso,
también por dejar memoria,
quiso manchar esta gloria
un escritorcillo avieso.

Pero estotro, en su obra necia,
sin sublimidad ninguna,
no consiguió la fortuna
de su compadre de Grecia.

Para ofender, ocultó
la cara, y el ofendido
su nombre, á pena de olvido,
noblemente condenó.

Al revés que el pueblo griego,
creyó el mundo necesario
descubrir al incendiario
que usó la tinta por fuego.

Pero, aunque doctos y activos,
sabios de todas naciones
repasaron cronicones
y revolvieron archivos;

aunque de la sombra obscura
pretendió sacar al reo,
ya el perseverante husmeo,
ya la osada conjetura,

lo cierto es que sólo queda
del detractor del *Quijote*,
el ignominioso mote
del fingido *Avellaneda.*

Y así, firme es esta vez,
y está en vigor todavía
la sentencia que, algún día,
dictar quiso aquel gran juez.

En vano se pugnará
con ella luego como antes:
lo que obscureció Cervantes,
bien obscurecido está.

Á UNA DAMA

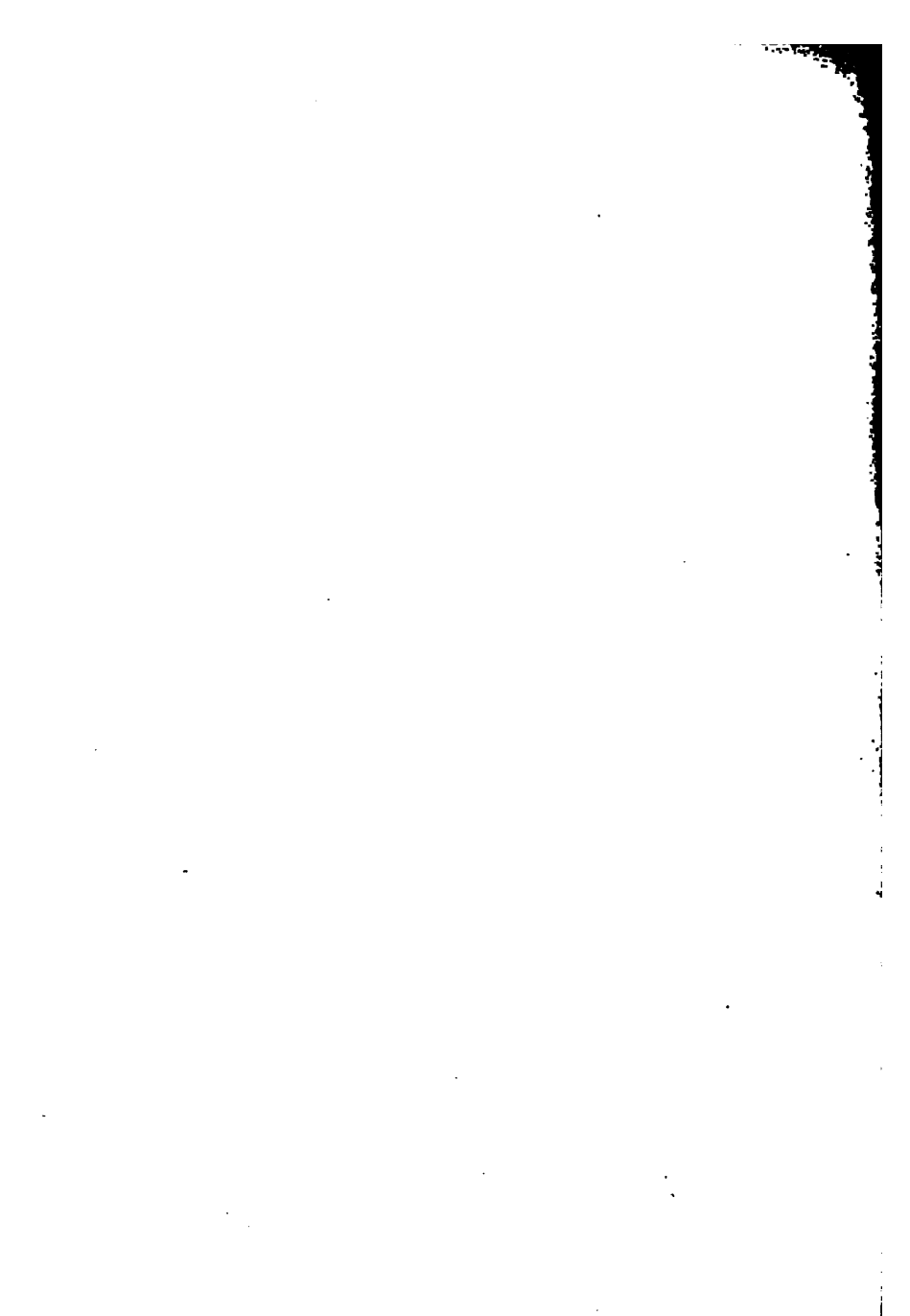
enviándole con mucho retraso unos versos ofrecidos.

SONETO Á GUISA DE CARTA

No extrañe usted la descortés tardanza
con que cumplo gratísima promesa,
y pese usted mi culpa, si la pesa,
poniendo el pro y el contra en la balanza.

¿No ve usted que al hacerlo, su esperanza
voy de seguro á defraudar, Condesa,
al propio tiempo que con ello cesa
honra que fácilmente no se alcanza?

Piense usted, pues, templando su censura,
que en este valle de miseria y llanto
nunca hay cosa mejor que la futura,

y que entra en ella la ilusión por tanto,
que un deseo aplazado es la ventura
y un deseo cumplido el desencanto.

EL GRAN CONCIERTO

Escena, una mesa de juego.

CORO DE MONEDAS

Cantemos, cantemos la inmensa victoria;
atrás los poderes, los cetros atrás;
virtudes, amores, ensueños y gloria,
borrado está todo, del hombre en la Historia:
nosotras quedamos, nosotras no más.

Ya el mundo no siente, ni espera, ni ama;
de todos los astros la luz se extinguió;
ya el hombre, que en ellos cual rey se proclama,
con ser nuestro esclavo dichoso se llama
y ya á nuestro carro, sumiso, se unció.

Caído del cielo y envuelto en penumbra
que forman, nublados, conciencia y saber,
no más nuestro brillo sus ojos alumbra;
tan sólo en nosotras la dicha vislumbra,
tan sólo en nosotras encuentra el placer.

Creencias felices que el viento se lleva,
las almas os dieron eterno un adiós,
su sombra ilumina la triste fe nueva,
los tronos se hundieron, y un trono se eleva;
los dioses se han ido y el oro es aún dios.
Cantemos, cantemos la inmensa victoria;
el mundo es ya nuestro; ¡grandezas, atrás!;
virtudes, amores, ensueños y gloria,
borrado está todo, del hombre en la Historia
nosotras quedamos, nosotras no más.

UNA

Abridme paso; buscando
voy encantos y placeres,
caricias en las mujeres,
delirios en la embriaguez;
en mí llevo un alma helada
de la duda por el frío,
que va huyendo del hastío
y esquivando la vejez.
Ha ojeado el roto libro
de su mísera existencia,
y á la luz de la experiencia
que á alumbrarle sola va,
ha encontrado tristemente
unas páginas borradas,

otras páginas manchadas,
viejo el libro y sucio ya.
Amor, delirio, ilusiones,
placer loco, muelle holganza;
la juventud, la esperanza
corro para ella á buscar.
Abridme paso; soy chispa
de la orgiástica locura,
voy á comprar la ventura,
voy el olvido á comprar.

OTRA

El que al azar entre todas
en la mesa me arrojó
con la mano temblorosa
y anhelante el corazón,
por vez primera este sitio
pisa, ahogado de rubor,
sin más crimen que su suerte
otra esperanza que yo.
El monstruo de la miseria
le acosa, y con honda voz
hace tiempo que á la dicha
para siempre dijo adiós.
Hallóse todas las puertas
cerradas á su aflicción,

y el calvario de la vida
penosamente subió.
  Encadenado á su roca
y roído el corazón,
no hay oceánidas que vengan
á mitigar su dolor.
  Dejadme, para un hambriento
busco pan, que él pide á Dios:
yo soy su sola esperanza,
su vida entera soy yo.

OTRA

Detrás de una fortuna ambicionada
púsome aquí un amante en su tristeza,
á quien, nuevo Leandro, de su amada
separa otro Helesponto: la pobreza.
  En la infancia la amó, cuando en la frente
aún vuestro origen celestial escrito,
más que nunca os domina persistente
la nostalgia cruel de lo infinito.
  Recuerdos de aquel tiempo todo flores,
su juvenil espíritu enajenan;
es el suyo un amor de esos amores
que el alma absorben y la vida llenan.
  Y ese mar de miseria, pavoroso,
sus fuerzas rinde, su altivez humilla,

nada y nada sin tregua, sin reposo,
y no llega jamás á la otra orilla.
Como el amante de Hero infortunado,
con su deseo inagotable á solas,
de aquella por quien muere separado,
perecerá tal vez entre esas olas.
Más infeliz que aquél, en vano fragua
fiado en mí, fantástico tesoro,
que si separa mucho el mar del agua,
separa mucho más el mar del oro.

OTRA

Yo persigo á la ventura,
una espléndida visión
engendrada en la locura
de esa voraz calentura
que se llama la ambición.
Sed de una cosa ilusoria,
gigante anhelo infecundo,
aspiración irrisoria,
que estrecha encuentra la Historia
y que no cabe en el mundo.
Yo corro, pues, á buscar
dinero con que comprar
el trono de un reino inmenso;
corro un tesoro á ganar
para gastarlo en incienso.

Mi dueño, que al sol brillante
de la adulación se esponja,
quiere, en su orgullo arrogante,
vivir en una constante
borrachera de lisonja,
y corre desatentado,
á impulso de su ilusión,
seducido y deslumbrado
por el vacío irisado
de esa pompa de jabón.

OTRA

Aquel que en mí los ojos
clavados tiene con mirar incierto,
entre húmedos y rojos,
y está descolorido como un muerto,
en eterno luchar con su destino,
corazón, juventud, genio ha gastado,
manchó en el lodo su blasón divino;
es un astro de su órbita apartado,
un ángel extraviado en su camino.
Sus sueños le han dejado;
han huído sus dulces ilusiones,
el cansancio ha llegado tristemente,
y se ha impreso en su frente
el sello abrasador de las pasiones.

Loco del ideal, vivió agitado
por deseos sin nombre y sin objeto,
y anhelando escalar lo inaccesible,
á un suplicio tantálico sujeto,
fué su vida un amor de lo imposible...
Perdido ya un tesoro
de hermosas esperanzas y otro de oro,
sola le quedo yo, no más yo sola:
si me perdiera por infausta suerte,
de aquí saldrá á pedir beso de muerte
á la boca glacial de una pistola.

OTRA

Vedle: en mí desde allá atrás
clava su vista sedienta,
mientras por los dedos cuenta
y dice entre dientes: «¡Más!»
Es un avaro; el amigo
del oro, esclavo del cobre,
un potentado tan pobre
como el último mendigo.
Ser sin Dios y sin hermanos,
alma sin luz ni perfume;
hombre vicio, que resume
todos los vicios humanos.
Conciencia obscura y venal
que cien miserias oprimen;

apoteosis del crimen,
caricatura del mal.

En el extraño idealismo
de su pasión homicida,
vive fuera de la vida,
vive lejos de sí mismo.

Estatua que hizo el desdén
de una insensible substancia,
colocado á igual distancia
se halla del mal y del bien.

Nunca un deseo ha sentido
ni una esperanza ha alentado.
¡Ay de él! Ni jamás ha amado
ni jamás ha aborrecido.

Nada quiere, y de este modo,
viviendo sin desear,
todo lo tiene, al pensar
que puede tenerlo todo.

En sus sueños infecundos,
sólo con sus fantasías,
vive en delirios y orgías
y hace poemas y mundos.

Goza inefables placeres,
viaja en apartadas zonas,
tiene en su frente coronas,
entre sus brazos mujeres.

Y á solas con su tesoro

y al reflejo de su brillo,
se va poniendo amarillo,
amarillo como el oro.
Vedle, mezcla singular
de ridículo y de grave,
á su aspecto no se sabe
si reir ó si temblar.

OTPA

Sombrío, en su rostro
se pinta el despecho;
me mira, y las uñas
se clava en el pecho.
Absorto y con mudo
furor maquinal,
su sangre agitada
latir se percibe;
no piensa, no siente,
no alienta, no vive
sino por su ciega
pasión infernal.
¿Por qué á la fortuna
tenaz me confía?
¿Riquezas anhela,
placeres ansía?
¿Tras qué otro fantasma

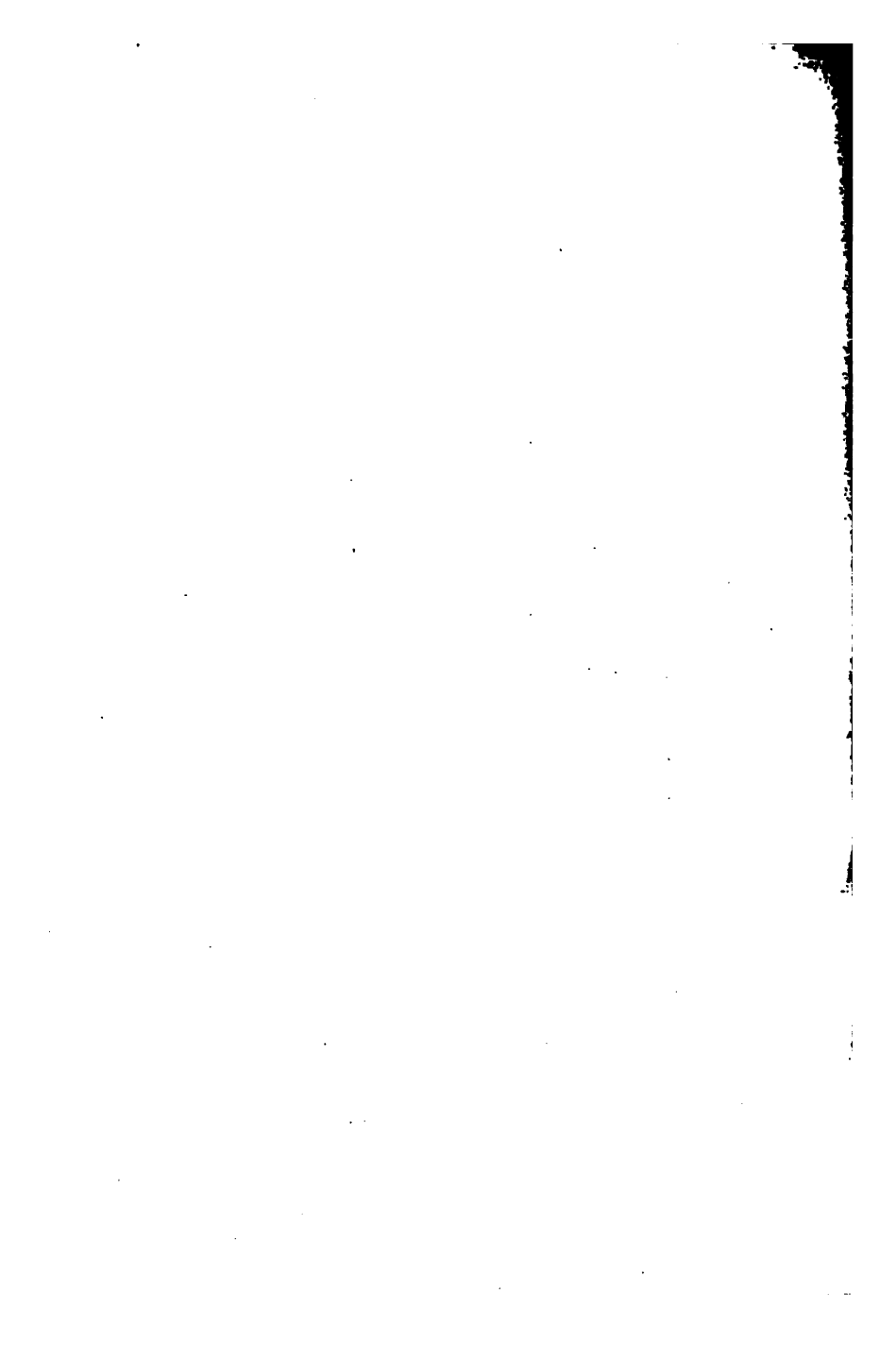
por él corro yo?
¿Le agita la fiebre
de triunfos y honores?
¿Le acosa el hastío?
¿Se muere de amores?
¿El monstruo del hambre
persíguele? No.
No busca en este hondo
torrente dorado,
que hierve en los bordes
del vicio encauzado,
sino de su vista
la ardiente emoción.
De un choque de azares
su vida recibe;
no piensa, no siente,
no alienta, no vive
sino por su ciega
funesta pasión.

TODAS

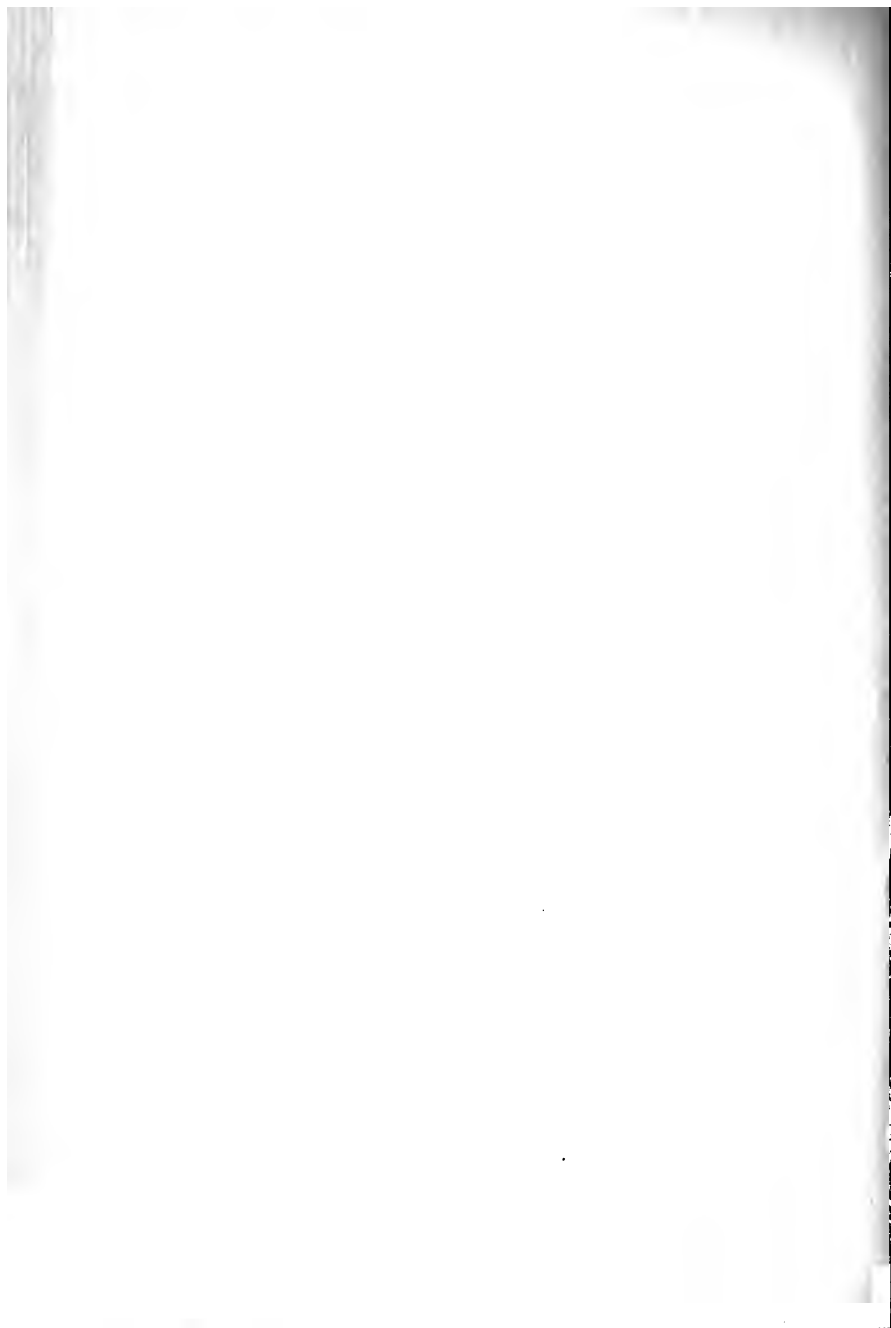
— Yo busco los deleites
del ocio y del amor.
— El pan de cada día
con ansia busco yo.
— Me abrasa inagotable

la sed de la ambición.
— A gritos paz y calma
pidiendo está mi voz.
—Yo corro tras los sueños
que el tiempo se llevó.
—Yo sueño con el oro,
tras él corriendo voy.
— Me fugo del hastío.
— Me alejo del dolor.
— Yo soy un alma entera.
— Toda una vida yo.—

. . . .

¡Vosotras sois el mundo,
vosotras sois el dios!

AL PASAR

Viejas ciudades que evocáis, dorado
por la mágica luz de la memoria,
todo nuestro romántico pasado
de fe y grandeza, de entusiasmo y gloria;
libros de hojas de piedra que han trazado
rica la tradición, grave la historia,
poemas sin igual que el arte ha escrito
con gigantes estrofas de granito;

las que en fecundo y generoso suelo
donde sus bienes el Señor derrama,
disteis santos y mártires al Cielo,
y poetas y sabios á la Fama;
sombras de ayer, entre el febril anhelo
de esta edad que á sus luchas le reclama,
¡con qué placer nostálgico un instante
surgir os ve á su paso el caminante!

EN LA MUERTE
DE DON MANUEL ORTIZ DE PINEDO

Cuando dulce y sosegada
posa la muerte su mano
en la frente del anciano,
ya hacia la tierra inclinada;
cuando en lámpara agotada
sopla con mansa tibieza,
dobla el hombre la cabeza
ante el misterio divino,
cumplimiento del destino,
ley de la Naturaleza.

Cuando viene á quebrantar
las cadenas del dolor,
al rendido gladiador
de la vida á libertar;
cuando brinda en el pesar
su bienhechora quietud,

ó á la oprimida virtud
cual redención se presenta,
es refugio en la tormenta
y en el naufragio salud.

Mas cuando aleve y traidora
del dichoso la mansión
asalta, como el ladrón,
de improviso y á deshora;
cuando implacable devora
la promesa, la esperanza,
y en la noche eterna lanza
juventud, genio, alegría...
¡es una horrible ironía
y una pérfida asechanza!

Sin medir valle y pradera
no da en el mar la corriente,
ni baja el astro á Occidente
sin trazar su órbita entera;
no se agosta en Primavera
la flor, ni se hiela el nido;
y el hombre, que al propio olvido
pretende imponer su nombre,
tan sólo ¡oh cielos! el hombre
muere sin haber vivido.

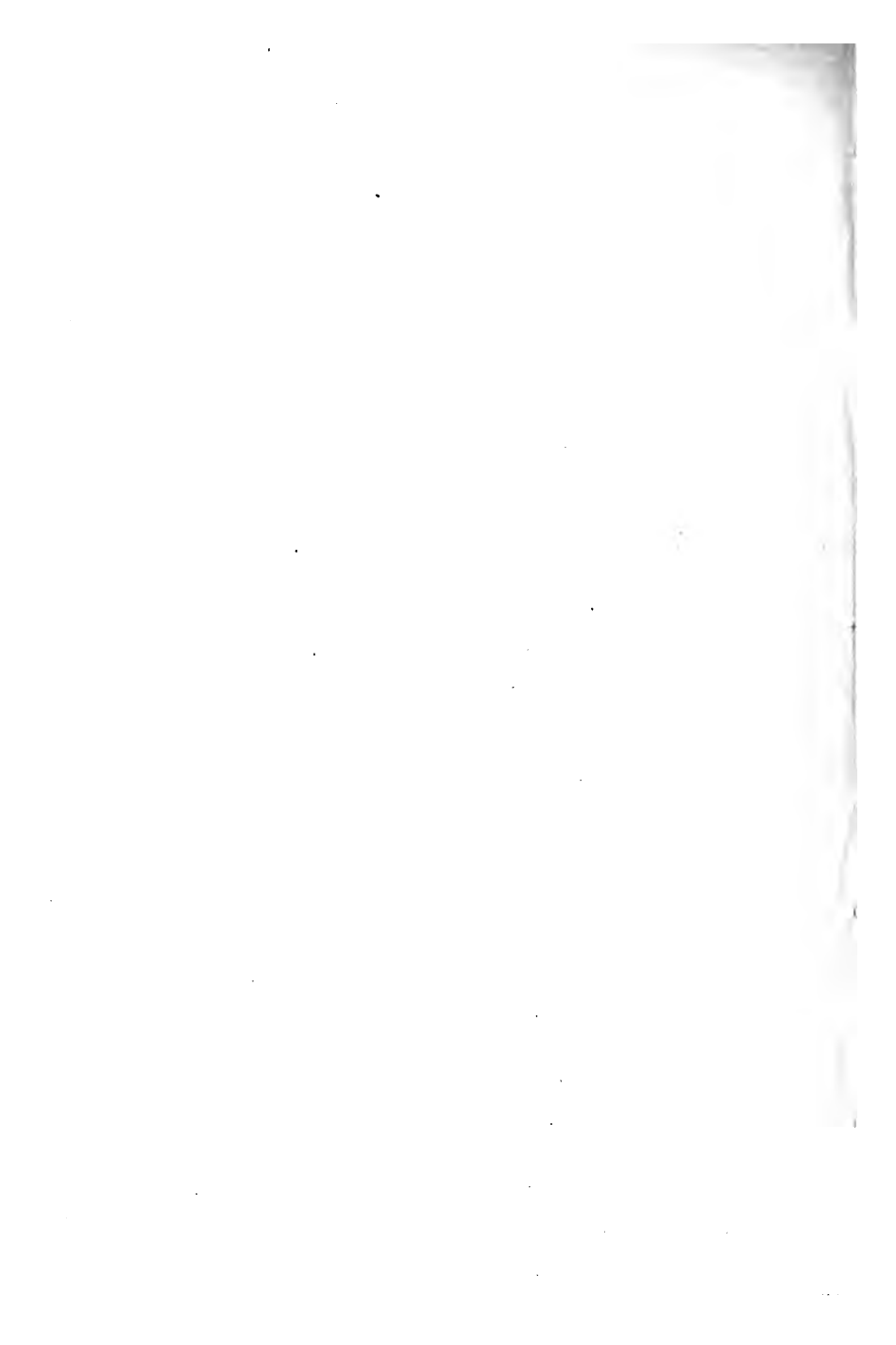
¿Versos pedirme en honor
de aquel á quien quise tanto?
Yo no sé rimar el llanto
ni acompasar el dolor.
¿Consuelos? no le hay mejor
que el del mismo sufrimiento;
mis lágrimas, no mi acento,
con expresión que yo no hallo,
digan por mí lo que callo,
si han de decir lo que siento.

A LA IGLESIA DE SANTA MARÍA
LA ANTIGUA DE VALLADOLID

Al calor de una fe viva y sincera,
y al impulso de un arte ingenuo y rudo
naciste ¡oh monumento! en quien saludo
la edad gloriosa que surgir te viera.

La mole de tu fábrica severa,
con la que el tiempo destructor no pudo,
de nueve siglos es testigo mudo,
de nueve siglos es reliquia austera.

Y esa torre, visión de lo pasado,
símbolo me parece del anhelo
que atormenta mi espíritu agitado,

cuando en la noche contemplarla suelo,
como índice de piedra levantado
que me señala sin cesar el cielo.

ESTA NOCHE

(24 DE DICIEMBRE)

Yo me acuerdo, con pena, esta noche,
del que está sin abrigo en las calles,
contemplando la ajena alegría,
sentado á una puerta, con frío y con hambre;

yo me acuerdo, con pena, esta noche,
del perdido, infeliz caminante,
que entre nieve que borra las sendas
escucha á los lobos ahullando acercarse.

Yo me acuerdo, con pena, esta noche,
del que solo atraviesa los mares,
viendo en sueños el sitio vacío
que habrá entre los suyos, allá en otra parte.

Esta noche á la mente se vienen,
más que nunca, esos hijos sin padres,
esas pobres mujeres sin alma
que aguantan caricias y no las comparten;

pero aún más el que, acaso, esta noche,
devorado por tedio implacable,
frío encuentra su hogar, y no tiene
ni amor ni recuerdos que en él le acompañen.

A TERESA DE JESÚS

Santa y Doctora, á través
de los mares de la vida,
con el alma dolorida
náufrago llego á tus pies.

Traigo nublados los ojos
por las sombras de la duda,
traigo la planta desnuda
desgarrada en los abrojos.

Vengo á pedirte salud
para el cuerpo, y para el alma
la confortadora calma
que hay en tu augusta virtud.

Así, como ellos las flores
de mi espíritu son hoy,
sólo en ofrenda te doy
mis recónditos dolores.

Santa y Doctora, que ves
del siglo la turbulencia,
ahí te dejo mi conciencia
depositada á tus pies.

Santa, infunde al corazón
la fe que conduce al Cielo,
y Doctora, aquí en el suelo
presta luz á mi razón.

EN UNA FIESTA DEL ÁRBOL

Niños: la madre universal herida
su seno os abre en que el amor se encierra;
vosotros, los retoños de la vida,
vais á plantar un árbol en la tierra.

Dios le prospere, y le miréis felices
crecer como á un hermano pequeñuelo,
extendiendo en la sombra sus raíces
y levantando su follaje al cielo.

Niños y tallos, porvenir que dora
juntos un mismo venturoso Oriente:
lo que en sus ramas claridad de aurora,
será luz de esperanza en vuestra frente.

Siempre en común fraternidad unidos,
idénticos en frutos y verdores,
al propio tiempo que en sus hojas nidos,
despertarán en vuestro pecho amores;

y andando el tiempo, en la musgosa alfombra
tal vez un día descanséis ancianos
al pie del tronco y á la misma sombra
del árbol que plantaron vuestras manos.

SALUTACIÓN

Á LOS TROVADORES Y FELIBRES ALEMANES

I

Hermanos: cuando, inerte,
la madre Patria llora
catástrofes inmensas
y desventuras hondas;
cuando este pueblo, Cristo
de la moderna Europa,
las más amargas pruebas
de su pasión soporta,
y sangra del costado
que irió mano alevosa,
y ve jirones hecha
su túnica de gloria,
¿qué mucho que mi lira,
desacordada y ronca,
tan sólo con sollozos
á vuestra voz responda?

II

Vosotros, moradores
felices de una tierra
por la que corre savia
de juventud eterna,
orilla de los ríos
poblados de leyendas,
al son de los rumores
de las sagradas salvas,
al pie de las dos torres
que por Colonia velan,
mientras la arrulla el sueño
del Rhin la onda serena,
podéis ceñir al arpa
las rosas de la fiesta,
y celebrar el culto
del arte y la belleza.

III

¿Cómo encontrar acentos
de vuestra empresa dignos,
nosotros, que, á las pruebas
más rudas sometidos,
en medio de recientes,

profundos cataclismos,
reedificar debemos
nuestro solar antiguo,
y, obreros afanados,
entre ansias y peligros,
por elevar un techo
que albergue á nuestros hijos,
si acude á nuestros labios
un canto, será el himno
que ayude á la faena
con su severo ritmo?

IV

Mas, aunque ruda y triste,
mi voz vaya á lo menos
cordial á saludaros
desde lejano suelo.
Si en las presentes horas
de turbación, en medio
de las voraces luchas
del egoísmo ciego,
aún hay un sol del alma
que alumbre al universo,
aún queda algo en que todos
felices comulguemos,

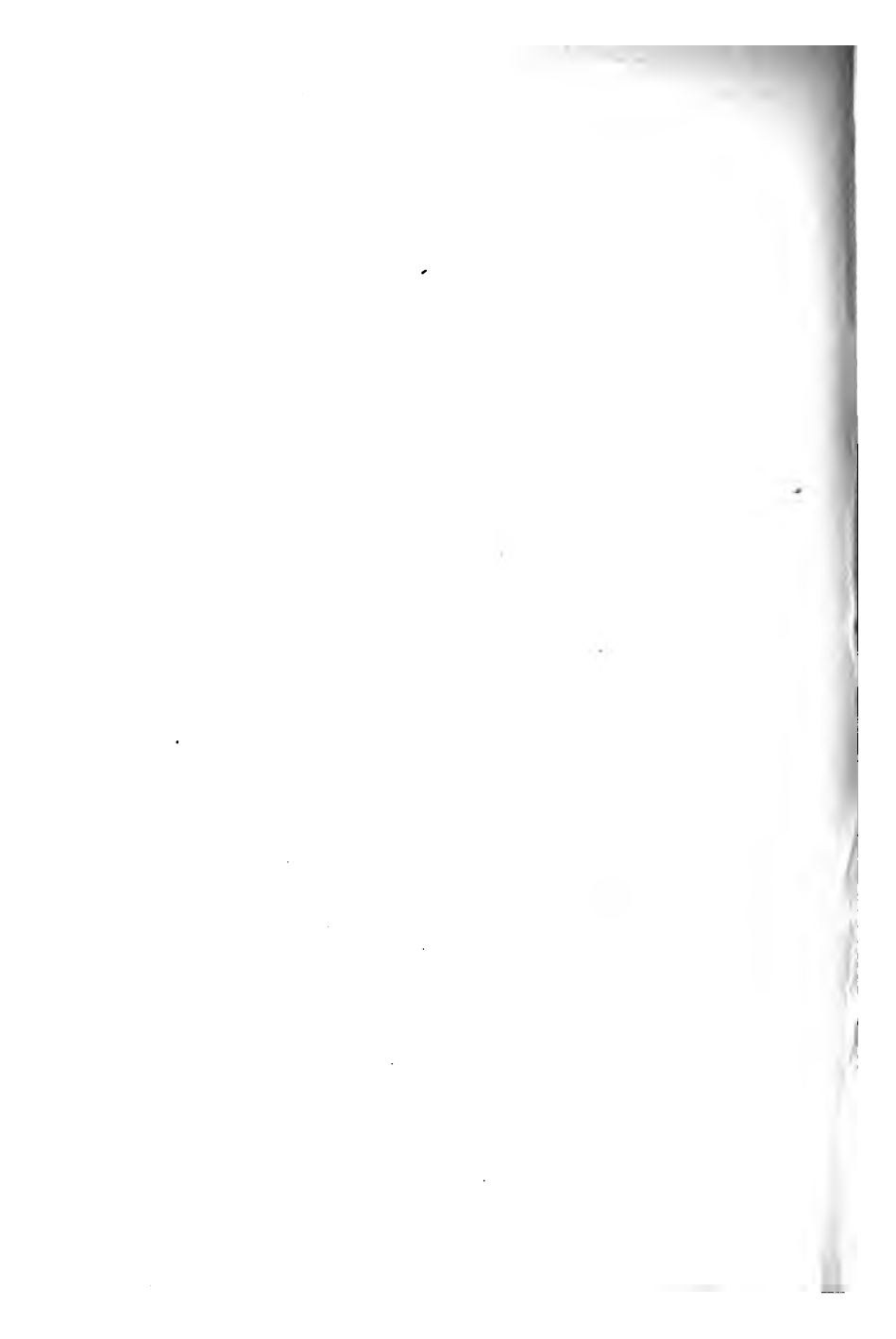
es la inmortal poesía
que junta en lazo estrecho,
en paz y amor unidos,
las razas y los pueblos.

SONETO

Es la Poesía, que la frente sella
de un elegido, la deidad proscrita
que una vez más preséntase á la cita,
eternamente enamorada y bella.

Todo, desde el gusano hasta la estrella,
hacia ese centro de atracción gravita,
todo sube hacia Dios, en la infinita
evolución universal, por ella.

Saludadla en cada astro que aparece,
en cada esfuerzo juvenil, aurora
de un porvenir que tímido amanece.

Es la generación que, triunfadora
del mar del arte en que la sombra crece,
las soledades vírgenes explora.

POR EL DEBIL

¡Oh, la muse se doit aux peuples sans défense!
V. Hugo.

Hablad, hablad, poetas,
vibre al clamor de la protesta el labio;
otra vez la justicia
reclama atropellada vuestro amparo.

Sea el que quiera el pueblo
que suba como Cristo hacia un Calvario,
y cuyas vestiduras
repártanse logreros ó soldados;

cada vez que en el mundo
se esgrima el arma de Caín, ó aciago
suene el beso de Judas
que el odio compra con el vil denario;

siempre que la codicia
rasgue un jirón del territorio extraño
con la ley del bandido
que asalta al caminante en un atajo;

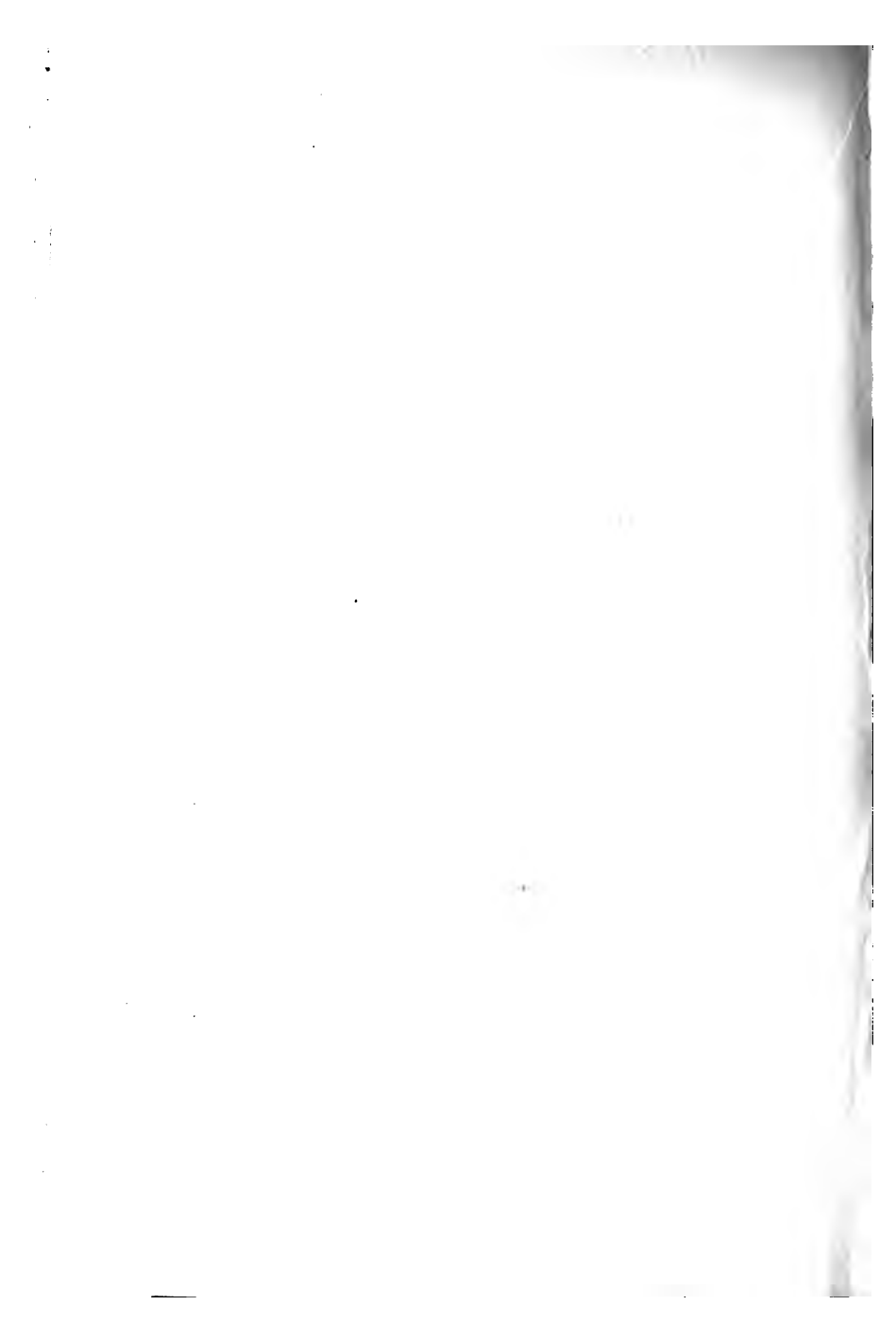
al ver cómo la audacia
de un insolente usurpador los pactos
desgarra con su espuela,
ó agujerea el mapa á cañonazos,

poetas, vengadores
de la conciencia universal, ¿acaso
podréis guardar silencio,
la honrada voz de la protesta ahogando?

La musa es en momentos
Némesis implacable, y con la mano
con que alza el mirto de oro
blande también el látigo de rayos.

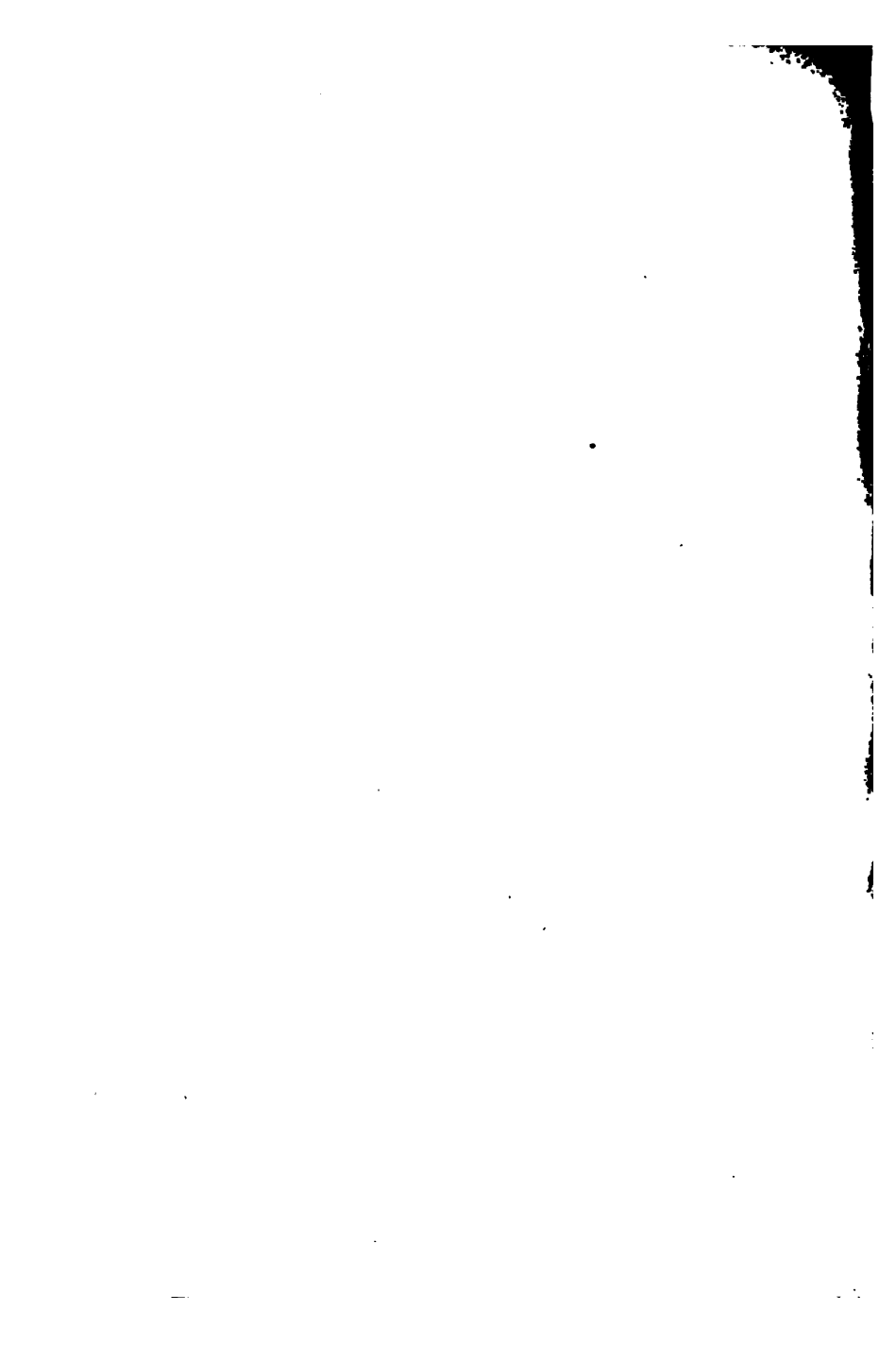
Ella, severo numen
inspirador de irrevocables fallos,
contra el crimen pidiendo
su furia á Dante, á Juvenal sus raptos,

con cuerdas de la lira
puede á una argolla de ignominia atarlo,
marcarle para siempre
con el tizón del iracundo yambo,

y en la espalda desnuda
los negros verdugones del sarcasmo,
de un verso en la picota
exponerle á los siglos indignados.

ESTACIONES

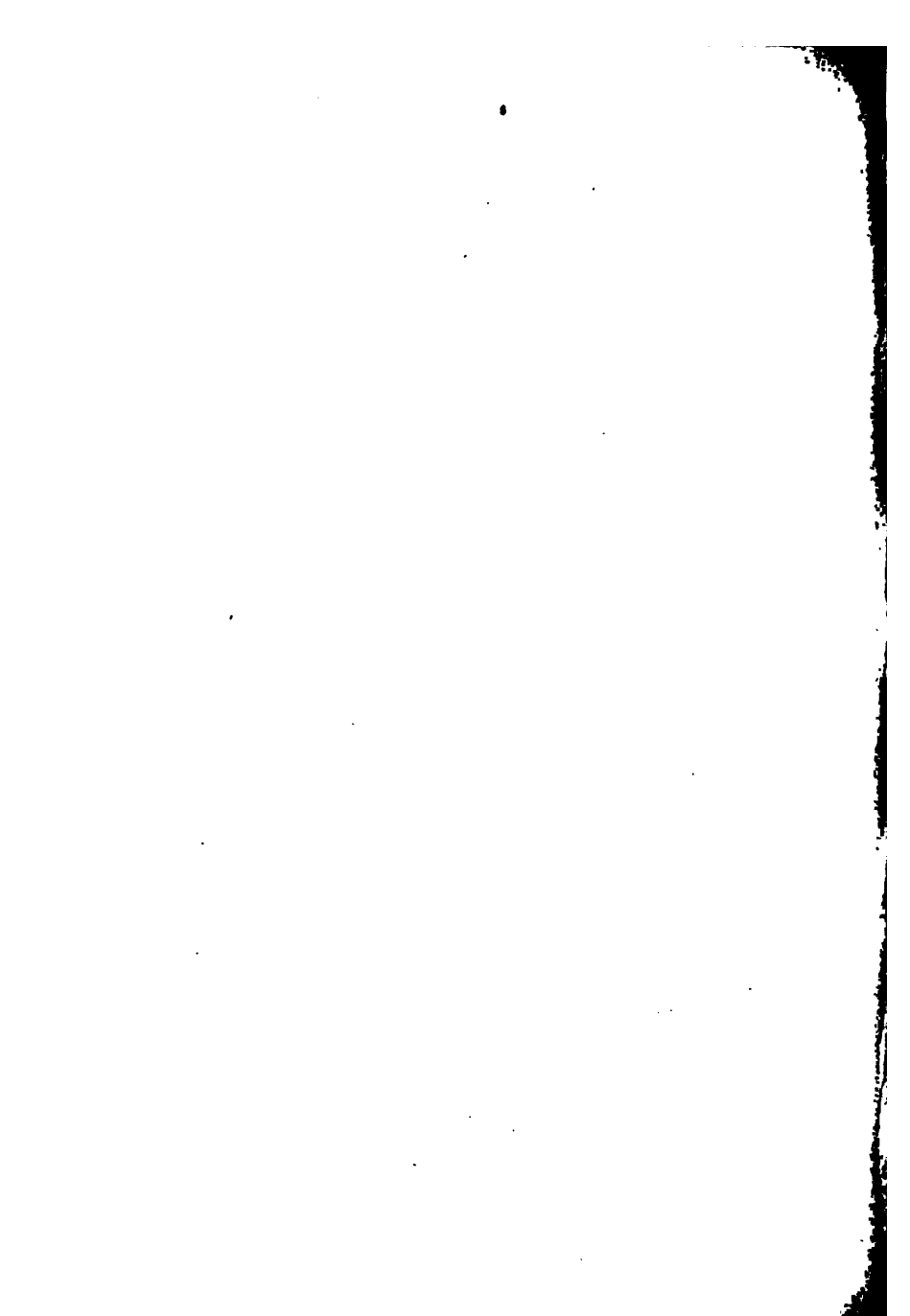
El invierno su trono tiene en la sierra
coronada de nieves septentrionales,
desde la cual sacude sobre la tierra
su indócil cabellera de vendavales.

Hija la primavera del valle ameno,
canastillo que ciñen húmedas lomas,
como en ninguna parte brinda en su seno
con música de nidos y aura de aromas.

Pero el otoño reina con la hermosura
patética y solemne de una agonía
en la extensión abierta de la llanura
sublime en su implacable monotonía.

MUERTO

Era de aquella raza de gigantes
que trajo el siglo en su feliz comienzo,
genios sublimes y ánimos constantes
que dejaron sus huellas palpitantes
en el libro, en el mármol y en el lienzo.

Fundidos fueron del metal bullente
que de la patria recubrió la tierra
desde el volcán abierto de repente;
la fortaleza les selló la frente,
los trajo el rayo y los templó la guerra.

¿Qué fué Zorrilla? Nuestro genio entero,
que en él se hizo hombre y muerto le acompaña;
por eso á impulso de dolor sincero,
llora á su trovador un pueblo entero
y es nuestro luto la viudez de España.

AL PUEBLO BOER

I

Ejemplo insigne de viril constancia
la magnitud homérica revistes,
y en esta vieja sociedad subsistes
cual resto vivo de su heroica infancia.

Resistir sin desmayo ni arrogancia
por su derecho, como tú resistes,
es renovar en nuestros días tristes
los días de Sagunto y de Numancia.

Si en nuestro tiempo miserable hubiera
un hombre como Byron todavía
de alma, en su tedio, generosa y fiera,

él, uniendo á la acción la poesía,
por ti en tus campos á morir corriera
y tu causa muriendo cantaría (1).

II

Reciente la catástrofe en que España
cayó sin lucha, y se rindió sin gloria,
pesando todavía en la memoria
de aquella funestísima campaña.

Al consumarse iniquidad tamaña
que deshizo de un golpe nuestra historia,
vimos nuestra fallida vanagloria
hecha carne y acción en tierra extraña.

Un pueblo humilde que á la ley del fuerte
contestó rechazando la cadena
y prefiriendo al deshonor la muerte

nos dió el ejemplo en su actitud serena,
y España volvió en sí: mísera suerte
¡sentir el patriotismo en patria ajena!

(1) Advierto á los *modernistas* é *intelectuales*, que la cita de Numancia y Sagunto, que tacharán de trasnochada, no sólo está hecha á conciencia de su actual desuso, sino precisamente por él. Hay un momento en que es necesario recordar las cosas que todo el mundo sabe, y es el momento en que todo el mundo las olvida.

LLANTO DE MADRE

Madre que lloras á un hijo,
tú sabes lo que es llorar:
que la mitad de ti misma
llora por la otra mitad.

¿De qué substancia es el llan
que escalda tu lagrimal?
¿En el fondo de qué entraña
se elabora tu pesar?

¿Qué sedimentos profundos
su amargo sabor le dan?
¿Qué alquitara lo destila?
¿En qué lumbre hervido está?

Yo no sé; pero ese llanto
á ningún otro es igual.
Madre que lloras á un hijo:
¡tú sabes lo que es llorar!

MI HOMENAJE

A S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA EUGENIA

Perdonad, Señora, si antes que á la cuna y la realeza
y á los ínclitos destinos que á cifrarse van en vos,
rindo parias á la augusta Majestad de la Belleza,
con la cual por fuero propio Reina quiso haceros Dios.

Cuando, pura como un ángel cuyos ojos aún no empaña
ni la sombra más ligera de un cuidado terrenal,
llegáis hoy á nuestra amante pero triste y pobre España,
de la insania y la desdicha combatida por igual,

duda el alma, ensombrecida por recientes pesadumbres
meditando en los problemas que traerá lo porvenir,
si avisaros las tormentas que se ciernen en las cumbres
y las hondas convulsiones que la tierra hacen latir.

Soy poeta y no conozco las discordias de la vida;
soy humilde y no osé nunca de mi lira alzar el son,
no extrañéis que al saludaros con sincera bienvenida,
canción de ave de las selvas os parezca mi canción.

Ya vendrán después los días del consejo y la advertencia
en que juntamente os hablen el saber y la virtud;
ya vendrán después los días en que, grave, la experiencia,
os señale los anhelos de la obscura multitud.

Hoy es hora de alfombraros el camino de azahares,
de elevar á vuestro paso graderías de marfil,
de miraros cual la Esposa del «Cantar de los cantares»,
que á los brazos del esposo llega cándida y gentil.

Permitidme, pues, Señora, que, al nacer vuestro reinado,
en él lo íntimo, lo eterno me detenga á contemplar:
el idilio que se alberga bajo el regio artesonado,
el amor que hace su nido sobre el trono secular.

CONSAGRACION

(MOMENTOS DESPUÉS)

Teníais en la núbil, gentil cabeza,
la corona sagrada de la Belleza
y en las manos el cetro que os dió el amor:
hoy ostenta otra joya vuestro semblante,
la lágrima que esplende más que el brillante,
primer choque del alma con el dolor.

LA SENDA

Cuánto misterio ensoñador y vago
para esta celestial aventurera
que en el alma reside, hay en las curvas
de una tortuosa y arriscada senda,

que á nuestra vista, en la planicie ondula,
por los escarpes de la roca trepa,
á los recuestos del peñón se enrosca,
bajo el chaparro del pinar se quiebra;

y á sí atrayendo el distraído paso
del caminante, sin cesar se aleja,
con el zig-zag del desvarío á hundirse
tras lo ignorado, entre distancia y niebla

Aquella faja desigual de polvo
que, al dilatarse en la llanura extensa,
ya se disloca en rápidos esguinces,
ó ya se tiende en inflexible recta,

tiene la vaguedad de la esperanza,
tiene la tentación de la promesa:
es el azar, que á nuestro encuentro sale,
es una entrada en lo imprevisto abierta;

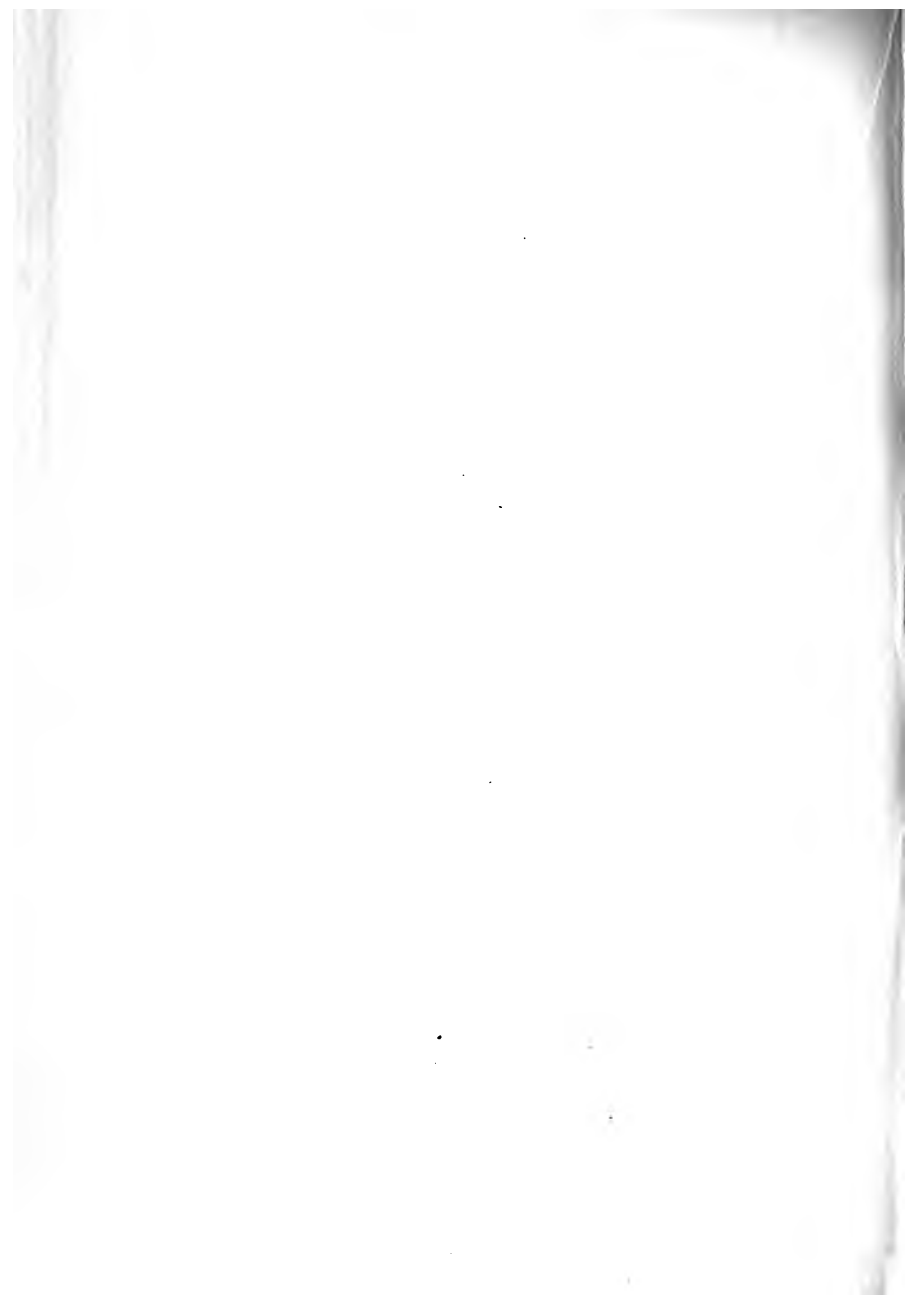
y nadie puede trasponer su linde
sin volver tristemente la cabeza,
soñando en el lugar desconocido
que se hallará al final de la vereda.

¡CARIDAD!

Esposa fiel del pérfido Segura,
Murcia en sus brazos sin temor dormía
cuando trocados en dogal, un día
vino á encontrar en ellos sepultura.

Gomorra sin maldad, Sodoma pura,
cadáver yace en la extensión baldía;
¡y á Dios en ello ven! ¡Blasfemia impía!
Ni tal consiente Dios ni eso es su hechura.

En el sublime llanto que piadoso
á su tremenda pena ha respondido;
en el inmenso grito generoso

que de todas las almas ha partido;
en la bendita caridad ardiente,
ahí es donde está Dios. ¿Quién no lo siente?

LO INMUTABLE

Aunque la causa á que obedece, obscura,
cálculo incierto ó vaga conjetura,
aún á la humana comprensión resista,
de la ignorada ley bajo el imperio
un día y otro el natural misterio
se cumple á nuestra vista.

Es un drama sin fin ni desenlace
que de los siglos á través renace
del universo en la grandiosa escena,
del que son cielo y tierra espectadores,
y que con dos actores
la inmensidad de los espacios llena.

¡Oh amor, en torno á cuyo cetro de oro
giran al ritmo del excelso coro
partículas de polvo y nebulosas;
que en todo reinas por igual, y que eres
afinidad en los humanos seres,
y atracción en las cosas!

Todo en el tiempo movedizo y vario
cambia con cada vuelta del horario
revuelto por los sordos cataclismos:
sólo en esta vorágine sin calma,
Dios en la eternidad y tú en el alma
permanecéis los mismos.

RECETA PARA UN NUEVO ARTE

Mézclense sin concierto, á la ventura,
el *lago,* la *neurosis,* el *delirio,*
Titania, el *sueño, Satanás,* el *lirio,*
la *libélula,* el *ponche* y la *escultura;*

disuélvanse en helénica tintura
palidez auroral y *luz de cirio,*
dese á *Musset* y á *Baudelaire* martirio,
y lengua y rima póngase en tortura.

Pasad después la mezcolanza espesa
por alambique á la sesera vana
de un bardo *azul* de la última remesa,

y tendréis esa jerga soberana
que es góngora vestido á la francesa
y pringado en compota americana.

CONSEJO

¡Oh Póstumo animoso, que valiente
sueñas grandezas épicas y nobles,
luchando sin cesar en campo abierto
contra la actual concupiscencia torpe!

No es esta Edad de puros ideales
cual los que abrigas en el alma, joven,
de sublimes combates en que suenen
de los clarines los agudos toques.

Este es un tiempo de miseria chica;
más han de alzarte cuanto más te dobles,
y si quieres ser célebre, procura
ser rastrero, ridículo y mediocre.

En este tiempo no hay sino tristezas,
satanismos más bien de *superhombre*
entreverados con la burla infame
que todo lo disuelve y lo corrompe.

Déjate, pues, de levantadas miras,
y si alcanzar la fama te propones,
sé el muchacho arreglado con quien sueñan
para marido las ideas pobres.

EN CARNAVAL

A reir: el Carnaval
reina en el mundo: á reir.
La alegría de vivir
venza al duelo universal;

la noble y franca alegría
que brota de un alma pura
sin fermento de amargura
ni ponzoña de ironía;

la alegría que provoca,
toda luz, toda inocencia;
la explosión en la conciencia,
la carcajada en la boca.

No esa histérica y malsana,
forma quizá la más triste
que hoy en el mundo reviste
la desolación humana;

no esa risa convulsiva
de la sociedad moderna
que en vez de alegrar consterna
disolvente y corrosiva;

sino aquella honrada y buena
que, embriaguez de almas gigantes,
con Quevedo y con Cervantes
corrió en generosa vena;

la que arrostrando mil muertes
triunfó en luchas y dolores,
la que hizo á nuestros mayores
tan animosos y fuertes.

Esa sí; gracia y salud
derramadas por doquiera,
que en el campo es Primavera
y en el alma juventud.

LA EPOPEYA DE LA ARCILLA

(RECUERDO Á BERNARDO PALISSY)

El imperioso amor, la fe constante
de algo sublime que se ve con pena,
cuanto más perseguido, más distante;

noble pasión, al interés ajena,
que, con perenne actividad, la vida
transforma, impulsa, dignifica y llena;

el heroísmo que la gloria olvida,
el obscuro egoísmo del trabajo,
águila excelsa que en el surco anida,

y á quien la ley de Jesucristo trajo
como misión fecunda y bienhechora,
honrar lo humilde, ennoblecer lo bajo;

el ansia de la luz, la redentora
lucha que el genio, de verdad sediento,
con lo ignorado riñe, hora tras hora,

cada día arrancándole un portento
que brota con dolor, con el agudo
dolor del laborioso alumbramiento,

eso fué el hombre, que del polvo mudo
mi canto evoca; y, en desgracia, hermanos,
de cuatro siglos al través saludo.

Sintiendo en el extremo de sus manos
el genio palpitar, en su mejilla
crujir el bofetón de los tiranos,

mientras eleva á Dios su alma sencilla,
como holocausto en el altar del pecho,
con llanto amasa y con sudor la arcilla,

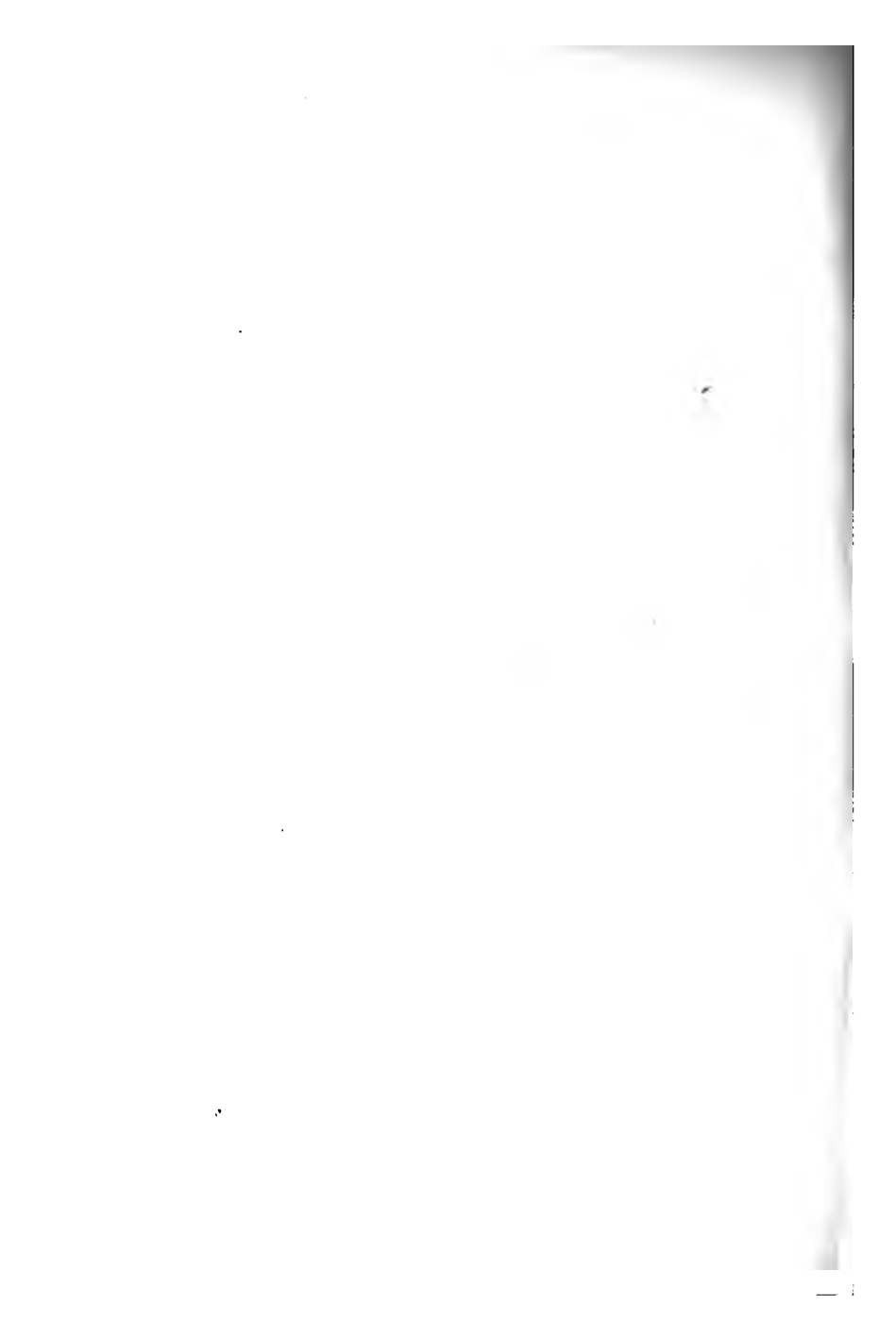
y, escarnecido, sin hogar, sin lecho,
lega á los hombres inmortal poema
de tosco barro con estrofas hecho.

Hijos del canto, cuyos labios quema
como el carbón ardiente de Isaías,
del verbo alado la efusión suprema,

y en cuyas arpas, nidos de armonías,
toda augusta verdad tiene alabanzas
y todo gran dolor tiene elegías;

pléyade ilustre, que á la tierra avanzas
del Porvenir, el áspero camino,
sembrando de promesas y esperanzas,

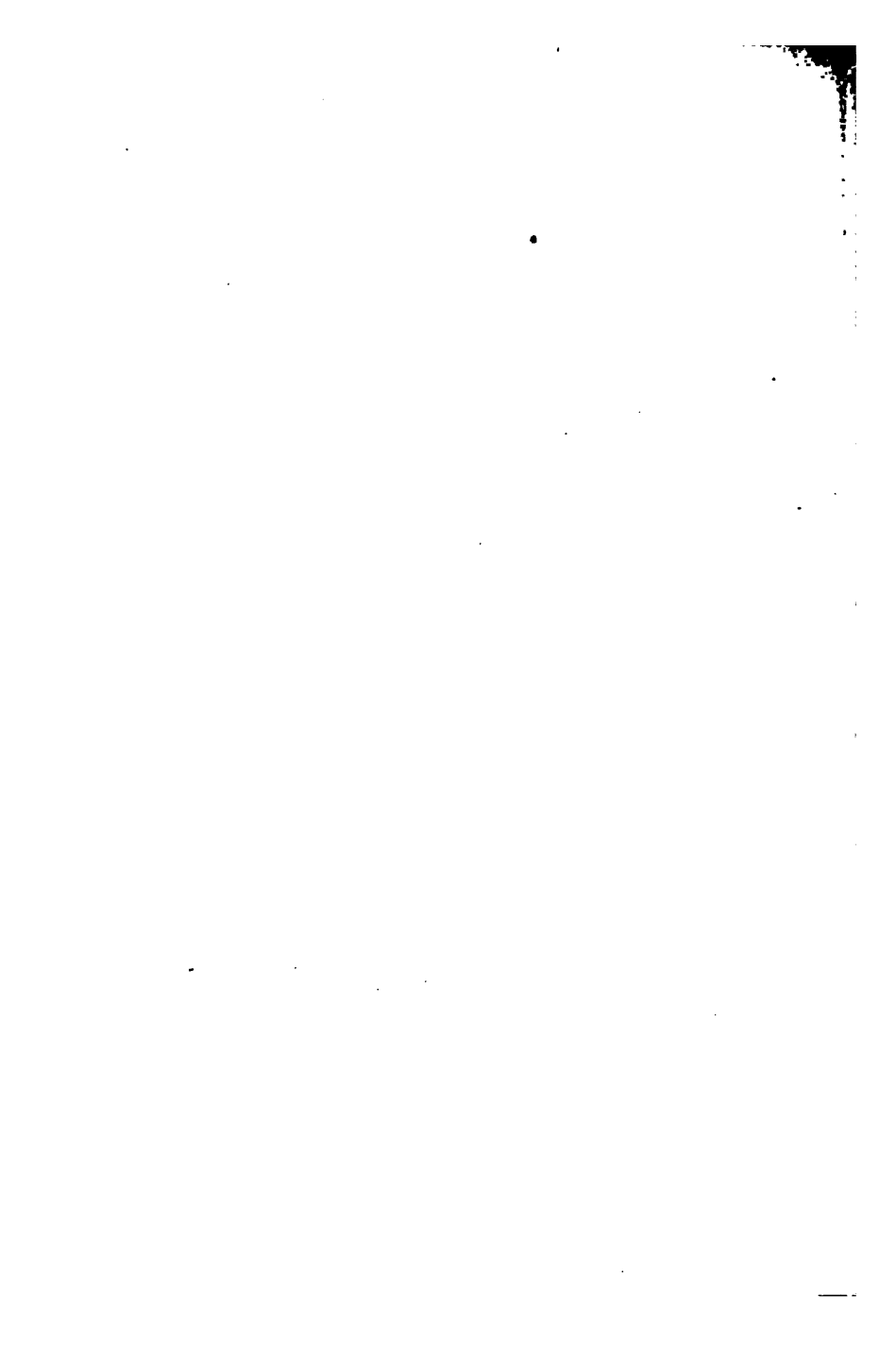
de sobra palmas y laurel divino,
concede en homenaje á la memoria
de los ruidosos triunfos el destino:

volved la vista hacia la obscura gloria,
y consagradla en la virtud de un hombre:
grandeza en la humildad: tal es su historia;
Bernardo Palissy: tal fué su nombre.

ANIVERSARIO

Recordar sin flaqueza ni amargura
la atroz desgracia que sufriste un día,
es piadoso deber que hoy, patria mía,
todo buen español cumplir procura.

Ella, entre tanta y tanta desventura
como, implacable, el Cielo nos envía,
por singular é inmensa, todavía
en la memoria nacional perdura.

Vistamos, pues, el luto de esa idea,
llanto, en buen hora, derramando acedo
sobre el montón de escombros que aún humea,

más no rindamos la esperanza al miedo,
y al evocar nuestras desdichas, sea
para afrontarlas con viril denuedo.

OBSESIÓN

¿Sabéis lo que es, en medio de la noche,
cuando descansa la ciudad, y en ella,
rendido todo á la quietud, parece
que duerme el aire y el silencio pesa;

cuando no se oye, sino allá á lo lejos,
la persistente voz del centinela,
ó el reló que, monótono, en la torre
pausado, el curso de las horas cuenta;

cuando, rompiendo su prisión, del sueño
por la espiral en lo ignorado abierta,
cada alma emprende misterioso viaje
al país idëal de su quimera;

cuando en la vasta obscuridad nocturna
no hay una luz; cuando tan sólo velan
en las calles el vicio vagabundo
y el recuerdo tenaz en la conciencia;

sabéis lo que es sentiros en el hombro
tocar por alguien que en la sombra acecha,
y que os dice: «Heme aquí, ven á la cita,
soy yo: la insomne, la implacable idea.»?

Entonces ¡ay! aunque en las tibias ropas
el cuerpo revolviéndose protesta,
pronto la lucha entre Jacob y el Angel
se traba una vez más en las tinieblas.

Aquella imagen de espectral contorno,
sombra que el alma á lo exterior proyecta,
germen de un ser que á reclamar la vida
desde los limbos de la mente llega,

quiere dejar de la abstracción las cumbres,
cual las del Globo estériles y yertas,
hacerse carne, revestirse forma,
ser realidad, y vibración y fuerza.

La veis al lado, aunque cerréis los ojos,
á un tiempo amante y desdeñosa, mezcla
de tentadora seducción que atrae,
é inasequible excelsitud que arredra.

Sus pupilas alumbran el espacio
con una extraña claridad sidérea;
su cuerpo es un vapor hecho escultura,
clásica estatua modelada en niebla.

Mas en vano su espíritu impalpable
queréis aprisionar en la materia:
la aparición, aunque os incita, os huye,
os rechaza cruel, aunque os asedia.

Sois como el caballero que en los cuentos
halla encantada á la gentil princesa,
ignorando la mágica palabra
con que romper el sortilegio pueda;

y ante el fantasma os retorcéis, sintiendo
la ofuscación de la ideal belleza,
hasta que, asiéndoos del cabello, os postra
deslumbrados y trémulos en tierra.

¿En dónde el nexo misterioso se halla,
en dónde está la conjunción suprema
del pensamiento y la palabra, verbo
donde se encarne la hermosura eterna?

¿Cómo lograr que la divina Psiquis,
sin apagar su lámpara de estrellas,
por una escala mística de estrofas
hasta los brazos del amor descienda?

¿Quién con las cintas de los áureos versos
atará al carro que á la diosa lleva,
de dos en dos las palpitantes rimas,
como apareadas tórtolas gemelas?

Así ambas alas desplegando á un tiempo,
la inspiración hasta los cielos llega,
la palabra halla así de que en el mundo
son los objetos esparcidas letras;

el plan divino al descubrir, precede
siempre á la vida en su ascensión perpetua,
y en todo el lujo de esplendor produce
lo que aun informe la creación bosqueja.

¡Oh poema imposible, cuya forma
siento en el alma dibujarse incierta,
cuyas estancias de flotante ritmo
continuamente en mi interior resuenan;

sueño, ideal, aspiración, que llevo
dentro de mí desde la edad primera,
esquivo siempre á la inflexible frase,
indócil á la rígida cadencia;

si no me es dado transcribirte nunca
vivo en los signos de la humana lengua,
renace, al menos, en futuros días
dentro del corazón de otro poeta!

A UN OBRERO ASESINADO POR OTRO EN UNA HUELGA

«En la calle de... un obrero huelguista se encontró con su compañero P. R. que se dirigía al trabajo. Sin más, preguntó á éste: ¿Por qué vas á trabajar? Y sin esperar la respuesta, le hizo un disparo de arma de fuego, hiriéndole gravemente.»—*Telegrama de un diario.*

¿Acaso tú también no eras obrero?
¿no eras desheredado y oprimido,
igual que el que, alevoso y altanero,
erigiéndose en déspota, te ha herido?

¿No eras de los humildes que allá abajo,
en la social ergástula confusa,
ganan el duro pan con el trabajo
y van vestidos con la honrada blusa?

Pues ¿por qué tu desdicha no levanta
una voz de dolor ni de protesta?
¿No es para ti la redención que canta
declamadora musa descompuesta?

No, no esperes que vaya, si en mal hora
has sucumbido á la agresión infame,
detrás de ti una turba aduladora
que en tu sepulcro, gárrula, declame.

No, tú no eres el pueblo; ya sin duda
no sois el pueblo aquellos que, pacientes,
el ancho surco ó la palanca ruda
mojáis con el sudor de vuestras frentes.

No inspira indignación tu hogar deshecho,
el desamparo de tus hijos, nada;
ni el hambre, con tu ausencia, bajo el techo
de que fuiste sostén, entronizada.

Así está planteado el gran problema,
el ideal de tu futura suerte.
No es el derecho, la equidad suprema;
es la brutal imposición del fuerte.

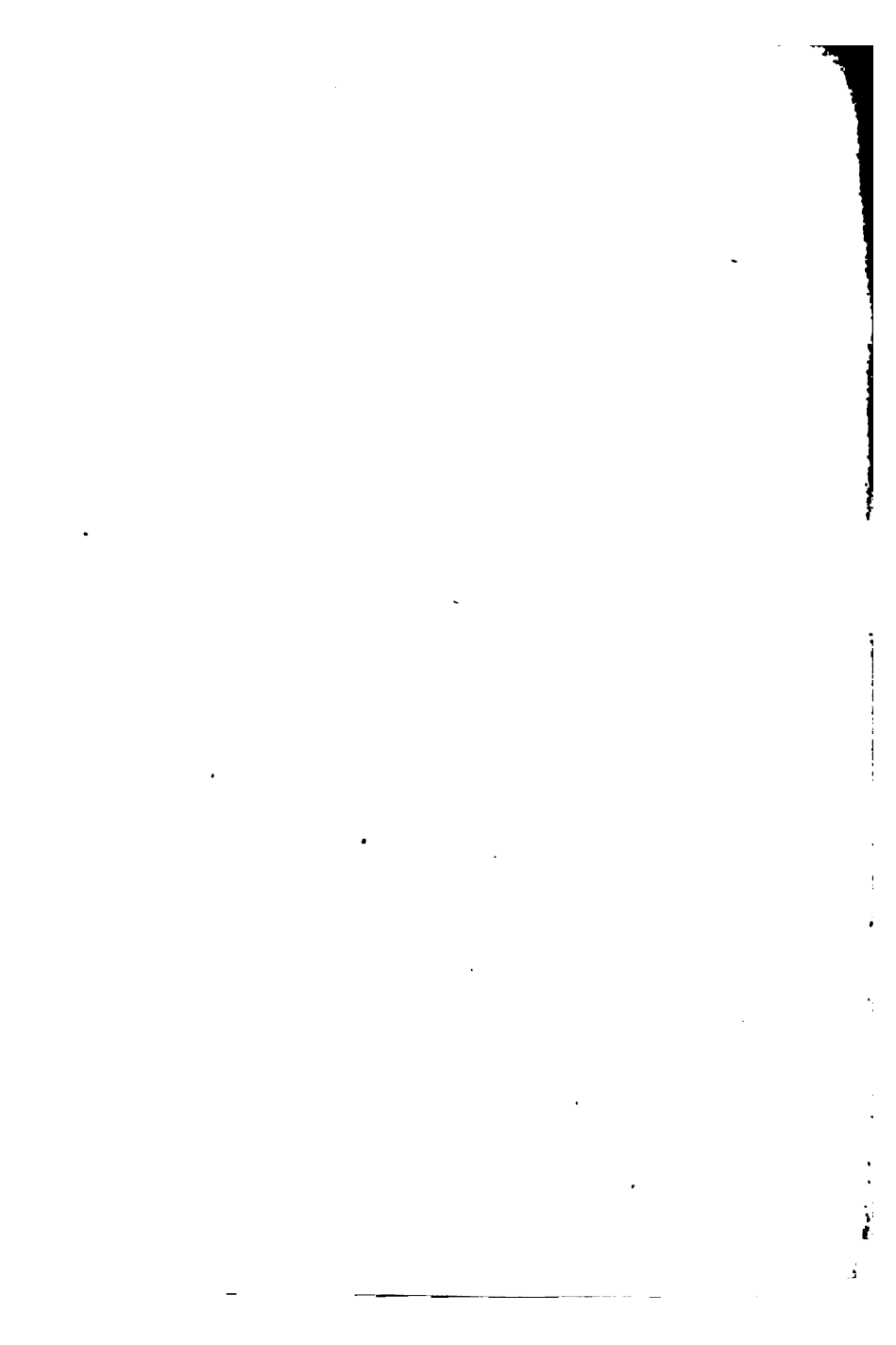
Y tú, tú, el mártir verdadero, el bravo
luchador incansable y sin encono;
con una doble esclavitud esclavo,
pues lo eres del hermano y del patrono.

COLÓN

Lo que hizo y lo que fué... todos lo saben.
La gloria que alcanzó... ¿quién la dijera?
Su genio excelso, su constancia entera
no son de aquellos que en palabras caben.

Dejad, pues, que los vientos los alaben
saludando al pasar nuestra bandera,
y en la región donde por él impera,
las recias olas de la mar los graben.

El hombre no. Mientras que mar y viento
rindiéronse á su audacia soberana
dóciles al poder del pensamiento,

él ayer le negó y hoy le profana;
y quien triunfó de obstáculos sin cuento
aún no triunfó de la injusticia humana.

SUPREMACÍA

SATANÁS.—MEFISTÓFELES

SATANÁS

¿Quién eres tú que arrebatarme intentas
el imperio del mal? ¿Tú, que engendrado
por la actual corrupción que representas,
hoy en mi trono secular te sientas
y me arrancas el cetro del pecado?
¿Quién eres tú, de iniquidad dechado,
hibridación de sátiro y harpía,
que tu procaz desenvoltura opones
á mi grandeza trágica y sombría,
y al rugiente volcán de mis pasiones
la ponzoña sutil de tu ironía?
¿Tú, por quien todo en rededor se siente
descomponerse y perecer; que posas
de esta generación sobre la frente
tus alas de murciélago asquerosas,
y que vas impasible el exterminio
doquier sembrando sin piedad ni enojo?

MEFISTÓFELES

Soy tu heredero; el infernal dominio
de tus manos decrépitas recojo.

SATANÁS

¡Ridícula soberbia! ¿Desconoces
ú olvidas mi poder? Nada se exime
de él en la vasta creación; las voces
de cuanto lucha, desespera ó gime
sobre el haz de la tierra le pregonan,
acompañadas por los roncos gritos
de todos los bestiales apetitos
que el himno inmenso de mi triunfo entonan.
Soy el arcángel que de Dios hechura
contra su Dios se revolvió orgulloso,
y encendiendo en el sol la tea impura
de la primer discordia, con su nombre
turbó el augusto primordial reposo
en los mundos aún vírgenes del hombre.
Soy la ambición, que en el desastre mismo
no cayó despeñada de la altura
sino para reinar en el abismo,
y que la fuerza y el poder comparte
con la Divinidad desde aquel día
en que, alzando rebelde su estandarte,

el *non serviam* lanzó, grito de guerra
que á través de los siglos todavía
estremece los cielos y la tierra.
Al eco de mi apóstrofe iracundo,
el germen de odio universal que hervía
dentro de todo, respondió en el mundo.
En las montañas las sulfúreas bocas
se abrieron de los cráteres ardientes;
rugir se oyó á las fieras en las rocas;
volcáronse en las simas los torrentes;
el mar, con turbulenta sacudida,
se encabritó del viento al acicate;
nublóse el sol, y atravesó la vida
un vértigo de furia y de combate.
Último y formidable cataclismo
que desgarró la creación entera,
para que el mal, del seno del abismo,
á mi imperiosa evocación surgiera;
hora de sobresalto, en que, espantada,
tembló la obra de Dios, cual si quisiera
retroceder de nuevo hacia la nada.
De aquellas gigantescas convulsiones,
la cordillera en sus abruptos flancos
guarda las epilépticas torsiones;
aún encanecen al terror los blancos
picos del monte, y en las aguas vivas
aún de aquellas congojas primitivas,

corre el frío sudor por los barrancos.
Y entonces fué cuando se alzó en el seno
del hondo mar el pérfido bajío,
cuando en el lago azul se formó el cieno,
cuando erizóse el matorral bravío
y en el perfume se exhaló el veneno.
Y entonces fué cuando la sombra helada,
amenazando la extensión celeste,
brotó de mi fatídica mirada;
cuando las rocas calcinó mi mano,
cuando mi aliento difundió la peste
y amargó mi saliva el Oceano.
Y entonces fué cuando, al perderlo todo,
vertí mi única lágrima de fuego,
lágrima inmensa que cayó en el lodo,
con el que al hombre se amasara luego.
Cállate y póstrate ante mí sumiso:
así el que fuera mi Señor lo quiso.
La nube es mi bandera desplegada,
los vientos mis corceles de pelea,
y el zig-zag del relámpago mi espada,
que desnuda en los aires centellea.

MEFISTÓFELES

¡Ja, ja, ja! ¡Voto á ti! ¿Por eso crees
mayor que el mío tu poder? Mal año
para ti, viejo abuelo. No es extraño

que en tu vejez, ridículo, chochees.
Tú conturbaste el mundo con el daño
de luchas y catástrofes ruidosas,
encaramado sobre la alta cima;
yo sordamente las humanas cosas
desmigajé burlón, las más hermosas
mordiendo con el ácido ó la lima.
Tú revolviste el mar con la tormenta,
yo estanqué el manantial. ¿Tú eres la furia?
yo soy la maquiavélica perfidia
que se enrosca en el alma soñolienta.
¿Tú tienes el dolor? Pues yo la injuria.
Yo soy el diablo de hoy. Yo soy la envidia
cuando escupo mi hiel sobre la gloria;
soy el escepticismo cuando niego
la preclara virtud; soy el sarcasmo
si tiznando de negro la victoria
hielo en el corazón el entusiasmo;
profanando el amor, libertinaje,
pues por mí es ora bizco el niño ciego,
sus flechas alfileres, y su traje
sayo de mico, y su delirio un juego.
Tus blasfemias, ¿qué son sino plegarias,
plegarias al revés? ¿Pero mi risa?..
Nada á su mueca cínica resiste:
ella envenena el aire como brisa
que lleva en sí mortíferas y varias

las ponzoñas de todo cuanto existe.
Hay una risa generosa, humana,
que es fuerza y es salud: la que las flores
como labios despliega en la mañana;
la que vibra del sol en los fulgores
y mueve de los pájaros cantores
la lengua en melodía soberana;
la que irisa magnífica la bruma;
la que el follaje de las selvas dora
cuando el rocío en perlas se desgrana
que á fuerza de reir el alba llora;
la que es en el torrente onda y espuma
y rosicler espléndido en la aurora.
Tal risa desconozco; agria y siniestra,
la mía el diente que desgarra muestra.
Con ella arrastro al universo todo
entre un resplandor cárdeno de infierno,
torpe y dando traspiés como un beodo,
á un insensato carnaval eterno.
Deja el trono que usurpas insolente.
Llegó la hora feliz de mi reinado:
yo soy el mal àmable y atrayente;
yo soy un Satanás civilizado.

DESPUÉS DE UNA LECTURA

Cierro tu libro. Sin fecunda idea
su arte es un ara donde no arde el fuego;
sombra de vida, laberinto ciego
de vanas formas que el capricho crea.

M alma el fulgor de lo idëal desea,
y de esa estéril perfección reniego
que, extraña á todo, en indolente juego
palabras pule, ó cláusulas tornea.

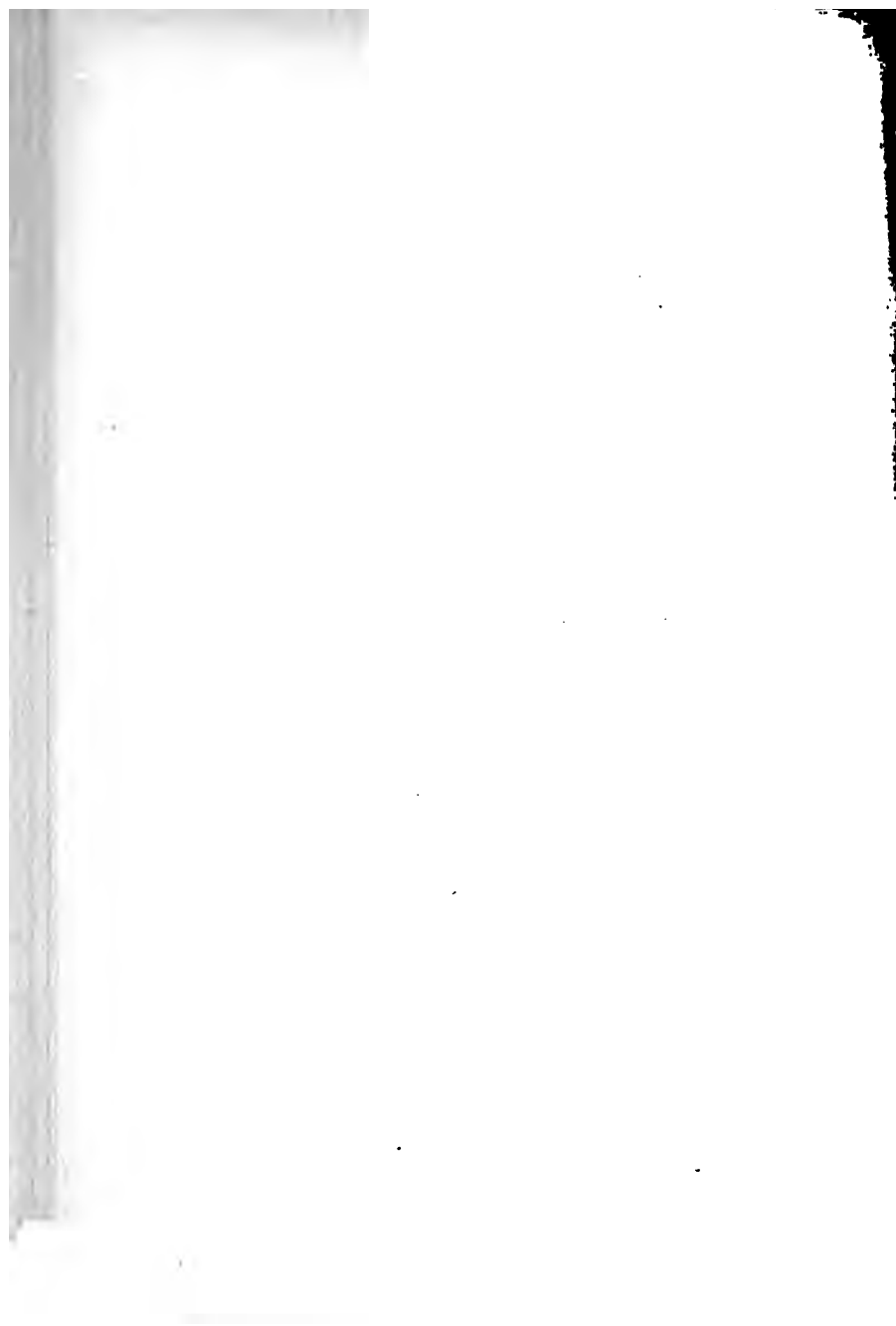
Lejos de mí vuestra impasible Musa,
la que, especie de trágica Medusa,
convierte en piedra el corazón del vate;

dadme, dadme el poeta soberano
que bruñe el verso varonil y humano
como se bruñe un arma de combate.

A VICO

(EN SU MUERTE)

¡Otro más! ¡Otro más! ¿Es una huída
de todo aquel ejército glorioso,
que en tropel desertando de esta vida
busca en la muerte el único reposo?

Tú lo encontraste ya. Mas ¡ay! que entero
ni aun ese bien te dió tu desventura,
pues tu cadáver yace prisionero
y expatriado en la misma sepultura.

CERVANTES

(CON MOTIVO DE LA ERECCIÓN DE UN MONUMENTO Á SU MEMORIA EN PARÍS)

La Edad Media se hundió. Cual se derrumba
gigante el árbol carcomido y seco,
el feudalismo descendió á su tumba;
en la campana comunera, el eco
de la futura libertad retumba.

Roto de la ignorancia el férreo anillo
buscó en la imprenta el pensamiento cuño,
el arcabuz sustituyó al cuchillo,
y con fragor se desplomó el castillo
sobre el sangriento polvo del terruño.

La Edad Media se hundió, y hubo un instante
de tremenda ansiedad en que, perplejo,
desalentado el corazón y errante,
el hombre murmuró: «nada hay delante,
mi edén, acaso, á mis espaldas dejo».

¡Procaz blasfemia, vergonzosa duda!
Así Ashavero compasión demanda,
cobarde y flaco; la conciencia muda
y la voz del Señor severa y ruda
repiten siempre á sus oídos: «*anda*».

Andará sí. Ya el cielo se ilumina;
recorre hondo y vital sacudimiento
la alborozada tierra, que germina,
y alzándose del polvo de la ruina
grita el mundo á una voz: «¡Renacimiento!»

¡Dichoso tiempo! Amanecer dorado
de un día por Dios mismo festejado;
risueño despertar, tranquilo y puro,
que arrullan los recuerdos del pasado,
que alegran los ensueños del futuro.

¡Renacimiento! Embriaguez de vida;
palpitación universal de gloria;
himno del arte, que á gozar convida;
poema de la ciencia redimida;
página de oro de la humana historia.

Al ponerse ese sol, en los instantes
en que oculta su disco de brillantes,
el genio nace á quien el orbe acata,

y el edificio en su esplendor remata
como escultura colosal Cervantes.

Es el Titán que en soberano arrojo
con un pie en cada Edad se alzó divino,
y, cual nuevo Moisés, abrió á su antojo
á la extraviada humanidad camino
por las olas sin fin de aquel Mar Rojo.

El cautivo de Argel, héroe en Lepanto,
el que teniendo á su merced sumisa
la inspiración, con singular encanto
supo arrancar el llanto con la risa
y provocar la risa con el llanto.

Él un libro escribió que, sin segundo,
la realidad y el ideal hermana,
libro que encierra, irónico y profundo,
la contrapuesta variedad del mundo
y el claroscuro de la vida humana.

Todo el que sueños adoró distantes
y esclavo de lo real viva en sus grillos,
oirá la carcajada de Cervantes,
pues ¿quién no tomó ventas por castillos,
ni confundió molinos con gigantes?

. . . .

El genio, lengua que la voz traduce
del universo y su esplendor refleja;
llama que al pueblo de Israel conduce;
que el plan divino al presentir produce
lo que aún informe la creación bosqueja;

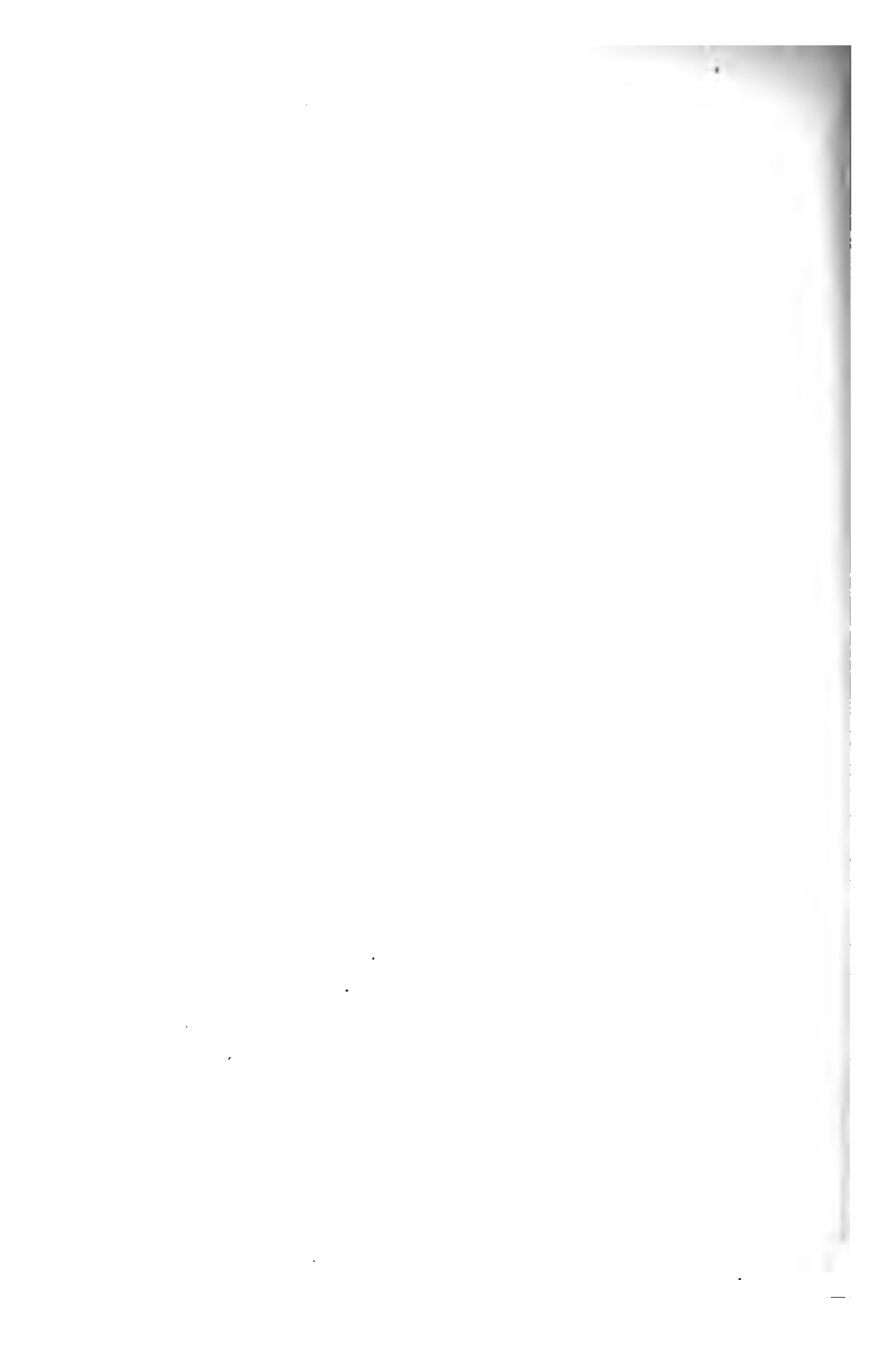
verbo en que á redimir á la caída
mísera humanidad, con vario nombre
y fecunda virtud desconocida,
á través de la historia y de la vida
perpetuamente Dios se está haciendo hombre.

AL HOMBRE

A través del espacio y á millares
y millares de leguas de tu anhelo,
seguirás á los astros por el cielo
en sus revoluciones seculares;

penetrarás el fondo de los mares,
cual vasto libro hojearás el suelo,
y abrirás los alcázares de hielo
que coronan los círculos polares.

Conocerás el germen de la vida,
la ley del microscópico organismo
y la gran nebulosa indefinida;

conocerás la tierra y el abismo;
mas siempre ¡oh ley fatal! desconocida
habrá una cosa para ti: tú mismo.

LAS DOS RUINAS

Á ANDALUCÍA CON MOTIVO DE LOS TERREMOTOS

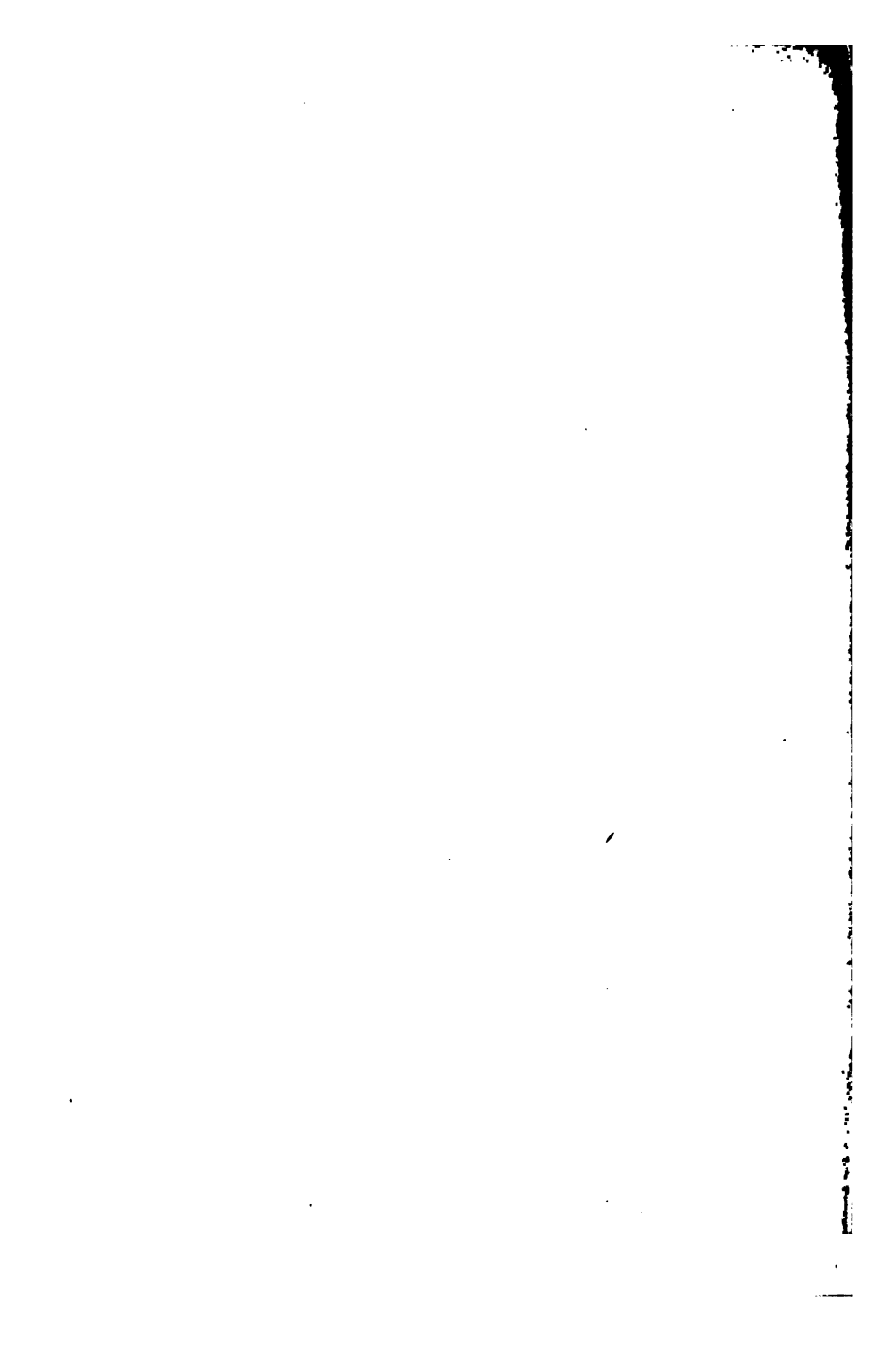
Pues nos sirve el dolor que nos subyuga
para juzgar de las extrañas penas,
y sólo aquel que propias las enjuga
puede sentir las lágrimas ajenas,
¿quién sabrá como yo compadecerte,
noble pueblo andaluz? A las cadenas
de un duelo igual forzándonos la suerte,
mientras que por tu suelo hendido y roto
pasaba, retumbando, el terremoto,
muda en mi hogar sentábase la muerte.
A un mismo tiempo nos rindió el quebranto;
con el ¡ay! de tu espanto
resonó el de mi angustia confundido,
contestó mi sollozo á tu alarido,
y al llanto tuyo se mezcló mi llanto.

Si contemplaste tu heredad deshecha,
yo mi morada contemplé vacía;
si arrasada lloraste tu cosecha,
lloré imposible la esperanza mía;
si agrietó el corazón de tus montañas

el volcán en sus antros oprimido,
el pesar contenido
desgarró, aunque en silencio, mis entrañas;
y si la tierra, cual madrastra dura,
nublando el sol de tus risueños climas,
la sima abrió junto á tus pies, obscura,
junto á mis pies abrió la sepultura,
la más negra y más honda de las simas.
Perdona si hasta dudo
cuando tu daño á compasión me mueve,
cuál más de entrambos merecerla pudo.
Consuelo al tuyo mi infortunio lleve;
¿qué es el azote rudo
del terremoto que al herir retumba,
junto á esos silenciosos cataclismos
en que una parte de nosotros mismos
en el fondo del alma se derrumba?
Tal vez la hundida casa
que la tormenta arrasa
la constancia del hombre reedifica.
¿Quién hay que llenar pueda
la que desierta y solitaria queda,
ruina que en pie su destrucción publica?

Por eso cuando intento
díctamo hallar á tu dolor sagrado,
voy, sin quererlo, á mi recuerdo triste;

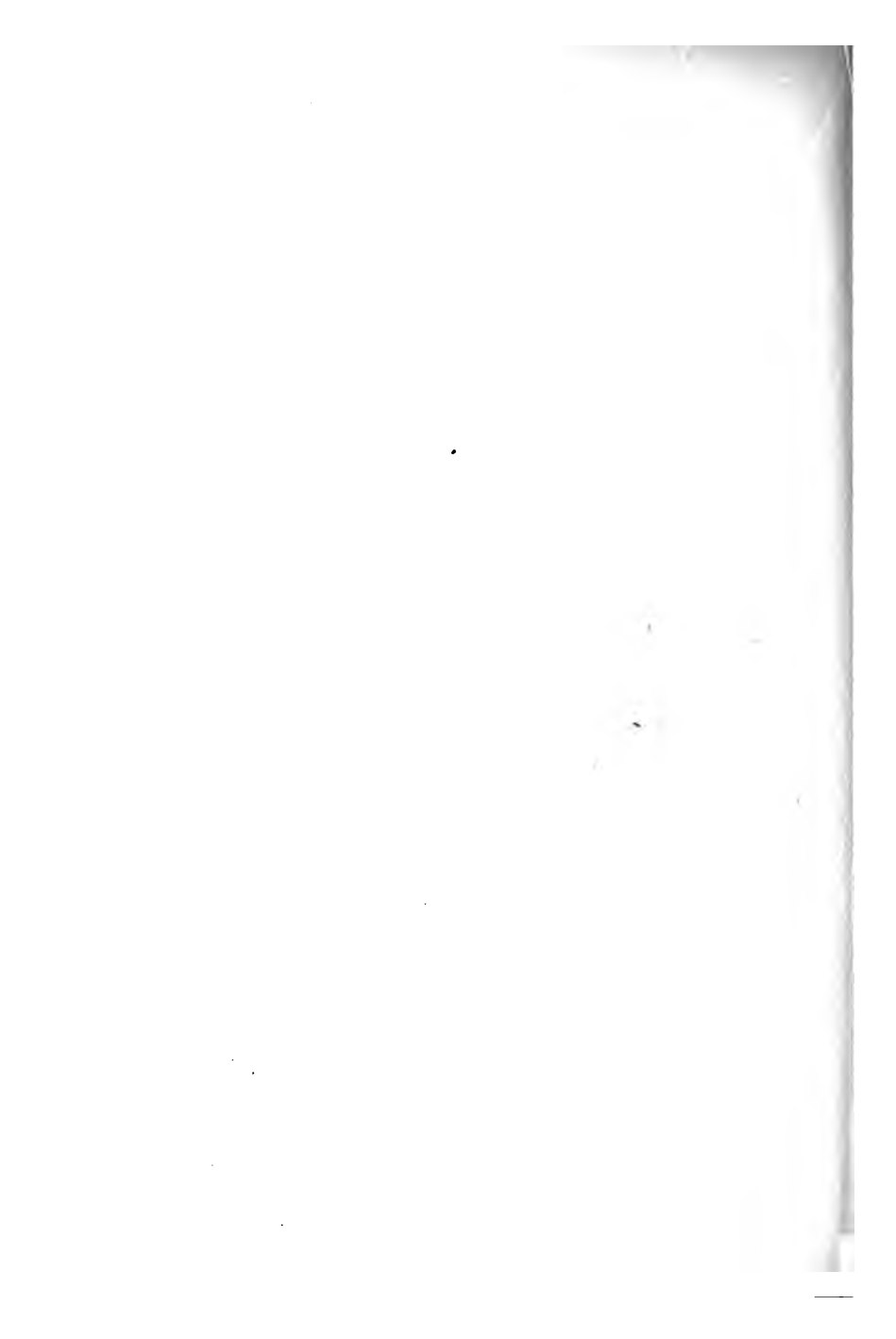
pues tal nos tiraniza el sufrimiento,
que la piedad que siente el desdichado
no es sino forma en que su mal persiste.
No pidas, pues, á quien cual tú padece;
no pidas más que el óbolo ignorado
que la discreta lágrima humedece.
Aquel que abarque el colosal teclado
donde la voz de la aflicción se exhala;
el que su inmensa escala
recorra en un pentágrama infinito,
y al horror imponiendo la armonía
logre en su poësía
rimar la queja y concertar el grito,
ése entone, llorando, tu elegía.

¡Cuál yaces hoy en donde ayer reinabas!
en sus firmes cimientos de granito
tiemblan los edificios que habitabas;
crecen por tus desiertas soledades
la estéril zarza y la hojarasca impura,
y, borradas del mapa tus ciudades,
son un montón de escombro en la llanura.
Mientras tu luto llores
¡oh, sultana del sol, oh, Andalucía!
¿dónde irán á cantar los ruiseñores?
¿en qué jardines nacerán las flores;
en qué horizontes el albor del día?

¡PATRIA!

Ya persiguiendo al corzo fugitivo
de breña en breña en la espesura brava;
ya llevando el rebaño que triscaba
del pasto abundo al rústico incentivo;

del suelo virgen donde erraba esquivo
un tiempo fué que el hombre no ocupaba
sino el pedazo que su planta hollaba
en la arena del bosque primitivo.

Mas llega un día en que de andar cansado
firma un eterno pacto con la tierra,
escrito con la punta del arado:

su pie en el surco que labró, detiene,
hinca la valla que su campo cierra,
y, patria, patria, desde entonces tiene.

ASPIRACION

¿Qué extraño secreto de amor sin fortuna
somete al encanto sutil de la luna
el alma soberbia y esquiva del mar?
¿Por qué éste á su influjo retírase ó crece,
tan pronto en inmóvil sopor desfallece,
como álzase airado, la costa á turbar?

Dormita, mediada la noche de invierno,
su roca en los hombros, el Sísifo eterno,
rendido á la estéril, continua labor;
tal vez con el cielo soñando en bonanza,
cual sueño con todo lo que es esperanza
cuanto es aquí abajo combate y dolor.

Completa es su calma; tan sólo un latido
de manso oleaje, con lánguido ruido
columpia las aguas que vienen y van;

y el uno pausado, y el otro uniforme,
semejan resuello que el tórax enorme
levanta ó deprime del viejo titán.

Es la hora inefable. La vida al imperio
de un hondo deliquio, velada en misterio,
se abisma en aquella total plenitud,
oyendo en sí propia la voz infinita,
jamás á lenguaje ninguno transcrita,
con que habla en la noche la augusta quietud.

En este silencio que reina doquiera,
hay algo como ansia ó anhelo de espera,
como una difusa febrìl lucidez;
parece en las sombras flotar un secreto
que al cóncavo oído del antro discreto
el aire en voz baja susurra tal vez.

Entonces, cual torso de náyade que ágil
del agua emergiera, su sábana frágil
dejando tras ella volverse á cerrar,
así hacia el obscuro cenít, poco á poco,
la curva de un disco de pálido foco
remonta el espacio, saliendo del mar.

¿Es faro que playa remota ilumina?
¿Diadema arrancada de frente divina?
¿Custodia de plata con hostia de luz?
Allá cuando á ocaso tocando enrojece,
cabeza segada del tronco parece
ó gota de sangre llorada en la Cruz.

Es ella, es la luna; la virgen que en vela
mantiene un cuidado tenaz que revela
su rostro, á que roba la anemia el color.
Sin duda en amores su pena consiste:
¿Cuál es lo que á un alma tan sola y tan triste
tuviera en los cielos, no siendo el amor?

La luna, la muerta que vaga insepulta
durante las noches, buscando la oculta
mansión de un sepulcro cerrado tiempo ha;
la pálida Ofelia de angustia demente,
la insomne Julieta que está eternamente
un bien aguardando que nunca vendrá.

Apenas el monstruo que el sueño esclaviza
la siente, despierta, rugiendo se eriza,
sacude su espuma cual crin de león;

sus bascas redobla, y al fin, delirante,
se eleva, queriendo besar el semblante
de aquella adorada, celeste visión.

¡Cuán terca es su brega, su lucha cuán ruda!
¡La peña le estriba y el viento le ayuda!
¡Cómo unas sobre otras, hacina olas mil!
¡Cuál salta y se encorva, cuál pugna y jadea,
vertiendo, al esfuerzo, sudor que blanquea
la costa á lo largo del recio cantil!

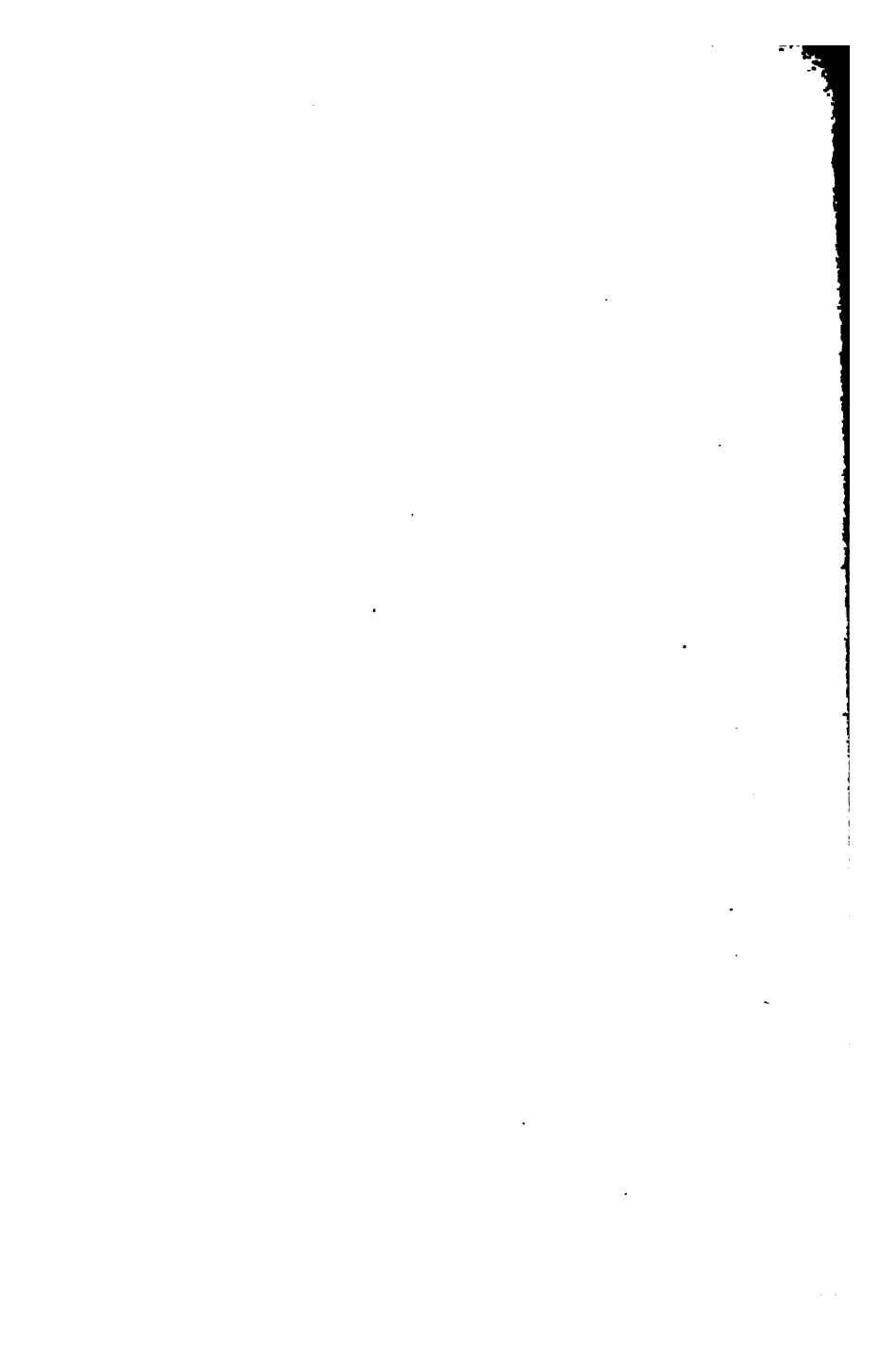
A veces, á modo de fiera en la brama
que á gritos de lejos á la hembra reclama,
su rastro olfateando del bosque á través,
ya en tumbos desfoga su rabia impotente,
ya hozando en la arena, fatídicamente
gemir de congoja se le oye después.

O igual á monarca fastuoso y liviano
que á precio de un reino, queriendo, aunque en vano,
de esquiva hermosura vencer el rigor,
en pródigo alarde despliega á sus ojos
los ricos presentes que viene de hinojos
á echar á sus plantas en prenda de amor,

le vierais entonces verter de su falda
corales y conchas; ceñirse en guirnalda
de helechos y fucos la espléndida sien;
y abrir, á manera de oculto tesoro,
los bancos de perlas, los médanos de oro
que huella á su paso con regio desdén.

¡Mas todo es inútil! En vano dilata
los húmedos labios; en vano á la ingrata
brillante quimera pretende alcanzar;
allá, hacia poniente, su amada se aleja,
y él, triste, en su cárcel de nuevo se deja
caer, fatigado de tanto luchar.

Y así una vez y otra, sumiso al halago,
pendiente de influjo magnético y vago,
se agita con ciego, furioso trajín,
cautivo en cadenas que arrastra invisible,
sin que ¡ay! nunca logre su anhelo imposible,
ni nunca, vencido, descanse por fin.

¡Oh imagen del ansia que llena la vida
por íntima fuerza también sacudida,
también encerrada por linde fatal!
¿Quién, triste ó dichoso, ya en lucha, ya en calma,
no tiene un impulso del mar en el alma,
y arriba en los cielos un astro ideal?

ANTE LA IMAGEN DE SANTA TERESA (1)

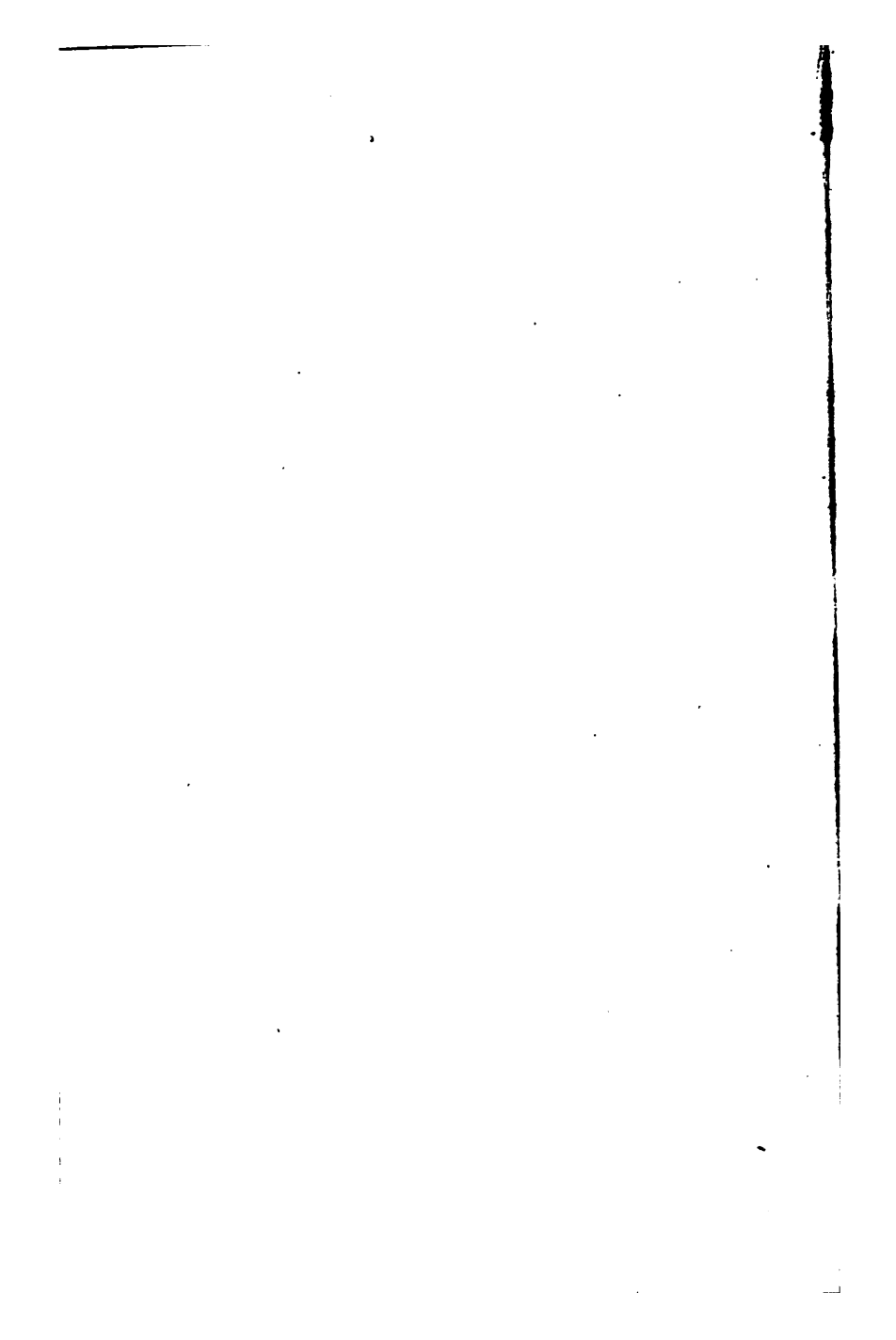
He ensayado á cantarte muchas veces,
mas tantas veces como lo he ensayado,
de mi labio mortal se han exhalado,
en lugar de los cánticos, las preces.

Hoy que ante mí de nuevo te apareces
en bulto por el genio cincelado,
caigo á tus pies, de nuevo anonadado,
sin que logre expresar cuanto mereces.

De Ávila al regocijo unir quisiera
mi voz, diciendo la grandeza suma
que en esa imagen tu ciudad venera;

pero el intento arrédrame y abruma,
y es que comprendo que preciso fuera
para escribir de ti tu propia pluma.

---

(1) Este soneto fué la última composición que escribió el autor de este libro. (Avila. Julio, 1907.)

DOS VOCES

— Musa: déjame en paz. Tras infinitos
siglos y edades en que iguales gritos
lanzando el hombre está,
el mismo siempre el corazón humano,
caduco el mundo y el lenguaje vano,
todo está dicho ya.

— Poeta: te equivocas. Cuanto labra
vuestro esfuerzo borroso, la palabra,
trémulo balbucir;
inefable el amor, que es la existencia;
misterio impenetrable, la conciencia;
todo está por decir.

— Musa tenaz, aventurera musa,
en la presente cerrazón confusa
que envolviéndonos va,
doquiera impreso el infamante signo
de esta hora conturbada, grande y digno
sólo el silencio es ya.

— Poeta pusilánime, poeta
á quien la nube de verano inquieta
por el cielo al huir,
la altivez del silencio es cobardía;
el último hombre en su postrero día
tendrá algo que decir.

ÍNDICE

Págs.